PUERTA DEL SOL
VENTAS

1900 MVNDO HISPÁNICO 1950

Talgo
VIRGEN
DEL
PILAR

EL SIGLO XX PEINA CANAS

AQUEL impetuoso y presuntuoso siglo XX que irrumpió en el calendario negando el pasado y riéndose de los inventos novecentistas, de las chisteras y de los versos neorrománticos, ya empieza a peinar canas. En los últimos diez años ha engordado bastante, se ha puesto gafas contra la presbicia y aunque no lo confiesa, ha recibido más de una vez la sigilosa y molesta visita del reuma.

Parece que fué ayer cuando se decía «un nuevo siglo». ¡Y qué pronto ha llegado este 1950! El siglo empezó con la monumental verbena de la Exposición Universal, el «modernismo» literario y el furor de la pintura impresionista. La Exposición de París fué un primer alarde de la técnica actual, naciente entonces. La exaltación del genio creador de Occidente. El siglo XIX y el XX se saludaron en París y en Londres, en la Puerta del Sol y en la Quinta Avenida, en la Avenida de Mayo, de Buenos Aires, el Paseo del Prado, de La Habana, y la Plaza del Gobierno, de la Ciudad de Méjico, con barbas y sombreros de copa, con hongos y bigotes engomados. La Exposición de París estaba dedicada a la electricidad. El concierto inaugural en el palacio del Trocadero se inició con el «Fuego Celeste» de Saint-Saens. Un himno de voces humanas, violines y órgano en honor de la electricidad, esa «divinidad» técnica que entonces empezaba a manifestarse en millares de redomas de luz, de bombillas incandescentes. La electricidad es cantada por los poetas como el nuevo triunfo de Prometeo.

El hombre que no concibe el tiempo como filosófica abstracción, como una laguna de infinito entre dos palabras, el «antes» y el «después», aprende pronto a medirlo por el calendario. Y con una porción de este mismo tiempo limitada por dos fechas, logra hacer sensible a la mente humana un poco de esa inquietante eternidad. Con una sensible parcela de infinito, mide su propia existencia y la del mundo en que vive. Un año, un siglo y sus múltiplos, son para el hombre unidades de tiempo perfectamente definidas, de las que se sirve con la seguridad de una medida física.

Pero este año de 1950 nos parece algo más que una simple renovación de calendario. Acaso haya también una renovación esencial de vida y de signo. Además de la santidad romana del nuevo año, que le distingue y singulariza entre los demás de la media centuria, el año 50, acaso sea clave de muchas decisiones misteriosas del destino universal. Lo que podemos asegurar es que no es un año cualquiera, sino un cabeza de serie. No sentimos nostalgia de ese tiempo pasado, que «no fué mejor», y sin despreciar lo que de bueno nos han dejado los decenios pasados—sobre todo en experiencias—, confiamos en el porvenir y en nuestro destino histórico. El siglo que ha empezado a peinar canas y ha recibido la primera visita solapada del reumatismo, es posible que, como un calavera que ha derrochado alegremente su juventud, eche una mirada atrás y medite un momento sobre el pasado y el porvenir. Esperemos que este siglo que realizó tantas «calaveradas» sangrientas durante los pasados cincuenta años, entre en maduras reflexiones que devuelvan al mundo el deseado equilibrio.

MVNDO HISPÁNICO, al terminar este año, que parte en dos porciones iguales el siglo XX, verdadera clave del arco temporal de nuestra centuria, al parecer decisiva en los destinos de la Humanidad, ha querido dedicar una evocación emocionada y, ¿por qué no?, divertida y optimista también, a estos cincuenta años en que tantas cosas han nacido y han cambiado tantos gestos y estilos del vivir en España y en el conjunto de las naciones hispánicas, y tantas cosas nuevas han traído sus días, inesperadas para aquellas gentes que entraron en él tan alegre y confiadamente, al lento ritmo de una habanera. Eso pretende este número de MVNDO HISPÁNICO, dedicado a los cincuenta años: ser divertido sin frivolidad, invitar a sus lectores de una y otra orilla del Atlántico a repasar sus páginas con una tranquila sonrisa, con optimismo entre esas luces evanescentes del pasado que hacen tan dulces los recuerdos...

MVNDO HISPÁNICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES

MEXICO — BUENOS AIRES — MADRID

N.º 33 - DICIEMBRE, 1950 - AÑO III - 12 Ptas

SUMARIO

Colaboración artística de Luis y Daniel del Solar.

Colaboración gráfica: Foto Postal, de Barcelona; Foto Garay, de Bilbao: *La Prensa, Noticias Gráficas* y Witcomb. de Buenos Aires; Foto Topical Press Agency, de Londres; Alfonso, Cifra Gráfica, diario *Arriba*, diario *Marca*, Gyenes, Portillo. Prensa Española, Prensa Gráfica y revista *Triunfo*, de Madrid, y Archivo Casasola, de México, D. F.

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION:
MADRID - ALCALA GALIANO, 4 - TELEF. 23-05-26
APD.º 245 - DIRECCION TELEGRAFICA: MVNISCO

EMPRESA DISTRIBUIDORA:
EDICIONES HISPANOAMERICANAS (E. I. S. A.)
PIZARRO, 17 - MADRID

TIPOGRAFIA Y ENCUADERNACION, MARSIEGA, S. A. (MADRID) * HUECOGRABADO, ARTE (BILBAO) * OFFSEF, INDUSTRIA GRAFICA VALVERDE, S. A. (SAN SEBASTIAN) FOTOGRABADO, LANGE Y FUGUET

Industrias de este siglo

Por MANUEL THOMAS DE CARRANZA

NUESTRO medio siglo proclama el triunfo de las máquinas. Nunca en la Historia tantas máquinas trabajaron para el hombre, ni éste ejerció tan extenso dominio sobre la Naturaleza, ni dispuso de tanta energía a su servicio.

En el siglo XIX el carbón era la primera fuente de energía, pero en el siglo actual ha pasado a ser principalmente una materia prima de la industria química y siderúrgica.

La producción y consumo mundial de carbón pasa anualmente de 1.300 millones de toneladas, pero las reservas se calculan en 5 billones de toneladas. La producción española alcanza a 12 millones de toneladas anuales, y las reservas se cifran en 8.800 millones de toneladas.

La producción y consumo mundial de petróleo se estima en 250 millones de toneladas, y las reservas en 35.000 millones de toneladas.

La especial distribución de los yacimientos petrolíferos, y las conjeturas sobre la extinción de las reservas en veinticinco años, impulsó a la fabricación de carburantes sintéticos. La electricidad térmica resulta generalmente cara, aunque es indispensable en los países de poca fuerza hidráulica o en los que sufren ciclos de sequía. La tendencia normal es utilizar al máximo la fuerza mecánica transformada en electricidad, para salvar el consumo enorme y creciente de energía térmica: se están aprovechando intensamente los saltos de agua de los ríos (hulla blanca). Se han construido en U. S. A., en Inglaterra (Severn), en Francia (Aber Wrach) presas para utilizar la fuerza de las mareas (hulla azul). En U. S. A. se han establecido turbinas eolias para aprovechar la energía de los vientos. En Inglaterra, en el grupo de las islas Orcadas, se ha montado últimamente uno de estos molinos de viento.

En el haber del siglo XX hay que citar especialmente la bomba de calor, que se ha definido gráficamente como un "frigidaire", que funciona al revés y hace disponibles las calorías contenidas en una superficie de aire, tierra o agua, elevándolas al nivel necesario para su utilización. Ello requiere cierto consumo de energía mecánica o eléctrica, pero la diferencia está en que un kilovatio, transformado en un calentador eléctrico, produce 860 calorías, y ese mismo kilovatio, transformado en una bomba de calor, produce 5.000 calorías.

En U. S. A. está el "pipeline" de gas mayor del mundo, que va desde Dumas, en el Atlántico, a Santa Fe Spring, en el Pacífico, California.



Está abierta también la posibilidad de lograr económicamente la ansiada "electricidad en conserva". En 1940, Wul descubrió sustancias ferroeléctricas que permiten construir condensadores de gran capacidad, que podrán alimentar aviones y automóviles, y en este caso el motor eléctrico sustituirá al motor de explosión.

Pero la gran conquista de este medio siglo ha sido el descubrimiento y utilización de la energía nuclear atómica, que abre insospechadas posibilidades en su aplicación industrial. En 1900, Planck establece su teoría de la Quanta para resolver el problema de la radiación, siguen Einstein, que trastoca la física clásica al formular la teoría de la relatividad, y Luis de Broglie, que enuncia la mecánica ondulatoria. Gracias a este triunvirato queda abierto un proceso que culmina en la desintegración atómica, con la liberación de energía en proporciones fabulosas.

Surge realmente una nueva época para la industria, porque su desarrollo está en relación directa con la cantidad de energía disponible, y asombra pensar lo que podría producir una industria movida por la fuerza atómica y las posibilidades que se abren a toda suerte de actividades. El siglo XX ha tenido que trazar un programa energético para llevar a cabo su progreso industrial. Hay que reconocer que lo han cumplido espléndidamente.

En U. S. A., en la vega del río Snake (al O. de las cascadas del Idaho), existe una "factoría" atómica para "criar" combustible atómico, ensayar materiales para las centrales atómicas y fabricar mecanismos para la propulsión de navíos.

INDUSTRIAS ALIMENTICIAS

En primer lugar, la producción agrícola ha recibido importantes contribuciones industriales. La mecanización del campo ha hecho posible la explotación rural en gran escala. Son centenares las máquinas diversas que ayudan al campesino. Existen algunas tan especializadas, como las recogedoras de algodón, de remolacha y de frutas, éstas completamente automáticas, movidas por células fotoeléctricas. La fecundidad de la tierra se ha multiplicado gracias a la fabricación de abonos sintéticos, habiendo sido uno de los grandes descubrimientos del medio siglo la fijación del nitrógeno del aire. Las tierras agotadas pueden ser recuperadas mediante la incorporación de soluciones metálicas. La acción del ácido 2-4-D destruye las plantas malignas, sin daño de las especies sembradas. La precipitación artificial de las nubes (Schaeffer, 1946) representa un elemento regulador del clima y de la producción, porque la lluvia artificial es una realidad. Los productos industriales a utilizar son, el yoduro de plata, para formar núcleos de condensación, y el bombardeo de las nubes mediante polvo de anhidrido carbónico helado, o sea hielo seco, que actúa como levadura. Irving Langmuir hizo llover sobre Nuevo Méjico una precipitación calculada en 1.210 millones de metros cúbicos. El Nueva York se han utilizado últimamente los servicios del meteorólogo Mr. W. E. Howell.

La técnica ha llegado al cultivo sin tierra: la industria sustituyendo a la agricultura, mediante la utilización de soluciones de las principales sales que las plantas necesitan para su desarrollo. De esta forma podrá existir producción agrícola en las zonas polares y en los territorios más desolados. Se anuncia que la Stanford Research Institute of California viene investigando el cultivo de una alga, *Chlorella Pyrenoidosa*, producida en tanques de cristal y que resulta de rápido crecimiento y de valor nutritivo.

En la ganadería la utilización de los D. D. T. contra los parásitos ha mejorado la calidad de los productos de origen animal: nuevas técnicas permiten aumentar el número de nacimientos múltiples del ganado.

En el mar la utilización de rayos supersónicos consigue la localización de bancos de pesca. El radar fija la situación de los grandes cetáceos y, en fin, la industria del frío asegura la conservación de los alimentos, que los nuevos medios de transporte permiten enviar bien acondicionados y rápidamente de los centros productores a los consumidores. Unase a ello la función complementaria de la alimentación de vitaminas y aminoácidos, y habrá que reconocer que gracias a la revolución industrial la Humanidad moviliza enormes cantidades de bienes alimenticios. El ritmo de producción desvanece la preocupación sobre poder alimentar una Humanidad que crece sin cesar, como se puso de relieve en el VIII Congreso de Industrias Agrícolas, recientemente celebrado en Bruselas.

El problema técnico de la producción parece resuelto, pero su ritmo está contenido por la baja capacidad de adquisición. La Humanidad es demasiado pobre y los fenómenos de subproducción son en realidad fenómenos de subconsumo. Aumentar y distribuir equitativamente la renta es algo más que hacer justicia social, es asegurar el equilibrio y el progreso económico.

NUEVAS MATERIAS PRIMAS

El siglo XX ha producido la creación artificial de productos, gracias a los prodigios de la síntesis química: tal como la síntesis de la gasolina, sacada del carbón; la síntesis del caucho, del alcohol metílico, y los plásticos. Estos vienen a ser por ello un material hecho a medida de las necesidades a cubrir. Son, además, anticorrosivos, irrompibles, livianos, transparentes, rígidos, duros; suelen tener color propio, son buenos aislantes, resistentes al agua, al calor y la electricidad; agradables de tacto, y en algunas calidades son imposible de rayar. Los plásticos vienen a competir con los metales, la madera, el cristal, las fibras naturales.

Ya en el siglo XIX se había trabajado sobre estos materiales. El celuloide data de 1865, y la utilización industrial de la caseína, de 1867. Harris, en 1905, descubre la fórmula del caucho; en 1909, Baekeland produce la Bakelita, y a partir de la primera guerra mundial y gracias a los esfuerzos de los alemanes para resolver su crisis de materias primas se desarrolla la produción de plásticos. Primero fueron los plásticos fenólicos, de color oscuro, pero al descubrirse el empleo de la urea se logran colores claros y brillantes, y su utilización se multiplica y surgen centenas de materiales plásticos. Su número crece casi diariamente. La presión y el calor permiten obtenerlos de las formas más diversas, y bien como materia primordial o auxiliar han invadido todas las industrias: de plásticos son las cosas más variadas, materiales eléctricos, cojinetes, que duran doce veces más que los de metal; vidrios inastillables, carrocerías transparentes, tapizados de vehiculos. Se han construído ya aviones plásticos; el primero el *Clark 46*: su estructura carecía de remaches y mostraba sólo una ligera juntura en la zona de unión de las dos piezas de seis metros de longitud que formaban el fuselaje. Su superficie, absolutamente lisa, aumentaba en un 7 por 100 la velocidad del aparato en relación con fuselajes de metal.

De plásticos son cascos de embarcaciones y tejidos, encuadernaciones y corbatas, plumas estilográficas y ojos artificiales, vigas y dentaduras, barnices y material fotográfico, etc. Es un material básico hecho a medida, y conforme se vayan reduciendo los costos de producción su importancia irá creciendo. Se avecina una era de plásticos: casas, muebles, vehículos, cunas y ataúdes...

MAQUINAS

Las máquinas se han multiplicado prodigiosamente en todas las industrias. Las máquinas-herramienta han alcanzado alta perfección con el descubrimiento de aceros extraduros, gracias a la utilización de carburos metálicos, especialmente el carburo de tungsteno. La dureza de estos materiales ha permitido aumentar la velocidad de corte, mejoras de forma, acelerar el estampado, hacer moldes duros para materiales plásticos, etc.

Otro de los grandes adelantos son las soldaduras. En 1908, Helbronner ideó la soldadura autógena. En 1923 aparece la soldadura eléctrica. En 1926, el Premio Nóbel Langmuir inventa el soplete de hidrógeno atómico, que alcanza temperaturas de 6.000 grados gracias a la recombinación del hidrógeno atómico en hidrógeno molecular al contacto de un metal. En 1946 aparece el soplete de flúor e hidrógeno. Estos avances han hecho posible la fabricación en serie y las rápidas reparaciones.

Pertenecen también a este período técnicas como el cromaje, el niquelaje, la desoxidación electrolítica, que permite la recuperación de materiales inutilizados por la intemperie; los métodos de protección de metales; la producción de planos en metal por procedimientos fotográficos, así como exigentes procedimientos de control que aseguran una producción precisa y rápida.

El avance ha ido aún más lejos. El siglo XX ha presentado la aparición de las máquinas eléctricas de reproducción (Keller, 1926). La herramienta estaba actuada por un motor eléctrico. Su utilidad se demostró en la producción en serie de la casa Ford, pero el progreso ha llegado a independizar la máquina de todo motor, a darle una memoria, unos verdaderos órganos sensitivos. Uno de los más maravillosos campos de acción del siglo XX han sido los descubrimientos electrónicos. Desde el cátodo de Wehnet (1904), se han seguido los descubrimientos, naciendo la fotocélula, que ha hecho posible la televisión y el "cine" hablado. Nuevas invenciones nos han dado el radar.

En 1927, Holweck inventaba la televisión puramente electrónica, y finalmente, en 1949, se ha inventado el transistor, cristal amplificador que hace posible la recepción y amplificación de ondas de T. S. H. sin empleo de lámparas. En el campo electrónico las posibilidades son extraordinarias, desde registrar corrientes eléctricas infinitamente pequeñas hasta poderlas amplificar millones de veces, de forma que con toda precisión cabe mandar grandes máquinas con señales mínimas. La voz y la imagen humana pueden ser transmitidas a distancias de 400.000 kilómetros y recorrer el Universo en menos de un segundo. Se puede imprimir por radio, en un minuto, un periódico entero. La cámara fotográfica electrónica consigue exposiciones de una cienmillonésima de segundo. Existe ya la cocina electrónica... Nuevas lámparas de emisión nos permiten enviar señales poderosas a enormes distancias. Se han obtenido ecos sobre la faz de la Luna. El mando electrónico de máquinas y herramientas es posible gracias a la invención del thyratrón. En 1948 un bombardero americano sin piloto atravesó el Atlántico sin escala.

La televisión en relieve y en colores, realizada simultáneamente en 1949 por Defrance en U. S. A. y Soukino en la U. R. S. S., señalan el punto culminante de su desenvolvimiento. La televisión ha comenzado a ser aplicada a telescopios eletrónicos. El microscopio electrónico permite amplificar 100.000 veces la visión y permitirá observar fenómenos vitales; en fin, la electrónica está al servicio del médico y del biólogo; un gran número de aparatos electrobiológicos marcan el comienzo de una nueva época para la ciencia.

La segunda guerra mundial guarda aún en sus archivos secretos, planos de C-S, máquinas que mandan máquinas, el mando directo—Eskenazi, 1940—, es decir, un cerebro autónomo separado de la máquina-herramienta, un órgano sensorial que dirige la máquina por medio de un registro. En este medio siglo ha nacido la Cybernética (1948), presentada por Norbert Winer; su etimología viene de la raíz griega Kubernao, que significa gobernar; es una ciencia nueva situable entre las matemáticas y la física; España tiene en Torres Quevedo un precursor de esta nueva ciencia, que estudia la creación de máquinas capaces de registrar los datos de un problema, de una estructura determinada y resolverlo en un período más corto que podría hacerlo el cerebro humano; las nuevas máquinas poseen memoria e ideas fijas. Hay ya funcionando varias máquinas-cerebros. Su capacidad de cálculo es prodigiosa. Los grandes problemas matemáticos encuentran en estas máquinas su solución rápida y segura. De la palabra checa "rebotnik", siervo, viene "robot", nombre que emplean los americanos para calificar al autómata, al muñeco mecánico. En U. S. A. vuelan ya aviones "robot", y se estudia la entera "robotización" de fábricas, en las que estos autómatas harán todos los servicios; los rayos X les darán ojos más penetrantes que los humanos; los detectores de gas, su olfato más fino; micrófonos eléctricos, el oído; micrómetros eléctricos, el tacto. Podemos decir que la creación del cerebro artificial ha comenzado. El siglo XX ha logrado disponer de máquinas inteligentes, que son valiosos colaboradores, pero también y acaso una fuerza que puede escapar al gobierno de los hombres.

En otro grupo de aparatos, como técnicas culturales, debe citarse el micro-*film*, el hilo magnético, la fotografía en el interior de un cristal sensibilizado (1949), que permite hacer negativos que sin especial precaución pueden durar miles de años; las máquinas de documentación, utilizando tarjetas perforadas; los selectores de telefonía automática aplicados al micro-*film*. Se han formado ya verdaderas bibliotecas eléctricas totalmente automáticas. Existen máquinas que contienen en micro-*film* todo lo impreso sobre una especialidad. Consultada la máquina sobre un tema concreto pasa revista seguida a todos los artículos relativos a esta materia, los retrata automáticamente y acumula las fotografías sobre un cajón. Otra importante invención son los *films* cinematográficos sobre aluminio, que permitirá guardarlos indefinidamente.

COMUNICACIONES Y TRANSPORTES

Se han logrado dos grandes victorias: que vuelen aparatos más pesados que el aire y que corran a más velocidad que el sonido. En 1948, el avión-cohete americano *XS-1* "derribaba el muro sónico".

La historia de la aviación pertenece enteramente a nuestro medio siglo. El avión se ha incorporado a la vida moderna; ya funcionan servicios de aviones *taxis*. A partir de 1906 (hermanos Wright) el aeroplano surca los cielos; durante mucho tiempo conservó sus primeros elementos: alas inmóviles, propulsión a hélice, motor de explosión de pistones, si bien ya desde 1910 se estudiaba la propulsión a reacción, que en la actualidad es una realidad, no ya sólo en tipos especializados, sino incluso en aviones comerciales.

Se ha hecho grandes progresos en el sistema de propulsión por cohete. En 1949 un cohete lanzado por los americanos rebasaba en 450 kilómetros la atmósfera terrestre. Otros tipos han alcanzado los 4.000 kilómetros por hora. Estos nuevos sistemas de propulsión van desplazando al motor de explosión a pistones. La propulsión a reacción se ha montado incluso en los helicópteros, funcionando con el gas que se escapa por las palas de la hélice.

En tierra y mar el medio siglo ha conocido grandes avances: la electrificación de los trenes, los trenes urbanos subterráneos (París, 1902). El automóvil ha ganado en comodidad, rapidez, elegancia de líneas, y gracias a la producción en serie se ha convertido en un elemento indispensable en la vida moderna. Cincuenta y siete millones y medio circulaban en 1949, y de ellos 40 millones en U. S. A., con una proporción de uno por cada 3,5 habitantes. En Asia la proporción es un coche por cada 1.600 habitantes.

En el mar, la construción de grandes barcos, el descubrimiento del radar, el empleo de la radio, nuevas condiciones en la navegación submarina, señalan también considerables avances. La Marina mercante mundial tiene 82 millones de toneladas; de ellas 27 corresponden a Estados Unidos. El tonelaje español es de 1.192.508 toneladas. Este enorme tonelaje muestra el dominio del hombre sobre el mar.

El radar, en sus utilizaciones pacíficas, sirve para escrutar el cielo y el mar, impidiendo choques de aeronaves y de barcos en medio de la niebla, y empleado como altímetro electrónico, indica en vuelo la altura sobre el suelo; en los aeropuertos guía los aterrizajes. En el puente aéreo de Berlín el radar estableció un control de vuelo en 100 millas.

Junto a estos progresos hay que señalar la posibilidad próxima de que la energía atómica mueva barcos, aviones y automóviles.

En fin, está próximo el día en que se pueda salir y llegar de Europa a América en la misma hora; se invertirá en la travesía tan sólo la diferencia horaria; esto equivaldría a ir más de prisa que el Sol. Estos constantes progresos permiten ya contemplar seriamente los viajes planetarios. La astronáutica es una cosa respetable.

Así alcanza el siglo XX la mitad de su carera. Sus éxitos son fundamentalmente industriales. El hombre es más poderoso que nunca. Ha dominado el espacio haciendo volar cuerpos más pesados que el aire, ha vencido las distancias ganando al sonido un *record* de velocidad, ha creado por síntesis química nuevas materias, ha logrado transmitir su voz a distancias de 400.000 kilómetros en segundos, ha formado máquinas inteligentes que calculan más de prisa que ningún cerebro humano, ha multiplicado la fecundidad de la tierra y, en suma, ha elevado el nivel de la vida humana, y aun más, los adelantos de la Medicina y la Cirugía han prolongado el promedio de la vida humana. Voltaire, en su obra *El hombre de los 50 escudos*, decía: "en París, uno con otro, viven los hombres de veintidós a veintitrés años". En los países adelantados el promedio de la vida pasa hoy de los sesenta y cinco años. Pero también se han acumulado medios de destrucción. Junto a las armas empleadas están las no utilizadas siquiera, como el arma bacteriológica, los venenos radiactivos, las antihormonas vegetales. Existe ya la nueva bomba de hidrógeno, que emplea como fulminante una bomba atómica. El progreso industrial de estos cincuenta años ha puesto en peligro la existencia de la vida sobre el planeta y utilización de los "mesones" en el planeta mismo, en caso de reacciones en cadena. El hombre puede desencadenar fuerzas imposibles de controlar.



La ciencia añade dolor, y el dolor añade ciencia, dos grandes guerras impulsaron este gran progreso que llena el medio siglo. Pero ya ha sido dada la voz de alarma: crece la preocupación por esas ciudades inmensas que pueden desaparecer en segundos por la bomba A o la bomba H. Desde 1937 se vienen enterrando las llamadas cápsulas del tiempo, cilindros metálicos que contienen registros de los más esenciales descubrimientos de nuestra civilización, para la eventual utilización por los supervivientes.

Y hablando de nosotros, españoles e hispanoamericanos, estos cincuenta años representan la iniciación de un fuerte proceso industrial. El siglo XIX, perdido en luchas políticas, nos redujo a la situación de países suministradores de materias primas; nuestra riqueza era beneficiada por otros; vivíamos en un coloniaje económico; hemos sido pobres sin deber serlo; pero en este siglo y con ritmo creciente se realiza una enorme industrialización, que multiplicará la potencia y la importancia mundial del mundo hispánico, y en nuestras manos el progreso industrial será un signo de paz. Como cristianos viejos, sabemos que la vida ha de tener un sentido espiritual y que importa triunfar de la Naturaleza, aun más por la virtud que por las máquinas.



CINCUENTA AÑOS de CONVERSACIÓN

Por ANTONIO MANUEL CAMPOY

No sería posible hacer la historia viva de la literatura española contemporánea, sin bucear en esa híbrida taza de café, amortajada con puntas de cigarros y ceniza, que sirvió y sirve de pretexto a nuestros escritores para sentar sus sabrosas cátedras. El café, especie de Academia nihilista, a la que Jovellanos llamó *Casa de conversación*, es a la vida literaria madrileña, lo que el agua es a la energía eléctrica: se generan y brillan en el café cuantos motivos nos sirven después los editores con aureola de hechos en retiro. En los cafés de Madrid han dicho lo mejor de sus voces la mayoría de los plumíferos españoles de los últimos tiempos. Y tan es así, que uno se pregunta, bastante perplejo, qué harían los escritores de aquellas edades que desconocieron el café sólo o con leche, y para los que la tertulia cafeteril fué algo tan ignorado como la luz de gas. Pero ya lo hemos dicho: el café, con todo lo que pueda ganar o perder, comparado a su abuela, la de los jardines y el aire libre, es descendiente directo de la dorada Academo, y las tertulias que ayer y hoy llenaron de calor y de humo ese *Parnasillo* degenerado que es el café. Y es que no en balde la tertulia literaria se alumbra en las *peñas*, y aquí *peña* significa *islote*: isla donde el escritor que habla o escucha se fabrica sus mundos especiales, y en la que es Robinsón de aquello que se le antoja.

Ahora, como en una película pasada rápidamente, veremos en qué lugares han venido deshojando los escritores madrileños la margarita incalificable de sus cincuenta últimos años de conversación. Muchos de los cafés que aquí aparecerán, ya son fenecidos, aventados por la mano de Dios, sabe a qué vientos. Otros están ahí, invitándonos a la charla, desde sus divanes, deteriorados o flamantes. Veámoslos.

1900 El siglo XX se entró en los cafés madrileños para conceder la palabra a los todavía jóvenes escritores que después constituirían la generación del 98. Pero tomar la palabra en aquel ambiente de posos decimonónicos no era cosa fácil. Aún estaban en su apogeo las tertulias consagradas de los viejos, y en reuniones como en la de la Pardo Bazán, por ejemplo, no estaban dispuestos a dar la alternativa tertuliana a los provincianos, que se reunían en el Levante o en el Lisboa. (Café, éste último, al que don Marcelino Menéndez y Pelayo iba a escribir y a tomar copas de aguardiente, y en donde el caricaturista *Bon* tuvo la alegría de ser abofeteado por el insigne polígrafo.)

El año noventa y tantos se despidió Rubén de los cafés madrileños, mientras Ganivet y Unamuno se reunían en el Levante para hablar de oposiciones y de las «plagas pestilentes de cotarros y cofradías», que eran aquellas tertulias literarias. Y fué también, por aquellas fechas, cuando Manuel Bueno dió un palo en el brazo a Valle Inclán y lo dejó manco, en cierta tertulia del café La Montaña. Pero habían de ser las mismas circunstancias que definieron a los escritores del 98 las que formaran las *peñas* literarias del 900. En el café Levante, uno de los más ilustres de aquellos diez o doce que había en la Puerta del Sol y sus alrededores, con Corvino a la orquesta y el suizo Paul Schmidt haciendo la apología de Nietzsche, fueron creciendo las tertulias de la famosa «generación», junto a la taza del jovial Cornuty y bajo las miradas serenas de Letamendi y Cajal. Mas no eran ellos gente gregaria, y al igual que en literatura rompieron con lo establecido, en el café cada cual campó por sus respetos. Unos se fueron al Gato Negro, con Benavente y Maeztu; otros buscaron las reuniones «sociales» del Suizo; casi todos se dejaron ver por las *peñillas* ambiciosas del Congreso, y otros llegaron junto a la Vicaría del Universal, donde tenían su *peña* los canarios (Tomás Morales, Roca, etc.), presidida por don Benito Pérez Galdós, contertulio contumaz que nunca despegaba el pico. Y por entonces fué el renacimiento de los literatos a las *peñas* taurinas, como aquella del Colonial, a la que iba Vicente Pastor. Fornos, sin embargo, no era lugar de tertulias literarias y sí puerto de arribo de señoritos calaveras, mujeres callejeras, sablistas y disipados: mentidero madrileño de aquellos días que aún estaban dolidos del desastre. Sería interminable hacer la cita de los contertulios madrileños más destacados del 900, y ni siquiera de los cafés puede trazarse la anécdota curiosa. Baste repetir que todo el que mojaba la pluma en el tintero literario iba al café, iba a discutir, a oír genialidades... Política, toros, literatura, la crítica más varia, en fin, servida con café auténtico, eran el aliciente de aquel Madrid del 900, que recordaba al perro Paco, y en el que los escritores del 98 — todos sin excepción — tertuliaban hasta que pintaba el día, soñando personalidades en la literatura y en la política. El San Bernardo, el Varela, Pombo, el Reina Victoria, La Montaña, el Oriente... y tantos y tantos otros cafés, son como una antología literaria y anárquica, a cuyas doradas horas dedicó Francisco Villaespesa muchas estrofas de nostalgia...

¡Oh, las tertulias de café,
de café de Madrid con tostada
a la una de la madrugada
en Fornos, en Levante o en la Maisón Doré...!

1925 Al cabo de veinticinco años de parecida conversación, lejos de haberse cansado, Madrid tenía mayor efervescencia tertuliana que antes. La Cacharrería del Ateneo está igual que en el 900, varió sólo el color de las barbas. Algunas bajas, como la de Echegaray, el viejo, etcétera, y muchas altas: jóvenes que pintaban muy poco, porque fué el caso que los del 98 se encontraron entonces en todo su apogeo. Por este tiempo se inaugura la Granja el Henar, una lechería transformada en café, a la que empezaron a acudir Ortega y Gasset, Zulueta y todos los del grupo aquel de la Institución Libre de Enseñanza. Gentes abstemias, que bebían sólo leche, y a las que don Ramiro de Maeztu pronosticó la creación de una ciencia pasteurizada. Más tarde fueron a la Granja, Azaña y Valle Inclán, y este último estableció en ella sus cuarteles de invierno, entre aprendices de literato, ateneístas, políticos y jóvenes profesorales. Fué, entonces, la edad áurea del Pombo ramoniano, que pintó Solana, cuando la supuesta visita de *Gog* y el trasplante de los *monstruos*, que pululaban por el café Varela. También estaba de moda la cripta del Mesón del Segoviano, cuyos frescos hizo el célebre borracho Alguacil. Y empezaron el Cristina y el Castilla, a los que tanto iría Carrere. Los Machado se reunían en el Español, mientras que en la peña matinal del Lion d'Or se daban cita Díez Canedo, Ledesma Miranda y muchos otros. Juan Ramón Jiménez recibía en su casa y Federico García Lorca se iba con los hermanos Halffter, Salazar y Mantecón al primer café que se encontraban. La *peña* de Cansinos —astrosos y vanguardistas de madrugada les decía Valle Inclán— estaba en el Colonial, del que a Cansinos decían la Magdalena, por los gemidos que ya lanzaba, y al Oro del Rhin iban los ultraístas, de los que el genial Ibarra es superviviente. Por aquel tiempo, Eugenio Montes andaba de oposiciones y César González Ruano tomaba apuntes para sus futuras memorias.

1950 Y ahora, con cincuenta años de tertulia a cuestas, los escritores madrileños siguen reuniéndose en los cafés. Estos cafés de hoy, que son los mismos de ayer, con residuos de tertulias de antes de la guerra y otras, que se han formado después. Gentes del Castilla, del Cristina y del Ateneo—cuya Cacharrería está hecha añicos—que se abrigan al calor del León de Oro o del Gijón. (El Levante, el Universal y otros, ahora son guarida de tratantes a la caza.) Mourlane Michelena, Eugenio Montes, Alfaro y otros supervivientes de la Ballena Alegre—la tertulia de José Antonio—se van al Lion d'Or, donde hasta hace poco tiempo se reunían el maestro D'Ors, José María de Cossío y un puñado de arquitectos. A este Lion van también Ledesma Miranda, Astrana Marín, Mantecón, Domínguez, Villacián y quince o veinte escritores más. Un grupo de «selectos» se reúne en el Caserón del Sacramento, al amparo del Angel dorsiano; allí pontifica don Eugenio para varias docenas de literatos y artistas cosmopolitas, y para algunas marquesas que le resta a Ortega. Este último sigue con su tertulia de la revista de *Occidente*. Sanz y Díaz, Trenas, Muelas, Muntañola y varios más han pretendido resucitar los muertos sábados de Pombo, sin conseguirlo. Pombo ya es desaparecido, tras tres siglos de tertulias más o menos «ísmicas», y el melenudo Cristobalia dijo sus exequias en versos plusultraístas. Ernesto Giménez Caballero levanta polvo en el viejo Levante, y en Chicote charlan Anguita, Leandro Navarro, Marquerie, Pemán y algunos otros de la «crema», que canta el schotis de Ultramar. Murió don Tirso Escudero y don Jacinto Benavente dejó de ir al Gato Negro. Los escritores del 98 no salen de sus casas, y como la juventud es menos iconoclasta de lo que se dice, va hasta ellos y para ellos quema su mirra mejor. Hay tertulias en el Círculo de Bellas Artes (Tomás Borrás y otros); en Mansard (los del Nadal); en Varela (Casariego, C. Baroja, Cossío, Menéndez, Eduardo Alonso, etc.); en el Comercial (Sánchez Mazas, Ruano, etcétera); en la Concha (Vivanco, Gerardo Diego, Rosales...); en La Elipa (donde Jardiel Poncela hace planos misteriosos); en el Cocodrilo, en Chókala, en Marfil, en Riesgo, en el Barbieri, en el San Bernardo... En todos los cafés de Madrid sigue habiendo tertulias literarias, como la Cibeles sigue estando frente a la calle de Alcalá. Y en el café Gijón, en el tan aireado café Gijón, se reúnen casi todos los literatos que viven en Madrid o pasan por este meridiano literario. En este café sigue reuniéndose la que a sí misma se tituló un día *Juventud Creadora*, pensando que no sólo los del 98 habían de tener un distintivo—claro que a los del 98 se les distinguió más tarde. Allí están Camilo José Cela, Zunzunegui, García Nieto, García Luengo, Azcoaga, Garcés, Gaos, Ruiz Iriarte, Altabella... (y no hay medio de seguir citando, porque harían falta varias docenas de cuartillas). Siguen allí reuniéndose los «creadores» todas las tardes, con sus plenos en sábados y sus frecuentes homenajes a alguno de los del grupo. Ya no tienen la revista *Garcilaso*, pero harán otra, no cabe duda.

Y esta ha sido la película rápida de las tertulias de estos cincuenta últimos años. No están en lo cierto los que creen que hoy no se reúnen los escritores, como se reunieron ayer, para tomar café y sofistear. El hecho de que Vicente Aleixandre, Ortega, D'Ors, Marañón y otros cuantos reciban en sus casas, no quiere decir nada. También ayer recibieron en las suyas muchos escritores. Hoy está Madrid con especial efervescencia cafeteril, y quien crea lo contrario, que se pase por sus cafés a cualquier hora, desde las diez de la mañana a las tres o las cuatro de la madrugada y verá a los de la pluma y la palabra incansable, sentados en el diván como galeotes amarrados a sabe Dios qué bancos. Hoy, en Madrid, se tertulica en los cafés tanto o más que ayer se *tertuliaba*, se recita en los cafés más que ayer se recitó, y también, como ayer sus antepasados, saben los escritores de hoy que organizarse una famita en el café no es ninguna tontería, y se la organizan. De todo da y de todo tiene esa Academia sin frac ni sillones de número que es la tertulia literaria del café madrileño, hoy ya sin tostada, pero con tantos críticos y estrategas de terrón de azúcar como pudo tener aquel Madrid del 900 que ya dista medio siglo de nosotros.



50 AÑOS DE POLITICAS Y UNA SOLA POLITICA EN 50 AÑOS

Por JOSÉ MARÍA GARCÍA ESCUDERO

LOS POSOS DE LA DERROTA Este hombre firmó el Tratado de París. No fué el mayor culpable del Desastre, y suyo fué el triste oficio de sepulturero de la derrota. Las llamas de los barcos de madera españoles incendiados en Cavite y en Santiago, han consumido el oropel de la Restauración. España se deshace. Bajo los nubarrones de los nuevos problemas, que tiñen de luz lúgubre el viejo solar en cenizas, Montero Ríos es sólo un pobre anciano que inclina la cabeza, pero al que podemos mostrar como símbolo de la política con que se abre el siglo.



LA REVOLUCIÓN DESDE ABAJO

Inconcebiblemente, el puñal de Artal no ha matado a Maura. «Este evidente favor del cielo —comenta el político— parece ratificar el mandato de mis deberes». Pero frente a él se alinean la revolución interna y el veto internacional. El «Frente Popular» de 1936 y el frente exterior de 1946 están prefigurados por el «¡Maura, no!» del año 1909. Desde que el Rey cede, y elimina a su Primer Ministro, la historia de la Monarquía española sólo podrá ser un triste retroceso sin tregua que acaba en 1931.



LA HORA DE LOS ENANOS En la foto, Antonio Maura, Romanones, Alba, Alcalá Zamora... Hasta su muerte, Maura será ya el gran solitario. A veces—en 1918, en 1921—se le pondrá a la cabeza de unos Gobiernos llamados «de concentración», porque los partidos se han hecho tan pequeños que apenas si unidos pueden gobernar, y únicamente un nombre inmaculado es capaz de agrupar—aunque sea sólo transitoriamente—tanta pasión pequeña. Pero un nombre es poco para gobernar. Y el hombre... éste se quedó en la crisis del año 9.



LA REVOLUCIÓN DESDE ARRIBA Maura está todo él en la majeza con que se afirma en el suelo español. Quiére vencer a la revolución con la audacia y el brío de un estilo nuevo, enfrentándole otra revolución, hecha desde el Poder, que rellene de sustancia los partidos caducos. Nadie ha sido, por eso, ni tan odiado ni tan amado como él. Pero junto a Maura, está el Rey. Y a la política absoluta de aquél, ¿qué objetará el monarca, patriota e inteligente, pero inclinado al compromiso y al aplazamiento?



LA HORA DE LAS ESPADAS

Cuando el General Primo de Rivera llegó a Madrid para asumir el Poder, hacía años que la opinión reclamaba el golpe de Estado. El General elevó a su Patria a la máxima ventura material que ha conocido en medio siglo. Pero le faltaron colaboradores. Como reconoció su hijo, José Antonio, no le entendieron los que le quisieron y no le quisieron los que le habrían entendido. No supo asegurarse, por eso, continuidad, y lo que debió haber sido principio de capítulo, se quedó en paréntesis. Tras el dictador, caerá la Monarquía en unas elecciones para concejales.



PAZ EN MARRUECOS

Apenas unos años, y el Capitán General del año 23 es este hombre prematuramente envejecido, que pronto será arrollado por un nuevo «¡Maura, no!», tan suicida como aquél. Entre tanto, Primo se entiende con Briand y con la noble figura de Pétain para resolver el problema de Marruecos. Marruecos ha sido una de las sangrías de España, inconcebiblemente, sólo achacable al desbarajuste de la política turnante. Si el 8 de Septiembre de 1925 los legionarios de Franco coronan las alturas de Alhucemas, es porque en la Península ya hay una política.



FRANCO, JEFE DE LA LEGIÓN

La guerra en Marruecos ha sido la escuela de unos militares que ya saben por qué turbios manejos los huesos de sus compañeros blanquean al sol. Franco manda por entonces la Legión.



UNA MONARQUÍA SIN MONÁRQUICOS

Primo ha caído, y ha vuelto la política de concesiones. El Rey, que eliminó a Maura, en 1931 se elimina a sí mismo. La debilidad de sus fieles, más que el empuje del enemigo, le ha dejado solo. Sale de España la Reina cuyo vestido nupcial manchó la sangre de los asesinados por la revolución. No han sido los ocho años de la Dictadura los que han explotado, sino los cincuenta y cinco de una Restauración que sólo supo entrar pidiendo perdón, y la Reina llora en los altos de Galapagar, mientras se despide tristemente de sus damas y camareras.









ya

Pedimos perdón a nuestros lectores por las anormalidades que hallarán en este número.

EL CONSEJO DE MINISTROS

Trató de los sucesos de hoy

EL PRIOR DE MIRAFLORES HA MUERTO

Guerra civil en China

Entre los rebeldes hay deserciones

REUNION DE LOS JEFES DE MINORIA

USTED "YA"

de un almacén de madera en Manchester

NOTAS BIOGRAFICAS

UNA REPÚBLICA SIN REPUBLICANOS

Tras la Monarquía sin monárquicos, esto. José Antonio habló del «fresco aire de amanecer» del 14 de Abril, cuando algunos pensaban en un régimen que fundiera en una las dos grandes banderías nacionales. Los incendios de iglesias y conventos del 11 de Mayo desvelaron su fisonomía real. Un Gobierno puro testaferro de la revolución, heredaría todos los problemas de la Monarquía y los enconaría hasta lo indecible, ahondando la división entre españoles y poniendo a éstos ante la guerra como única salida. 1934 anticipó 1936 en la ferocidad del «Octubre rojo» de Asturias y en esos cañones que, ante la Generalidad de Cataluña, señalan la única manera de contener el desgarramiento de la Patria. A partir del triunfo—en tan gran proporción falseado—del Frente Popular en las elecciones de Febrero del 36, «un ventarrón de fuego y de furor» se volcó sobre las tierras martirizadas de España. Y cuando en la madrugada del 13 de Julio, fué arrojado en un cementerio de Madrid, el cadáver del diputado Calvo Sotelo, asesinado por fuerzas del Gobierno, hasta los más porfiados defensores de la legalidad tuvieron que reconocer que se expulsaba de ella al pueblo español, si simplemente aspiraba a defender su vida.





LA MINORÍA Ahora ya había en España lo que a D. Antonio Maura y a D. Miguel Primo de Rivera les faltó: una juventud, capaz de aspirar a la unión de todos los españoles y de afrontar por ello en plena calle las pistolas marxistas. Ahora se sabía replicar al enemigo en su propio lenguaje, precisamente porque a nadie se convocaba más que para morir. A José Antonio, por eso, puede que sólo le entendieran los jóvenes, pero es que los jóvenes eran los únicos que importaba que le entendieran.



EL PUEBLO Estos que veis aquí, héroes de una epopeya inverosímil, ganaron la guerra: estudiantes convertidos en alféreces provisionales, y pueblo, pueblo hecho soldado. Artesanos y labradores que luchaban por lo que lucha todo hombre digno, y para quienes la guerra era una empresa tan privada e íntima como la boda o el bautizo. Por esto se ganó.

EL EJÉRCITO El 23 de Junio del 36 aún advertía noblemente Franco a su Ministro de la creciente anarquía. Antes de un mes, el Ejército tenía que intervenir contra lo que era, no pleito político interno, sino conjura de inspiración internacional, convirtiéndose en núcleo de la legítima rebeldía popular. Al empezar, el enemigo tenía las ciudades, las industrias, el oro y las armas. En menos de tres años, el Ejército nacional cubría sus últimos objetivos. El Ejército, y a su cabeza, Francisco Franco.

LA REAL GANA DE LOS ESPAÑOLES Otra vez el cero internacional. Pero ésta sólo sirvió para unir a los españoles en la gran política del «no me da la real gana», que ya siguieron Maura y Primo de Rivera. Porque cada español es como un rey, y no tolera que otros manden donde él sólo puede mandar. El 9 de Diciembre de 1946 fué el gran día del orgullo español, que ahora ha ganado esa batalla. Nos gusta recordar que entonces, pobres y aislados, supimos decir ¡no! y ganarnos así, en contra de todos, el derecho a que, buena o mala, España sea lo que los españoles queramos que sea.



ORTEGA dice, en la *Rebelión de las Masas*, refiriéndose a los caracteres del mundo moderno, que la ciencia experimental ha progresado, en buena parte, merced al trabajo de hombres fabulosamente mediocres y aun menos que mediocres. La tesis resulta desaforada y sorprendente para el filisteo que se halla, ante la ciencia experimental, preso en la beatería general del hombre ante cualquier artilugio técnico. Pero la afirmación sólo es parcialmente verdadera. La ciencia experimental es una máquina difusa y complicada, que trabaja con escasa precisión. Da muchos golpes en el vacío, reitera inútilmente muchos trabajos, gasta colosalmente y avanza milimétricamente. Su avance sería imposible sin la colaboración multitudinaria de la mediocridad. A medida que se complican los técnicos, crece la necesidad de aumentar el radio de colaboraciones. Un buen laboratorio no puede funcionar hoy día sin buenos laborantes, buenos preparadores y mozos excelentes que cuiden meticulosamente de la alimentación de los animales. Pero todo eso no basta. Quedaría ese acúmulo de trabajo promiscuo en poco menos, que nada, si de vez en cuando, aquí y allá, no surgiera el ser extraordinario que imprimiera unos golpes de remo eficaces y decisivos en la navegación. A estos hombres se les llama y se les debe seguir llamando, por mucho regusto décimononico que tenga la palabra, genios.

Cajal, fué, indudablemente, uno de ellos. Y como siempre ocurre en la genialidad auténtica, su personalidad se muestra rica en cualquier diámetro que se le explore. La personalidad de un genio como Cajal sigue flotando aún por encima de sus propios descubrimientos. Es posible que su teoría de la neurona, que tan concienzuda y meticulosamente construyó, y de la que ha vivido la neurología durante cincuenta años, quede arrumbada en el próximo medio siglo. Quizá pueda construirse una nueva neurología sin preocuparse de la neurona; aunque esto sucediera, no disminuirá un ápice la gloria de Cajal.

Los primeros pasos de Cajal fueron de una dureza extraordinaria. «Desvalidos y sin más recursos para educarnos técnicamente que los proporcionados por modestos cargos subalternos o por los padres, casi nunca convencidos de que el cultivo de la ciencia pura servía para algo, nos estrellábamos contra la indiferencia universal.» En medio de esa indiferencia, armado de un prehistórico microtomo, más navaja barbera que aparato científico, Cajal inicia su primer corte y con ello el descubrimiento de nuevas realidades.

La escasez de medios de Cajal resulta ejemplar. ¿Con cuánta dificultad se proporcionaba sus colorantes, los animales de los que extraer sus cortes, sus medios de reproducción! ¡Y qué magnífica habilidad manual, qué seguro gusto artístico y cuán penetrante inteligencia en la interpretación de las imágenes! He conocido a Cajal en su modesto laboratorio de Atocha y aquél era ya un palacio comparado con el cuchitril donde comenzó sus investigaciones. Conservó hasta el final de su vida la predilección por los locales modestos.

Pero erraría quien creyese—como alguna vez se dice—que la escasez y la modestia de medios espolean la genialidad del investigador. La genialidad está ahí y cuando existe logra crear, casi de nada, los medios que necesita. Pero la ciencia experimental, que no puede avanzar sin el empuje de los genios, tampoco logra consolidar ese avance sin el trabajo de los epígonos. Y, hecho curioso, pero ineludible, los epígonos necesitan multiplicar sus medios de trabajo.

Cajal, por su genialidad, pudo crear en un atmósfera de indiferencia. Pero hizo algo más esencial: cambiar la atmósfera. No fué obra suya exclusiva, pero su participación puede

DE LA NAVAJA BARBERA DE CAJAL AL CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES

considerarse como decisiva. Lo cierto es que a partir de él y de sus coetáneos, comienza una transformación de la sociedad española. Su actitud frente a la ciencia cambia: el científico no es un «chiflado» como dice Cajal que los calificaban en su tiempo, sino un promotor de hechos y de valores que merecen estima por la comunidad. La acción del Estado viene, inmediatamente, tras el cambio y la actitud de la sociedad.

Cajal creó una escuela histológica—la escuela histológica española—que ha dado óptimos frutos. De los ya desaparecidos, los nombres de Achúcarro, Villaverde y Río-Hortega han quedado unidos a descubrimientos inolvidables. Si Cajal nos legó casi completo y perfecto el estudio de los elementos más nobles del tejido nervioso—la neurona—sus continuadores nos han legado un conocimiento meticuloso, exacto y sorprendente del tejido acompañante de las neuronas, la neuroglia en sus diversas formas. A ellos habría que agregar otros nombres: Arcaute, Lafora, Sacristán, Sánchez y Sánchez, Fañanás, etc.

La evolución de la escuela ha tomado caminos diversos. Por un lado Tello ha continuado la tradición «cajaliana» clásica. Por otro, Fernando de Castro y Lorente de No han actuado como renovadores, por el camino de la histofisiología, del viejo tronco. Y con buenos discípulos saben unir la despierta inteligencia con la habilidad técnica... Uno y otro han sabido renovar las técnicas, abrir nuevos caminos. El Instituto Cajal, dirigido por Sanz Ibáñez continúa hoy día, con una riqueza de medios que hubiera deslumbrado a Cajal, la tradición investigadora. Al amparo de él, o fuera de él, trabajan incansables, nombres tan conocidos como Pérez Lista, Arteta, Ortiz Picón, Gallego, Sánchez Lucas, Herrera, Rodríguez López, Ramón Martínez, etc. El ejemplo de Cajal ha sido fecundo. Un viento nuevo sacudió el viejo tronco de la medicina española. Han pululado laboratorios, escuelas, centros de investigación. Los clínicos eminentes, Marañón, Jiménez Díaz, apoyan un trabajo clínico en una fisiopatología cultivada con esmero en sus Institutos y que ha dado óptimos frutos. En el Instituto de Medicina Experimental despliegan sus actividades Enríquez de Salamanca, Martín Lagos y Rodríguez Candela, cuyos trabajos sobre patogenia de la diabetes son bien conocidos. La fisiología cuenta con hombres jóvenes y ya ilustres como Grande, Jiménez Vargas, Cosin, etc., etc. Hay en las nuevas generaciones pasión por el descubrimiento de la verdad científica. Esta pasión, preñada de lucidez e inteligencia, está dando ya sus frutos.

Dr. Juan José LÓPEZ IBOR

El año 1939, y a la sombra del Árbol de la Ciencia, se creó en España el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Hoy, transcurridos ya dos lustros de aquella época, el citado Consejo tiene sólidamente asentadas sus raíces no sólo sobre Madrid, sino sobre treinta y una provincias españolas; se alimenta materialmente de un presupuesto de 65.000.000 de pesetas y, espiritualmente, de una Biblioteca en la que figuran casi 2 millones de volúmenes. Ha extendido sus ramas a ocho terrenos de la investigación, cubiertos por los Patronatos de «Raimundo Lulio» (Ciencias Teológicas, Fisiológicas, Jurídicas y Económicas), «Marcelino Menéndez y Pelayo» (Historia, Filología y Arte), «Santiago Ramón y Cajal» (Ciencias Biológicas), «Alonso de Herrera» (Biología Vegetal), «Alfonso el Sabio» (Matemáticas, Física y Química), «Juan de la Cierva» (Investigación Técnica), «José María Quadrado» (Estudios e Investigaciones locales), y «Diego de Saavedra Fajardo» (Estudios Internacionales).

El Consejo ha ido ya recogiendo su propia cosecha. A principios del año pasado había editado 785 obras científicas, integradas por 928 volúmenes; 69 de estas obras eran de Teología, Filosofía y Pedagogía; 55, de Derecho, Economía y Política; 143, de Filología y Literatura; 25, de Estudios Árabes y Hebraicos; 86, de Historia de España; 66, de Historia Hispanoamericana; 45, de Geografía, Prehistoria y Etnografía; 44, de Arte y Arqueología; 84, de Bibliografía; 69, de Ciencias Biológicas; 12, de Ciencias Geológicas; 67, de Ciencias Exactas, Físicas y Químicas, y 20, de Estudios Locales. Junto a ellas, 89 revistas periódicas, que hoy pasan de 100.



Picasso.—«Naturaleza muerta con busto negro».



Manolo Hugué.—«El torero».

MEDIO SIGLO DE "ISMOS"

Por TOMÁS BORRÁS

TENEMOS que hablar con cuidado de los ISMOS, encararnos a ellos con seriedad, porque cuando empieza uno a llamarlos por su orden de lista, acude tal rebaño de buhos de Minerva que maciza el espacio visual con su volumen.

ISMOS que, en su Historia Natural, empiezan casi invisibles como pulgas, y poco a poco la época va engordándoles con su sustancia, y se inflan, y se desarrollan, y agigantan, y amenazan desplomarse sobre nosotros y aplastarnos.

Algunos, en efecto, aniquilan una porción de Humanidad, producen guerras, revoluciones, demencias, y sobre la atmósfera enrojecida el ISMO triunfa como un bombardero de tamaño natural, soberano e impasible.

Este—mitad del siglo—, es el instante en que nos hemos dado cuenta de que todo en la vida es ISMO, de que la criatura está adscrita a los ISMOS, empadronada en ellos, sin posible evasión (sería EvasionISMO), sin lograr eludirlos (sería IndeferentISMO).

No hemos creado su especie en 1900, ni en 1950 apuramos su cantidad hasta agotarla; había ISMOS (vienen del Origen), y habrá más ISMOS en el futuro (van a la Consumación); porque por MasoquISMO extraño, cuanto más nos obligan, nos afilian, nos conturban, con mayor esmero les hacemos proliferar.

Hasta el AntiISMO nos resulta un ISMO al trazar su estructura.

Observadores que gritan el alerta de cada día, como Ramón Gómez de la Serna, pintaron una panorámica de los ISMOS que cuajan superpuestos horizontes con su aparición pesante; hay un «Diccionario de los ISMOS» (de Juan Eduardo Cirlot), que diseca su imagen, individualizándolos a lo Linneo, que describe su intención y sus visajes; podría formarse una biblioteca y una pinacoteca de ISMOS; tantísimos son, que ninguna obra humana, ni siquiera la Obra Divina, escapa a su fichero.

Y ya nadie se sitúa con asepsia en las visuales de la Política, de la Literatura, de la Filosofía,

del Arte, pues en el acto encaja cada manifestación en su ISMO correspondiente: ¡Esto es ColectivISMO¡ ¡Esto es ArcadISMO¡ ¡Esto es TomISMO¡ ¡Esto es NeoclasicISMO!...

Los ISMOS revelan, en su mejor apreciación, lo que en ellos hay de originalidad respecto de lo ya teorizado, cualificado, presente en la Obra General Humana; cada ISMO es una Forma Nueva.

El ISMO es, en el lenguaje, «el sufijo semántico que añade al radical una idea».

Así hay un sistema, un criterio, una invención, un hallazgo, un camino, esfuerzo, propósito, tanteo, rebeldía, búsqueda, ¡libertad!, en cada ISMO que aparece.

Los ISMOS son un enriquecimiento del patrimonio, juego de dados que se tiran en desafío a la Impotencia, acciones de la Gran Empresa del Espíritu que con los ISMOS amplía constantemente su capital.

Los ISMOS son los infinitos radios de la circunferencia cuyo punto central es lo genesiaco divino.

Debemos sentir orgullo al comprobar que desde 1900 la cantidad de ISMOS ha aumentado, abrumadora; el siglo heredó unos cuantos, no muchos si se alistan en una casilla y en la otra los milenios de existencia: Clasic-, Romantic-, Liberal-, Parlamentar-, Sectar-, Sentimental-, Revolucionar-, Real-, Racional-, Progres-, Catolic-, Protestant-, Individual-, Espiritual-, Renacent-, Patriot-... (Omito el sufijo por no desgastar la matriz de la linotipia).

En más de cuatro mil años la imaginación sestea perezosa, y para un cronicón universal denso y múltiple, tan sólo medio centenar de ISMOS, diferenciaciones, personificaciones, se le ocurrieron al adánida que corría su aventura.

La potencia explosiva, inaudita, la carga tremenda de este medio siglo ha originado, como el átomo descubierto en flagrante actividad energética, puede decirse que miles de ISMOS, que son la muestra de la variedad en la ilimitación de que es capaz el contemporáneo.

Nada escapa, lo repetimos, al ISMO que secciona una partícula especial de la vivencia: el diamante ha sido tallado en tantas facetas que su DestellISMO, sus destellos, abarcan la realidad aparencial y la realidad profunda, el mundo externo y el submundo del yo, los más allás de lo físico y lo metafísico.

Cada gesto de la Naturaleza, cada insinuación de la Psicología, han sido captadas por la ambición de completar el IntimISMO y lo tangible.

Y así, los ISMOS, desde 1900, parecen, componiéndose, ordenándose en su taracea, en su puzzle, dar la Summa íntegra de imágenes que contienen los sucesivos velos de Maya.

(Acaso la Cultura no sea más que el logro del hombre que le devuelve a Dios la Creación, otra vez completa).

Los ISMOS 1900-1950, gravitan sobre la acción, dirigiéndola; se puede formar la serie Marx-Social-Común-, como decisiva del sentido de este momento, con desenlace dentro de la centena: ISMO radical, trastornador, tambaleador de los cimientos, que quiere sustituir con otro el Atlante que sostiene el Orbe, va a decidir la orientación de la especie por milenios.

Característico de los ISMOS es que a cada afirmación se opone una negación, una afirmación contraria; cuando un ISMO nace, su enemigo aparece, instantáneo.

Fasc-, Nacionalsocial-, Nacionalsindical-, tratan de resolver, cada cual a su estilo, el problema que el Marx- planteó en la pizarra estelar: son los ISMOS numerales que incluyen en su cantidad lo que hay que aceptar del adversario para lo evolutivo y lo que hay que conservar de lo esencial para la permanencia; como el Marx- es la cantárida aplicada a la inercia.

Porque otra cualidad de los ISMOS es que caen como grandes rocas en el estanque tranquilo, les esquirlan, salpican escándalo, producen la inmediata reacción, el ISMO adecuado, clave secreta del problema.

Gracias a ellos se está siempre, como el pájaro de San Juan de la Cruz, con el pico alzado hacia el Espíritu Santo para recibir sus iluminaciones.

El ISMO es dinámico y desaloja con su puntapié la cuña que sostenía inmóvil la rueda; y la rueda, que vuelve a su Quiet- por condición humana, otro ISMO la obliga de nuevo, sucesivamente, inacabablemente, a dar sus giros hacia la lejanísima, hacia la definitiva Luz.

La conmoción del Marx-, y del Fasc-, conmoción en la que entran el viejo Nacional-, el vetusto Liberal-, y el indefinible Democrat- (y aun el Colon-, y sobre todo, el American- y el Europe-), ha puesto en trance la creencia política y la organización social, ha atacado hasta la médula religiosa la jerarquía de los valores: de la crisis saldrá la síntesis con la victoria completa de aquello que es inmanente, inmodificable, porque constituye la sustancia y la razón de existir del Hombre; mas la imitación de aquel siglo XIX, el de la felicidad pasiva, será arrumbada en el desván de lo caducado; un XX, un XXI y sus hermanos menores, presenciarán la manera de vida descargada de las ponzoñas antievangélicas que originaron el demoníaco ISMO, el Marx-; como el pecado es premisa de la confesión, de la penitencia y de la restitución gozosa.

ISMO abarcador, el Marx- sacude el árbol del Capital-, para dejar caer sus frutos, da vigor al Tecnic-, amenaza con el Totalitar-, en el que naufragaría la dignidad del ser, su dote celestial, y retrocede ante el Tradicional-, que evita el fácil triunfo de las fuerzas del Mal, centrípetas en el ISMO bestializador, en el Material-; es un forcejeo de ideas traducido a actos de duelo a muerte, como estadio el planisferio.

Jamás un ISMO ha brotado a lo volcán como éste del Material- marxista con tantos espantos en su vientre.

Hay ISMOS graciosos y amables, como el Snob-; en español, Cursil-.

Hay ISMOS que parecen gemelos, cual los llamados Optim- y Pesim-, las dos caras del Jano alegórico, los dos platillos de la balanza.

UN ISMO agridulce, armonizador, es el Humor-, que colorea el panorama al través del vidrio esmerilado de la melancolía transformada en sonrisa.

ISMO poderoso es el Intelectual-, que somete a la Inteligencia —tanto toco, tanto creo—, el canon universal; le ha salido al paso el Intuitiv-, señalador de lo abismático desconocido por el microscopio de la mente lógica, Intuitiv- de lo subyacente, y sólo premonitorio para la conciencia.

La moda del ISMO que llega a todas partes, sitúa al Period-, al periódico y a la Radio, manjares cotidianos, en el Sensacional-, para excitar a la calma y convertirla en vorágine; ISMO que también transforma lo intelectivo, el criterio, en arrebatadora pasión.

Freud-, es otro de los que han calado en la época; el ego se encuentra, con el Freud-, desnudado, sacado de su cueva, tan oscura que ni él mismo se veía, por el método implacable de una ciencia con su antecedente en las liberaciones que estudió, exacta sabiduría, el sacerdote; del confesonario de la iglesia al sofá del Psicoanal-, hay la distancia de la caridad a la implacabilidad; y la distancia de la verdad y el respeto a la mismidad, al cálculo de probabilidades y la sonda hiriendo la herida; mas el Freud-, el Psicoanal-, abre la puerta de esa galería hermética (el defecto es que la abre a todos, a la exhibición en la vergüenza pública y a las interpretaciones sexuales de los complejos, sucias, y no la ilumina ni devuelve a la inocencia); cuanto la humildad y la atrición sin deshonra, y la pureza, confían en lo supranatural y descansan en Dios, su centro, la cuita del alma.

Si queremos apuntar los ISMOS del Arte, entramos en el laberinto: —¿Cuántos serán?...

Cada artista, siempre él, siempre suyo-aislado, es un ISMO, es M, incógnita que despeja el vocablo reverencial M-ISMO; no otro, no Colectiv-, ni Unanim-, ni apenas Compañer-; para el artista, partícula de un fuego que se le concede a él sólo, no se hizo el Maquin-, en que la reunión organizada de lo inorgánico origina productos en serie. (En inglés Standard-, en español, Tipic-.)

El ISMO Comun-, es derrotado de antemano por el artista, como por la fe, de la cual es el artista aliado; se repugna «la vida de hormiga en el hormiguero» (José Antonio),



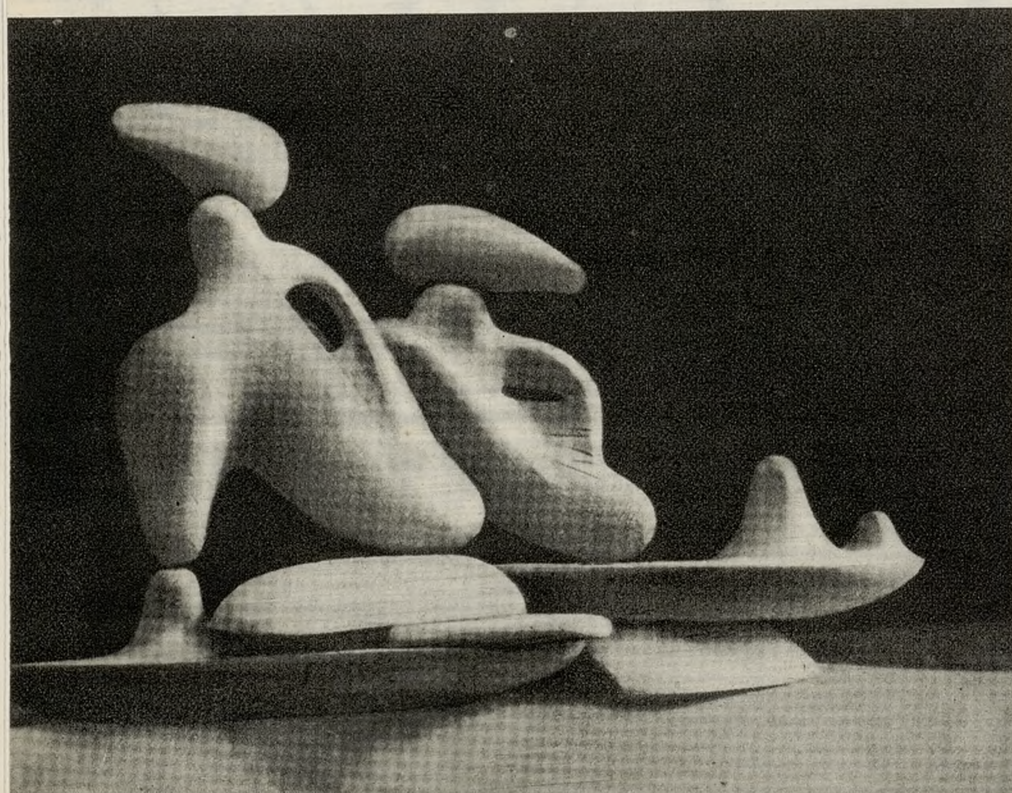
Juan Miró.— «Posada».



Matisse.— «Retrato».



Dalí.—«Tristán loco» (decoración).



Ferrant.— «Escultura».

por la causa primaria que la fe y el arte informan en el núcleo diamantino del artista, que siempre se opone a las cristalizaciones: como se oponen los ISMOS.

Por eso el artista es el sembrador de ISMOS que, como la sal, evitan la putrefacción en la quietud. (¿No será la sal lo que mueve los mares?)

Si queremos hacer el catálogo de los ISMOS artísticos, tendremos que calcular la población de corazones y cerebros permeables a las radiaciones cósmicas del Supermundo, la estadística de los artistas, antenas que nos aportan mensajes que toman del siempre Más Alto, de Aquel que sonríe a la Vida que ha hecho por Su Voluntad, y cuyas sonrisas la embellecen.

En medio siglo, ¿cuántos individuos se han detenido ante el caballete, ante el falso pedestal giratorio encima del que se acumula la arcilla, ante el plano geometrizado, ante el papel con líneas de telégrafo que convocan a los pájaros que cantan?

De esa detención, de ese disgusto por lo ya hecho, de esa necesidad voraz de «lanzar» algo ni siquiera nuevo, sino novísimo, de esa gula de desentrañar lo inextricable, de esa Ultima Hora Urgente del Pensamiento, nacen los ISMOS que cuelgan como las coordenadas de la época en las tablas de la estupefacta crítica.

La misión de los ISMOS es inquietar, y jamás hubo siglo —lo anticipamos— en que la pelea por la pelea (los ISMOS no quieren predominar, sino agilizar con su dialéctica), fuese de maraña tan enmarañada.

Empezó el 900 por presentar un embrionario Modern-, en el que se contenían en espiga las semillas de todos los que rompen después la costra de la vulgaridad: el Modernera el ISMO del porvenir, la nube madre que marcha por la atmósfera que perturba a la cabeza de las nubes pequeñas; Simbol-, Parnasian-, Natural-, en literatura, y en artes plásticas Prerrafael-, Impresion-, llenaron la infancia del siglo XX hasta conjuntarse en la vaguedad del Futur-, que cerraba la otra vaguedad del Modern-, y las gentes, absortas, comprendieron en el encuadre de las dos denominaciones el profético haz donde iba el nuevo pan implícito.

Después, aquello del Modern- y del Futur-, se fué precisando; el Vanguard- que parecía, en los albores, ISMO único, se descompuso con la fecundidad del arco iris en líneas de diferente color.

Sus más largos y misteriosos periplos los corrieron el Cub- y el Surreal-, que llegan a nuestra mitad del XX y mandan casi en absoluto; entre sus rendijas asoman sus incitaciones, el Simultane-, el Eclectic-, el Dada-, el Expresion-, y otro más, siempre más, que es el signo aritmético de los ISMOS: Puntill-, Real- mágico, Negr-, Pasad-, Fier-, Simultane-, incontables flores extrañas del jardín inagotable de los ISMOS. (A lo lejos, el Academic-, agonizaba con su receta.)

Una exposición que abarcara todos los ISMOS artísticos de 1900 a 1950, habría de ser instalada en la avenida más kilométrica de cada capital; hasta los eruditos del ISMO ponen un etcétera desesperado cuando llegan a la cuenta por cuatro cifras; según dijimos: un artista, un ISMO.

Y al compás, la alegría de crear, o de recrear, se apodera de los iletrados, que tanto contenido estético desarrollan, y el Floklor- instala sus bailes, trajes y costumbres, artesanía y canciones en el epicentro de la nación, que se engalana con ellos para perpetua fiesta.

Es cuando saliendo de su esquema de pedante etnografía, las razas reconocen su identidad y el Hispanoamerican-, el Eslav-, el German-, el Anglosajon-, se levantan a pedir los puestos rectores en la gerencia de la Humanidad.

Todo se hace Fanat- de ISMOS, y como los soldados al toque de llamada, se agrupan bajo las banderas de los ISMOS las milicias y sus capitanes; incluídos los locos, que aceptan la incoherente disciplina indisciplinada del Anarqu-, para no quedarse fuera del signo zodiacal imperante.

Y, en fin, el Existencial- pone su gota amarga en el vino que ahora se bebe; es la filosofía de un Heidegger la que rebasa las angustias del Nietzsch- y da al Positiv- un color cárdeno: con esa copa en la mano brindamos en el albor de 1951.

Le ha correspondido a España puesto preeminente en esa asombrosa proliferación de la energía expansiva con que el alma del hombre dota al mundo inmaterial, cuando el Atom- cede, paralelo, su energía física a la utilidad; si se borran algunos nombres de españoles, los ISMOS se funden en lo aún desconocido: removedores, originales, esos españoles padrean el Arte del XX y su huella queda como la más diversa en posibilidades, desde el barroco.

Acordaos de Juan Gris y de Picasso, de Salvador Dalí, del Ultra- y el Post- que nacen en la Tertulia de Pombo, de Madrid; del Indalian- de los almerienses; de Iturrino y Suñer, Manolo, Juan Miró, Cossío, Picabia, Eudaldo Serra, José Caballero, Pruna, Planes, Togores, Angel Ferrant... Algunos de ellos (entre los vivientes) como Picasso, Dalí, Ferrant y Miró, pontífices máximos del Cub- (Picasso); del Surreal- (Dalí); del Primordial- (Ferrant); del Esquemat- (Miró).

España, crisol y encrucijada de razas desde Tartesos, sigue madre de originalidades, quizás ISMOS que han depositado en su entraña, treinta mil años uno tras otro, los Diferentes, los de Cada Lugar de la Antigüedad o de la Contemporaneidad, con sus recónditas visiones que ella extrae de su suelo, hecho más de carne y pensamiento que de cuerpos químicos; inagotable por depósito ancestral de los anhelos, frustraciones, empuje de quienes atrajo el viento de la Historia, que en España hace remolino permanente porque es la alta torre entre continentes y mares.

Ahora mismo, su Cueva de Altamira sirve de punto de arranque al ultimísimo ISMO, el Altamir-, que lee en los clásicos de la Prehistoria la lección dejada en su escritura plástica, la que descifran los jóvenes de 1950 para hallar la fórmula que demuestre la identidad y perpetuidad del hombre desde su guturalización del grito de caza hasta el morse de la telegrafía sin hilos: la señal tallada en piedra por lo que lo esperaban todo, la adoptan los que lo tienen todo; ese Altamir- es la nueva aportación de la inmortalidad descompuesta en el prisma del Arte. (¡Saludemos al Altamir-, que se da a riesgo y ventura!)

Los ISMOS, como Worringen enunció, son la demostración de que el Arte es «una voluntad», antes que «una capacidad»; Cirlot, el tratadista español de los ISMOS, lo hace notar, como también que Max Ernst los explica como elementos que tratan de «intensificar la irritabilidad de las facultades del espíritu».

Por eso Cirlot, como antes Gómez de la Serna, los colocan en el «paisaje vital» y no en la covachuela de pesas y medidas de la calificación analista-crítica: un hombre es tanto como otro para el hispano-católico, y un ISMO es tanto como una escuela, Velázquez o Palazuelo, otro ISTA del día.

Se trata del nóumeno, y no del fenómeno; lo irónico de los ISMOS es su escurrimiento de entre los dedos que quieren colocarlos bajo la lupa de la observación científica e inscribirlos en un sistema.

Dentro de cada ISMO hay una fuga hacia zonas que ni siquiera son conocidas.

Tienen algo de larvas demoníacas y de anunciaciones angélicas.

El No-se-sabe es su justificación, y su gracia el No-me-diseque.

Los ISMOS tienen el prejuicio de no tener prejuicio, de ir a buscar la belleza o la verdad donde estén, siempre inmaculados aún entre lo maculado.

Son lo antifotográfico, se han extirpado los ojos para ver con los ojos interiores.

Son los chicos revoltosos que saben que siempre queda un duende, aunque se pesquen muchos, en el fondo del pozo.

Por eso los ISMOS son para poetas, para analfabetos, para buzos, para niños y para suprasensibles, los ISMOS, seres anagógicos, que hablan por alusiones y metáforas.

Si se les carga las alas con el peso del juicio, los ISMOS se desangelan.

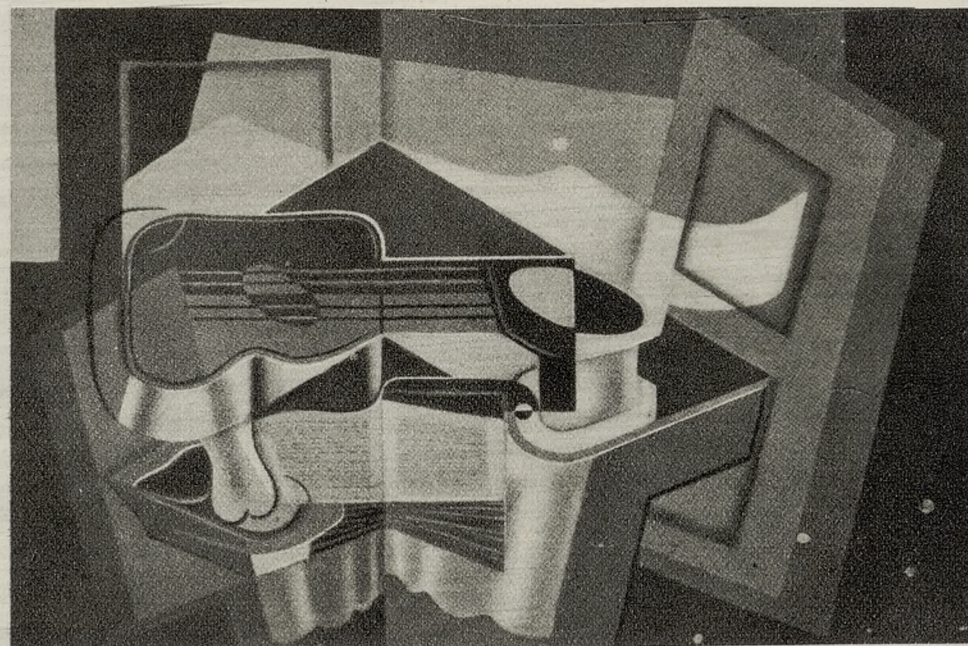
Porque el hermano mayor de los ISMOS y su adjetivo definitorio es el Absurd-.

Porque los ISMOS no pueden avanzar por la recta de los carriles de hierro.

Y porque son sueños desnudados para los desnudos, para los todavía en su paraíso pristino.



España tuvo su primer «ismo» prehistórico en la cueva de Altamira. La obra y la estética de aquellos artistas del paleolítico sigue influyendo sobre las más modernas escuelas pictóricas.



Juan Gris. «Pintura».



Juan Gris. «Pintura».



Cuadro de Solana que representa la tertulia del Café «Pombo», de Madrid, dirigida por Ramón y que fué la alentadora de todos los «ismos» europeos que iban llegando a España.

Este era el Puerto de Buenos Aires, en 1900. Los grandes barcos quedaban en el Río, haciéndose el desembarco por medio de embarcaciones auxiliares, y hasta con carretas cuando la bajante era grande. Pero en lo que hoy es la Boca, la «Vuelta de Rocha», es decir el sitio donde Pedro de Mendoza desembarcó, ofrecía este aspecto de frondoso bosque de mástiles y velas plegadas. Por aquí entró la riqueza material de la Argentina. La riqueza humana, los enormes contingentes de emigración, latían en la vena líquida del Río de la Plata, sin pausa y a borbotones. De aquellos días proviene la riqueza y la grandeza de la mayor capital de habla hispana



He aquí la calle Florida a primeros de siglo. Todavía circulaban coches. Ya no había tranvías para no perturbar los paseos. Hoy, la calle Florida, una de las más vistosas arterias del mundo de sus comercios, está cerrada al tráfico rodado.



He aquí una fotografía de 1900 que es todo un cuadro evocador. Al fondo los barcos detenidos en la rada. En primer término las lavanderas de la época. Aun no habían aparecido los grandes lavaderos mecánicos, y menos los eléctricos individuales. Las lavanderas solían ser mestizas o indígenas del interior del país. Pero sus labios entonaban, mientras percutían la ropa, canciones españolas, y musitaban airecillos de las primeras zarzuelas españolas. Por estos lugares ganados al río se extiende actualmente el gran paseo de La Costanera donde los días de verano, al atardecer, se puebla de coches y paseantes en busca de la fresca brisa del gran río.



En la calle Florida no estaban aún los grandes almacenes, Gatg y Chaves ni Harrod's. Pero había tiendas famosas que exponían las muy complicadas galas femeninas de la época, y cuyas prendas nos evocan las rancias y amarillentas fotografías de nuestras abuelas.

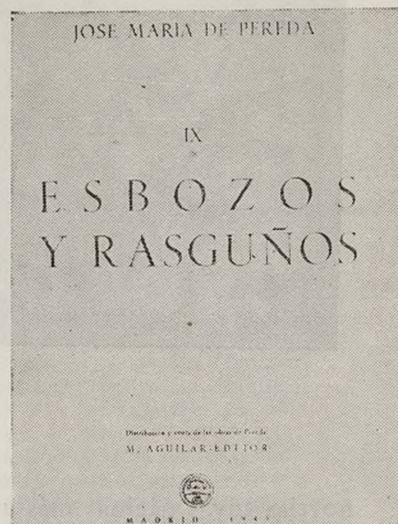
He aquí el Congreso de los Diputados en 1900. ¡Cuánta diferencia del actual! El Capitolio de Washington no se reflejaba aún en los parlamentos hispanoamericanos que eran, como éste, de ligero estilo virreinal con un cierto sabor clásico, pero discretos y sencillos.

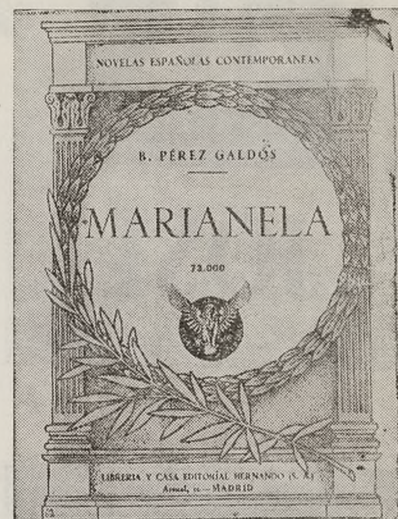


LECTURAS DE MEDIO SIGLO

POR

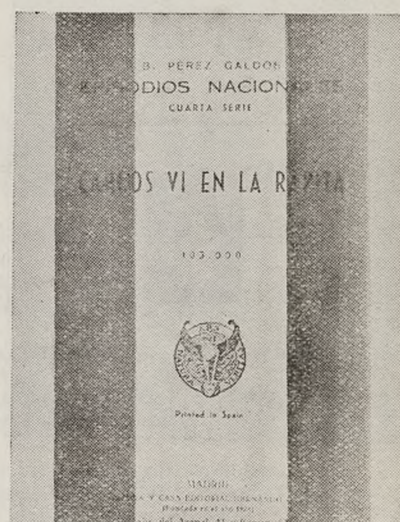
NICOLAS GONZALEZ RUIZ



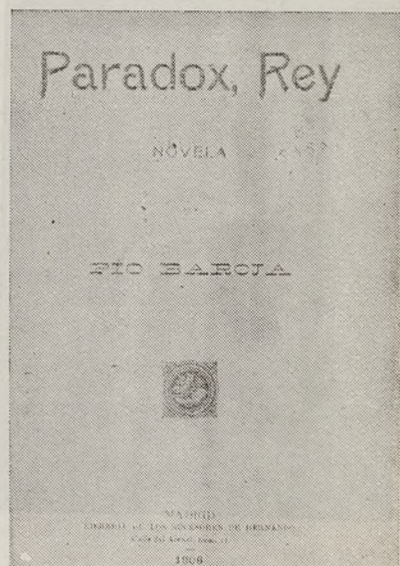


No hay un solo público lector, sino varios. La clasificación no es fácil. La edad divide los gustos. La cultura, también. Y la moda. Los viejos leen unos libros; los jóvenes, otros. Las personas cultas se aficionan más a ciertas lecturas determinadas. El vulgo tiene otras inclinaciones. Y en cada momento hay un tipo de lectura que "se lleva" y tiene numerosos adeptos. Si a esto añadimos los jóvenes con gusto de viejos, los viejos con gusto de jóvenes, los cultos con gustos vulgares y el vulgo con aspiraciones refinadas, se tendrá una idea del difícil empeño que se acomete en estas líneas al intentar una reseña de las variaciones del gusto público durante cincuenta años. Todavía se leen mucho *Los tres mosqueteros*. Pero yo voy a exponer mi modesta opinión, con la alentadora seguridad de que cada uno de los que me lean tendrá otra distinta.

En los comienzos del siglo conservan mucha boga los grandes novelistas del anterior, que son del siglo anterior, aunque su vida se prolongue en éste. El primero de todos, Galdós. En seguida, Palacio Valdés, y un poco en la retaguardia, Pereda. La moda tiene un marcado tono liberal y anticlerical. Palacio Valdés es buen católico; pero se le perdona porque se mete bastante con los curas. Pereda, con todo su hermoso realismo, va quedando para lecturas de señores provectos y apegados a la tradición. Pero se está produciendo ya el desplazamiento hacia el grupo llamado del 98. Baroja, Valle-Inclán, *Azorín*. Hay una reacción violenta contra todo género de ampulosidades, aunque sean muy buenas, aunque se trate de la descripción del comercio de Madrid en *Fortunata y Jacinta*. Lo escueto, lo impresionista, lo directo. El nervosismo antigramatical de Baroja, las oraciones en primera de activa de *Azorín*, la concisión perfumada y recamada de Valle-Inclán. La novela ha enflaquecido en un esfuerzo por perder grasas y ganar nervio y músculo.



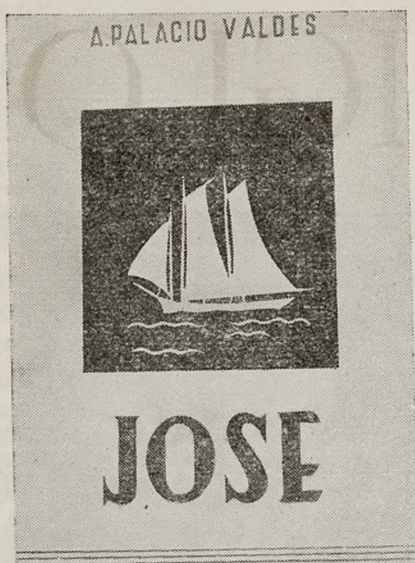
La literatura muestra un deseo feroz de asustar a la burguesía y obtiene un gran éxito, porque la burguesía puede definirse como una colectividad que está deseando que la asusten. Las personas que iban a misa leían con fruición tremendos alegatos anticlericales; las que tenían una moral a prueba de bomba se consideraban muy al día por leer una novela escabrosa o pornográfica; las que usaban de corteses miramientos en la conversación se recomendaban unas a otras novelas en las que se escribían algunas palabras fuertes con todas sus letras. Por otra parte, una inquietud literaria legítima, deseosa de romper moldes y encontrar nuevos caminos, se agitaba por doquiera pidiendo plaza. Esta favorable coyuntura produjo uno de los fenómenos más interesantes del medio siglo, que es el de la popularidad inmensa que alcanzó la novela corta. Se iniciaron publicaciones, de las cuales la de más categoría e interés fué *El cuento Semanal*, a la que siguieron en importancia *Los contemporáneos*, *El libro popular* y, finalmente, como explosión definitiva y última, pues luego todo fué decadencia, *La novela corta*, que empezó vendiéndose a cinco céntimos el ejemplar.



Tal vez no sea ocioso decir que, como en todas las modas, no se dieron solamente productos extravagantes y caprichosos, sino algunos de verdadera belleza. *Los contemporáneos* revelaron al gran público a Gabriel Miró. En *El cuento semanal* se publicaron narraciones de exquisito valor literario. En *La novela corta* vió la luz *Nada menos que todo un hombre*, de Unamuno. En estas colecciones se pueden espigar verdaderas obras maestras, así como ellas favorecieron el desarrollo de la novela "amorosa" de Felipe Trigo, o de la francamente pornográfica de Joaquín Belda.

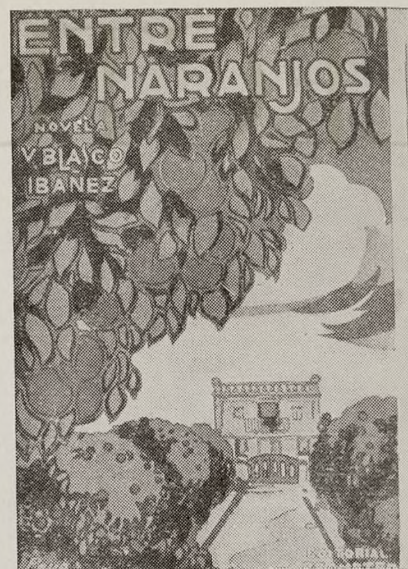


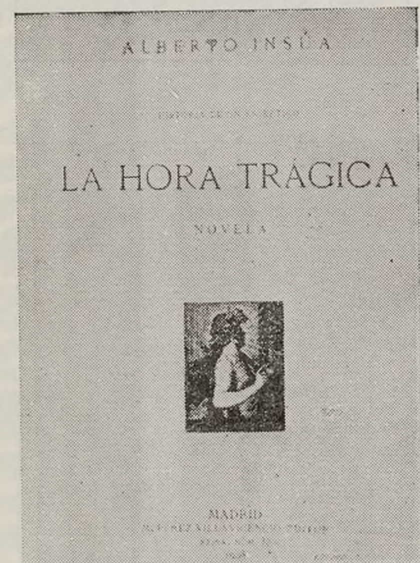
La severa moral de la sociedad española, al convertir a la mujer en una especie de misterio, favorecía el que se le pudiese conceder cierta calificación de fenómeno literario a la novela que en el fondo era simplemente pornográfica. El escritor Felipe Trigo, que gozó de una extensa popularidad, fué el que consiguió principalmente darle al género una categoría pasajera. A pesar de su estilo, más bien pobre e incorrecto, el darle a todo un cierto aire de explicación de los fenómenos de la vida a través del sexo, el poseer condiciones de escritor para la pintura de los tipos, suministraba el pretexto para que se leyeran unas





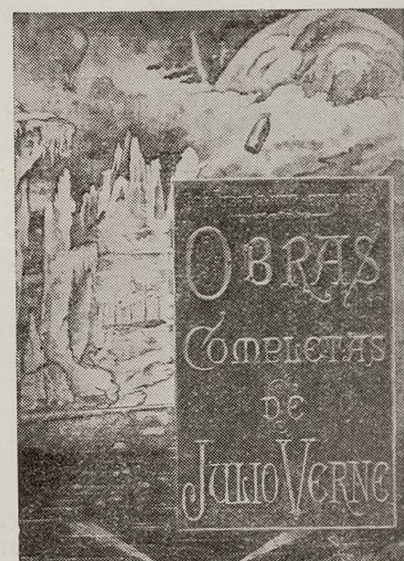






novelas cuyas páginas más atractivas consistían en la descripción de la ropa interior de una señora puesta sobre el cuerpo de la misma. Como de las señoras se veía entonces tan poco y sus prendas interiores eran tan numerosas y complicadas, esta literatura para jovenzuelos rijosos adquirió una categoría pasajera, desde luego, pero tan ampliamente aceptada que obliga a tenerla en cuenta aquí. El grupo de los pornógrafos legó algunas obras de cierta calidad literaria, como *Las ingenuas*, de Felipe Trigo; *Las neuróticas*, de Alberto Insúa, y *Punto negro*, de Eduardo Zamacois. Moda que pasó totalmente y que ahora se halla definitivamente hundida, o tal vez sumergida en otras complicaciones menos superficiales y más graves.

El copioso y diverso florecimiento literario creó una afición legítima del gran público por el buen estilo. Hay sectores españoles que nunca han valorado en justicia—y ha sido un error, cuyas consecuencias están pagando—lo que vale un estilo literario bello como vehículo para la aceptación inmediata y poco reflexiva de las ideas. La repugnancia por la metáfora brillante, repugnancia que tiene una raíz honradísima, no ha podido impedir que el estilo metafórico se adueñe del gusto público y tenga sobre él una eficacia considerable. Campeón de ese estilo fué D. José Ortega y Gasset, que a través de él y gracias a él realizó una siembra ideológica, que no es este el lugar de analizar ni discutir. Pero del estilo de Ortega arranca toda una moda literaria, que no se ha extinguido aún y que al dramatizar las ideas, darles cuerpo vivo, como si fueran gladiadores, y lanzarlas a la plaza pública, determina una moda y un modo de leer, ejerciendo sobre el pensamiento la sugestión hipnótica del estilo.

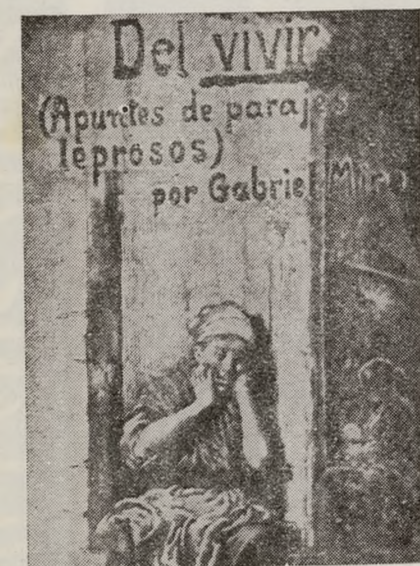


Por la belleza de su estilo literario, culminada de un modo perfecto en *Belarmino y Apolonio*, logró su boga entre el publico D. Ramón Pérez de Ayala. Por la misma causa pudo llegar a interesarnos a todos en problemas que parecían concernientes a una limitada especialidad D. Gregorio Marañón. El estilo y no las ideas, que en muchas ocasiones serían difíciles de concretar, y no digamos de sistematizar, es lo que obliga a recoger aquí este hecho muy importante de la boga literaria.

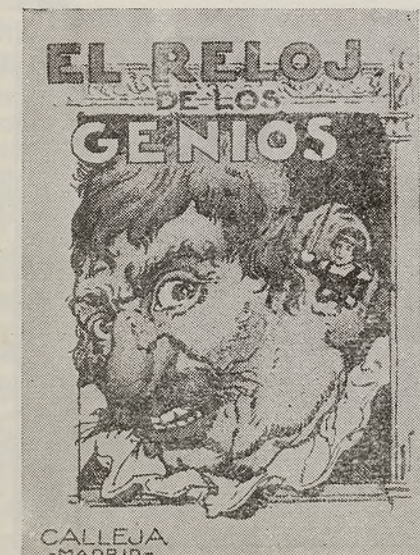
Hoy, un grupo de novelistas, a la cabeza de los cuales figuran Zunzunegui, Cela, Agustí y Pombo Angulo, pugna por conquistar una masa lectora. En torno del premio Nadal y las publicaciones de *Destino* se ha formado una corriente muy numerosa de lectores. La moda parece ser la de un realismo crudo, algo contaminado de ciertos existencialismos, por otra parte.

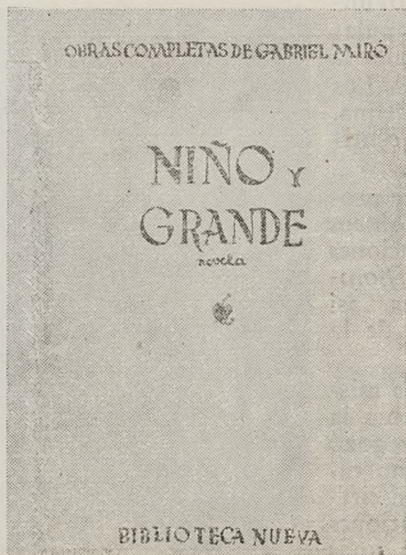
Se lee mucha novela extranjera. La moda se inclina por los relatos dilatados y extensos, que no rehuyen ninguno de los aspectos de la vida.

Va pasando la boga de la novela policíaca, que fué extensísima y sigue siendo muy amplia. Comprende a un vulgo confuso, que va desde políticos y catedráticos a la dependencia mercantil. Pero también en su fase "negra", capitaneada por Peter Creyney, la novela policíaca se resiente del contagio de la violencia y la tristeza desencadenadas por la última conflagración mundial.













POESIA

Manuel Jiménez Quílez me invita, gentilmente, a escoger algunos de los mejores poemas de habla española publicados en lo que va de siglo y me concede tres páginas de MVNDO HISPANICO para este fin. Me invita, pues, a una empresa imposible. El primer poema que yo hubiera escogido y publicado en su integridad es «El Cristo de Velázquez», de Unamuno; y ya se ve lo absurdo de mi empeño. Y en cuanto a elegir un número exacto de poetas, ¡qué difícil, qué imposible también; qué dolorosa e injusta, casi siempre, la eliminación del uno o del otro, del de allí o del de aquí, tratándose, como se trata en este caso, de un campo de elección tan vasto, tan rico, tan auténticamente maravilloso y viviente! Los poemas y los nombres que incluyo—cuatro para España y otros cuatro para Hispanoamérica—son, por lo tanto, más simbólicos que otra cosa, aunque representan, desde luego, a mi juicio, ejemplos culminantes de la extraordinaria diversidad poética española e hispanoamericana. En el caso de España, y bien a mi pesar, he limitado mi archisintética antología a los poetas definitivamente consagrados y que corresponden, más o menos, a la llamada generación del noventa y ocho. En lo que a América se refiere, mi criterio, probablemente caprichoso y arbitrario, ha sido distinto. Pero explicarlo limpiamente exigiría más espacio del que ahora dispongo.

LEOPOLDO PANERO



CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA

POR

RUBÉN DARIO

I

Yo soy aquel que ayer no más decía
el verso azul y la canción profana,
en cuya noche un ruiseñor había
que era alondra de luz por la mañana.

El dueño fuí de mi jardín de sueño,
lleno de rosas y de cisnes vagos;
el dueño de las tórtolas, el dueño
de góndolas y liras en los lagos;

y muy siglo diez y ocho y muy antiguo
y muy moderno; audaz, cosmopolita;
con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo,
y una sed de ilusiones infinita.

Yo supe de dolor desde mi infancia;
mi juventud... ¿fué juventud la mía?,
sus rosas aun me dejan su fragancia,
una fragancia de melancolía...

Potro sin freno se lanzó mi instinto,
mi juventud montó potro sin freno;
iba embriagada y con puñal al cinto;
si no cayó fué porque Dios es bueno.

En mi jardín se vió una estatua bella;
se juzgó mármol y era carne viva;
un alma joven habitaba en ella,
sentimental, sensible, sensitiva.

Y tímida ante el mundo, de manera
que, encerrada en silencio, no salía
sino cuando en la dulce primavera
era la hora de la melodía...

Hora de ocaso y de discreto beso;
hora crepuscular y de retiro;
hora de madrigal y de embeleso,
de «te adoro», de «¡ay!» y de suspiro.

Y entonces era en la dulzaina un juego
de misteriosas gamas cristalinas,
un renovar de notas del Pan griego
y un desgranar de músicas latinas,

con aire tal y con ardor tan vivo,
que a la estatua nacía de repente
en el muslo viril patas de chivo
y dos cuernos de sátiro en la frente.

Como la Galatea gongorina
me encantó la marquesa verleriana,
y así juntaba a la pasión divina
una sensual hiperestesia humana;

todo ansia, todo ardor, sensación pura
y vigor natural; y sin falsía
y sin comedia y sin literatura...,
si hay un alma sincera, esa es la mía.

La torre de marfil tentó mi anhelo;
quise encerrarme dentro de mí mismo,
y tuve hambre de espacio y sed de cielo
desde las sombras de mi propio abismo.

Como la esponja de la sal satura
en el juego del mar, fué el dulce y tierno
corazón mío, henchido de amargura
por el mundo, la carne y el infierno.

Mas, por gracia de Dios, en mi conciencia
el Bien supo elegir la mejor parte;
y si hubo áspera hiel en mi existencia,
melificó toda acritud el Arte.

Mi intelecto libré de pensar bajo,
bañó el agua castalia el alma mía,
peregrinó mi corazón y trajo
en la sagrada selva la armonía.

¡Oh, la selva sagrada! ¡Oh, la profunda
emanación del corazón divino
de la sagrada selva! ¡Oh, la fecunda
fuente cuya virtud vence al destino!

Bosque ideal que lo real complica,
allí el cuerpo arde y vive y Psiquis vuela;
mientras abajo el sátiro fornica,
ebria de azul deslíe Filomela.

Perla de ensueño y música amorosa
en la cúpula en flor del laurel verde,
Hipsipila sutil liba en la rosa,
y la boca del fauno el pezón muerde.

Allí va el dios en celo tras la hembra
y la caña de Pan se alza del lodo;
la eterna vida sus semillas siembra,
y brota la armonía del gran Todo.

El alma que entra allí debe ir desnuda,
temblando de deseo y fiebre santa
sobre cardo heridor y espina aguda:
así sueña, así vibra y así canta.

Vida, luz y verdad, tal triple llama
producir la interior llama infinita;
el Arte puro como Cristo exclama:
«Ego sum lux et veritas et vita!»

Y la vida es misterio, la luz ciega
y la verdad inaccesible asombra:
la adusta perfección jamás se entrega,
y el secreto ideal muerde en la sombra.

Por eso ser sincero es ser potente;
de desnuda que está, brilla la estrella;
el agua dice el alma de la fuente
en la voz de cristal que fluye d'ella.

Tal fué mi intento, hacer del alma pura
mía una estrella, una fuente sonora,
con el horror de la literatura
y loco de crepúsculo y de aurora.

Del crepúsculo azul que da la pauta
que los celestes éxtasis inspira,
bruma y tono menor—¡toda la flauta!,
y Aurora, hija del sol—¡toda la lira!

Pasó una piedra que lanzó la honda;
pasó una flecha que aguzó un violento.
La piedra de la honda fué a la onda,
y la flecha del odio fuése al viento.

La virtud está en ser tranquilo y fuerte;
con el fuego interior todo se abrasa;
se triunfa del rencor y de la muerte,
y hacia Belén... ¡la caravana pasa!



EL SOLTERÓN

POR LEOPOLDO LUGONES

I

Largas brumas violetas
flotan sobre el río gris,
y allá en las dársenas quietas
sueñan oscuras goletas
con un lejano país.

El arrabal solitario
tiene la noche a sus pies,
y tiembla su campanario
en el vapor visionario
de ese paisaje holandés.

El crepúsculo, perplejo,
entra a una alcoba glacial,
en cuyo empañado espejo,
con soslayado reflejo
turba el agua del cristal.

El lecho blanco se hiela
junto al siniestro baúl,
y en su herrumbrada tachuela
envejece una acuarela
cuadrada de felpa azul.

En la percha del testero,
el crucificado frac
exhala un fenol severo,
y sobre el vasto tintero
piensa un busto de Balzac.

La brisa de las campañas,
con su aliento de clavel,
agita las telarañas
que son inmensas pestañas
del desusado cancel.

Allá por las nubes rosas,
las golondrinas, en pos
de invisibles mariposas,
trazan letras misteriosas
como escribiendo un adiós.

En la alcoba solitaria,
sobre un raído sofá
de cretona centenaria,
junto a su estufa precaria
meditando un hombre está.

Tendido en postura inerte,
masca su pipa de boj,
y en aquella calma advierte
que cercana está la muerte
del silencio del reloj.

En su garganta reseca
gruñe una biliosa hez,
y bajo su frente hueca
la verdinegra jaqueca
maniobra un largo ajedrez.

¡Ni un gorjeo de alegrías!
¡Ni un clamor de tempestad!
Como en las cuevas sombrías,
en el fondo de sus días
bosteza la soledad.

Y con vértigos extraños,
en su confusa visión
de ínsipidos desengaños,
ve llegar los grandes años
con sus cargas de algodón.

II

A inverosímil distancia
se acongoja un violín,
resucitando en la estancia
como una ancestral fragancia
del humo de aquel esplín.

Y el hombre piensa. Su vista
recuerda las rosas té
de un sombrero de modista...
el pañuelo de batista...
las peinetas... el corsé. .

Y el duelo en la playa sola:
—uno... dos... tres—. Y el lucir
de la montada pistola...
Y el son grave de la ola
convidando a bien morir.

Y al dar a la niña inquieta
la reconquistada flor
en la persiana discreta,
sintióse héroe y poeta
por la gracia del amor.

Epitalamios de flores
la dicha escribió a sus pies,
y las tardes de colores
supieron de esos amores
celestiales... Y después...

Ahora, una vaga espina
le punza en el corazón,
si su coqueta vecina
saca la breve botina
por los hierros del balcón

y si con voz pura y tersa,
la niña del arrabal
en su malicia perversa,
temas picantes conversa
con el canario jovial;

surge aquel triste percance
de tragedia baladí:
la novia... la flor, el lance...
Veinte años cuenta el romance.
Turgenef tiene uno así.

¡Cuán triste era su mirada,
cuán sumerosa su fe
y cuán leve su pisada!
¿Por qué la dejó olvidada...?
¡Si ya no sabe por qué!

III

En el desolado río,
se agrisa el tono punzó
del crepúsculo sombrío,
como un imperial hastío
sobre un otoño de gró.

Y el hombre medita. Es ella
la visión triste que en un
remoto nimbo descuella;
es una ajada doncella
que lo está aguardando aún.

Vago pavor lo amilana
y va a escribirle, por fin,
desde su informe nirvana...
La carta saldrá mañana
y en la carta irá un jazmín.

La pluma en sus dedos juega;
ya el pliego tiene el doblez;
y su alma en lo azul navega...
A los veinte años de brega
va a escribir «tuyo» otra vez.

No será trunca ni ambigua
su confidencia de amor
sobre la vitela exigua.
¡Si esa carta es muy antigua...!
ya está turbio el borrador.

Tendrá su deleite loco,
blancas sedas de amistad
para esconder su ígneo foco.
La gente reirá un poco
de esos novios de otra edad.

Ella, la anciana, en su leve
candor de virgen senil,
será un alabastro breve.
Su aristocracia de nieve
nevará un tardío abril.

Sus canas en paz suprema,
a la alcoba sororal
darán olor de alhucema,
y estará en la suave yema
del fino dedo el dedal.

Cuchicheará al ras del suelo
su enagua un vago frufrú,
y con qué afable consuelo
acogerá el terciopelo
su elegancia de bambú...

Así está el hombre soñando
en el aposento aquel,
y su sueño es dulce y blando;
más, la noche va llegando
y aun está blanco el papel.

Sobre su visión de aurora,
un tenebroso crespón
los contornos decolora,
pues la noche vencedora
se le ha entrado al corazón.

Y como enturbiada espuma,
una idea triste va
emergiendo de su bruma:
¡qué mohosa está la pluma!
La pluma no escribe ya.

MECIENDO

POR GABRIELA MISTRAL

El mar sus millares de olas
mece divino.
Oyendo a los mares amantes,
mezo a mi niño.

El viento errabundo en la noche
mece a los trigos.
Oyendo a los vientos amantes,
mezo a mi niño.

Dios Padre sus miles de mundos
mece sin ruido.
Sintiendo su mano en la sombra,
mezo a mi niño.



HERMOSURA

POR

MIGUEL DE UNAMUNO

¡AGUAS dormidas,
verdura densa
piedras de oro,
cielo de plata!

Del agua surge la verdura densa;
de la verdura,
como espigas gigantes, las torres
que en el cielo burilan
en plata su oro.
Son cuatro fajas:
la del río, sobre ella la alameda,
la ciudadana torre
y el cielo en que reposa.
Y todo descansando sobre el agua,
flúido cimiento,
agua de siglos,
espejo de hermosura.
La ciudad, en el cielo pintada
con luz inmoble;
inmoble se halla todo,
el agua inmoble,
inmóviles los álamos,
quietas las torres en el cielo quieto
Y es todo el mundo;
detrás no hay nada.
Con la ciudad enfrente me hallo sólo,
y Dios entero
respira entre ella y yo toda su gloria.
A la gloria de Dios se alzan las torres,
a su gloria los álamos,
a su gloria los cielos,
y las aguas se cansan a su gloria.
El tiempo se recoge;
desarrolla lo eterno sus entrañas;
se lavan los cuidados y congojas
en las aguas inmobles,
en los inmobles álamos,
en las torres pintadas en el cielo,
mar de altos mundos.
El reposo reposa en la hermosura
del corazón de Dios, que así nos abre
tesoros de su gloria.
Nada deseo;
mi voluntad descansa,
mi voluntad reclina
de Dios en el regazo su cabeza,
y duerme y sueña...
Sueña en descanso
toda aquesta visión de alta hermosura.
¡Hermosura! ¡Hermosura!
Descanso de las almas doloridas,
enfermas de querer sin esperanza.
¡Santa hermosura,
solución del enigma!
Tú matarás la Esfinge,
tú reposas en ti sin más cimiento.
Gloria de Dios, te bastas.
¿Qué quieren esas torres?
Ese cielo, ¿qué quiere?
¿qué la verdura?,
¿y qué las aguas?
Nada, no quieren;
Descansan en el seno
de la Hermosura eterna;
son palabras de Dios limpias de todo
querer humano.
Son la oración de Dios, que se regala
cantándose a sí mismo,
y así mata las penas.
... ...
La noche cae; despierto,
me vuelve la congoja,
la espléndida visión se ha derretido,
vuelvo a ser hombre.
Y ahora dime, Señor, dime al oído:
tanta hermosura,
¿matará nuestra muerte?

FELIPE IV

POR MANUEL MACHADO

NADIE más cortesano ni pulido
que nuestro rey Felipe, que Dios guarde,
siempre de negro hasta los pies vestido.

Es pálida su tez como la tarde,
cansado el oro de su pelo undoso,
y de sus ojos, el azul, cobarde.

Sobre su augusto pecho generoso
ni joyeles perturban ni cadenas
el negro terciopelo silencioso.

Y en vez de cetro real, sostiene apenas,
con desmayo galán, un guante de ante
la blanca mano de azuladas venas.

ADOLESCENCIA

POR JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

En el balcón un instante
nos quedamos los dos solos.
Desde la dulce mañana
de aquel día, éramos novios.

—El paisaje soñoliento
dormía sus vagos tonos,
bajo el cielo gris y rosa
del crepúsculo de otoño—.

Le dije que iba a besarla;
bajó, serena, los ojos,
y me ofreció sus mejillas,
como quien pierde un tesoro.

—Caían las hojas muertas
en el jardín silencioso,
y en el aire erraba aun
un perfume de heliotropos—.

No se atrevía a mirarme;
le dije que éramos novios,
...y las lágrimas rodaron
de sus ojos melancólicos.





POEMA

POR ANTONIO MACHADO

¡Esta luz de Sevilla... Es el palacio
donde nací, con su rumor de fuente.
Mi padre, en su despacho. —La alta frente,
la breve mosca, y el bigote lacio—.

Mi padre, aun joven. Lee, escribe, hojea
sus libros, y medita. Se levanta;
va hacia la puerta del jardín. Pasea.
A veces habla solo, a veces canta.

Sus grandes ojos de mirar inquieto
ahora vagar parecen, sin objeto
donde puedan posar, en el vacío.

Ya escapan de su ayer a su mañana;
ya miran en el tiempo, ¡padre mío!,
piadosamente mi cabeza cana.

LA BIZARRA CAPITAL DE MI ESTADO

POR RAMON LÓPEZ VELARDE

He de encomiar en verso sincerista
la capital bizarra
de mi Estado, que es un
cielo cruel y una tierra colorada.

Una frialdad unánime
en el ambiente, y unas recatadas
señoritas con rostro de manzana,
ilustraciones prófugas
de las cajas de pasas.

Católicos de Pedro el Ermitaño
y jacobinos de época terciaria
(y se odian los unos a los otros
con buena fe...).

Una típica montaña
que fingiendo un corcel que se encabrita
al dorso lleva una capilla, alzada
al Patrocinio de la Virgen.

Altas
y bajas del terreno, que son siempre
una broma pesada.

Y una catedral y una campana
mayor que, cuando suena, simultánea
en las avemarías, me da lástima
que no la escuche el Papa.

Porque la Cristiandad entonces clama,
cual si fuese su queja más ungida
la vibración metálica,
y al concurrir ese clamor concéntrico
del bronce en el ánima del ánima,
se siente que las aguas
del bautismo nos corren por los huesos
y otra vez nos penetran y nos lavan.

El PERIODISMO de antes



Por JULIO CAMBA

A veces se ha hablado en Madrid de una huelga de periodistas. La huelga de periodistas, queridos compañeros, es un propósito absurdo por dos razones, que clasificaremos así:

A.—El público no necesita para nada los periódicos.

B.—Los periódicos no necesitan para nada a los periodistas.

Dejemos, de momento, la razón «A» y vayamos a la razón «B». Yo he «trabajado» durante dos años en un periódico que se hacía solo. Ordinariamente, los redactores nos reuníamos en torno de una mesa muy grande, pedíamos café y comenzábamos a charlar y a fumar pitillos. Abajo estaban los talleres. ¿Por qué procedimiento se transformaba nuestra conversación en artículos y noticias? Yo lo ignoro; pero ello es que, poco a poco, el periódico iba haciéndose.

—Ya no faltan más que dos páginas—decía el regente a las dos y media de la madrugada.

—Muy bien, muy bien—contestábamos nosotros—. Que traigan más café.

Y volvíamos a tomar café, a fumar pitillos y a discutir la política del día con un nuevo ardor. Pasaba una hora y el regente reaparecía.

—¡Tres columnas!—exclamaba.

—¿Todavía tres columnas?

Indudablemente, la conversación había languidecido o quizá el café se hubiese enfriado... Seguíamos hablando, y a las cinco de la madrugada el «plomo de la palabra» hervía en la estereotipia, esperando el momento de su consorcio con la «tinta de la idea». Ese momento se producía hacia las cinco y cuarto o cinco y media. A esa hora comenzaba a funcionar la rotativa, y entonces nosotros nos callábamos. Nuestra labor había concluído. No nos quedaba ya ni un solo pitillo. Las cafeteras estaban agotadas...

Así se hacía el periódico ordinariamente; pero algunas veces daban las tres de la madrugada y todavía no había aparecido ningún redactor.

—Faltan lo menos dos páginas y media—murmuraba el regente.

—¡Estos muchachos!... ¡Estos muchachos!...

Daban las cuatro.

—Todavía faltan cuatro o cinco columnas—exclamaba el regente.

—¡Qué le vamos a hacer!...

Y a eso de las cinco, el regente volvía a presentarse.

—¿Aún no ha venido nadie?

—No.

—Pues yo voy a cerrar el número. Si no, perderemos los correos.

—Bueno. Cierre usted—autorizaba el propietario.

Y la rotativa giraba, y el periódico salía, y hasta es posible que saliese mejor que nunca...

Decididamente, los periódicos, que parecen el producto de una civilización complicadísima, son algo tan natural y tan espontáneo como las flores y como los frutos. Los poetas debieran cantarlos. Los hombres de ciencia debieran estudiar su biología. Periódicos que llevan treinta o cuarenta años de existencia han brotado, a lo mejor, de un banquete o de un discurso político. Unos viven modestamente, como la violeta. Otros son pomposos y arrogantes. Ultimamente se ha pensado en industrializar el periodismo así como, por ejemplo, se ha industrializado la patata; pero, de todos modos, una huelga de periodistas a mí me parecería algo así como una huelga de cesantes.

* * *

Se ha dicho que hasta ahora los periodistas madrileños no habían empleado contra sus Empresas ningún procedimiento revolucionario, y esto es inexacto. Durante la guerra rusojaponesa, yo era redactor de un periódico donde nos pagaban con bastante dificultad. Sobre todo, considerábamos humillante la clase de moneda con que se nos hacían los pagos, y que era: o calderilla, producto de la venta en la Puerta del Sol, o sellos de Correos, que acabábamos vendiéndole, mediante un considerable descuento, al propio administrador que nos los había entregado.

—Crean ustedes—solía decirnos aquel señor—que al tomarles a ustede a diez céntimos estos sellos de quince, hago un gran sacrificio. Nosotros somos un periódico muy liberal y tenemos para toda nuestra correspondencia la franquicia parlamentaria...

No había medio de que nos liquidase en plata ni con regularidad. ¿Qué hacer? La huelga era imposible, y decidimos recurrir al sabotaje. En todos los telegramas de la guerra que nos mandaban las Agencias nosotros le quitábamos un cero a la cifra de los muertos, y así, mientras los demás diarios, a la hora de desayunar, les servían cuatrocientos o quinientos cadáveres a sus lectores, el diario saboteado sólo les servía a los suyos cuarenta o cincuenta. La diferencia era enorme. Toda la Prensa nos ganaba en interés y emoción. A la hora de tomar café, cuando el lector de nuestro periódico se ponía a discutir la guerra con sus amigos, el papel que hacía era sumamente lamentable. Todo el mundo presentaba bajas a centenares y él no podía sacarlas más que por docenas. Muchos suscriptores se borraron, diciendo que carecíamos de amenidad y que éramos unos malos periodistas.

—Habrá que hacer un gran esfuerzo—nos observó un día el propietario.

Y entonces nosotros le planteamos nuestras condiciones: pago puntual y moneda de plata o billetes de Banco. El propietario aceptó y, durante varias semanas, en vez de suprimir, le añadíamos un cero a la cifra de los muertos. Fué un éxito formidable. Las otras Empresas se volvían locas pensando en qué procedimientos serían los nuestros para obtener unas informaciones tan completas. Llegamos hasta a matar a muchos heridos en riñas en los alrededores de Madrid, heridos que los otros periódicos dejaban simplemente moribundos. Luego decidimos que este esfuerzo gigantesco estaba muy mal retribuído y lo abandonamos.

—Por mucho que nos paguen—dijimos—, nunca nos pagarán lo bastante. Indudablemente no vale la pena matar a nadie por cuenta ajena...

Yo someto a la consideración de mi Sindicato el procedimiento de lucha periodística que acabo de referir. Las Empresas periodísticas no son, después de todo, más que una modalidad de las Empresas funerarias, y nosotros somos unos sencillos empleados de Pompas Fúnebres que hacemos, según los diarios que nos han contratado, entierros de primera clase, entierros de segunda y entierros de tercera...

El PERIODISMO de hoy



Por VICTOR DE LA SERNA (hijo)

AQUEL hombre alto y huesudo se caló las gafas, leyó el papelito de seda que le acababan de entregar y dirigiéndose a un muchacho jover que dormitaba en un sillón le dijo:

—García: hinche usted ese incendio y envíelo al taller.

García tomó la pluma y durante diez minutos no levantó la vista de las cuartillas que llenaba incansablemente y a una velocidad endiablada. Cuando terminó, tomó otro papel y escribió en él el título de la información: *Las llamas devoradoras.* Llamó al ordenanza, entregó el original y volvió a su sillón.

He recordado hoy este episodio que, siendo muy niño, presencié en una redacción madrileña, cuando apenas un grupo de hombres—en el que para mí ha sido el primero mi padre y maestro—se esforzaba en introducir en este país las modernas técnicas del periodismo.

No voy a insistir en la descripción de aquellas redacciones disparatadas donde todo se hacía desordenadamente y por las buenas, sin sistema ni organización, «a lo que saliese». En este mismo número de MVNDO HISPÁNICO, ilustres testigos de aquel tiempo—que yo alcancé inverosímilmente por razones familiares—lo han relatado mejor que yo

Todos estos recuerdos me llegan ahora, cuando en mi redacción teclea, incansable, el teletipo y a su golpeteo agobiador se une de vez en cuando el sordo zumbido del tubo neumático. Casi veinte hombres trabajan en sus mesas o atienden desde las cabinas telefónicas llamadas continuas. Alguien grita indignado que la Telefónica nos ha retrasado nuevamente la conferencia con París, y desde una agencia gráfica avisan que han llegado—transmitidas por radio—las fotografías de un descarrilamiento en Nueva York.

Ciertamente que ya la redacción de un periódico madrileño no tiene el pintoresco color de aquellas de antaño cuando eran los diarios verdaderas tertulias ingeniosas y tremendas. Seguramente hoy apenas alguien cuenta un chiste o refiere una anécdota divertida. Pero, esa es la verdad, se trabaja mucho.

Ahora todo ha cambiado.Ya no se dice: «Hinche usted ese telegrama», sino: «Reduzca usted ese telegrama a la mitad». Ya no se utilizan en la literatura periodística los largos preámbulos farragosos, sino que el redactor-jefe grita a sus hombres: «¡Empiecen lo más cerca posible del punto final!». Ya no se envía el original a la imprenta con la vaga indicación de «suelto» o «a primera página», sino que el confeccionador tiene desplegadas en su larga mesa las maquetas de las páginas donde van encajándose las informaciones matemáticamente. Se abolieron las fotografías de banquetes con todos los comensales plantados estúpidamente alrededor del homenajeado al que se solía señalar con la inefable equis; ahora el director pondrá el grito en el cielo si el fotógrafo no ha logrado el *close up* del personaje en cuestión, cuando le está contando confidencialmente una historia a su vecino de mesa. Ahora, en fin, se acabaron aquellos títulos estereotipados y que cada redactor guardaba en su pluma como recurso indiscutible: *El drama de los celos*, *Criada infiel*, *La situación política*, *La nocturna de anoche* (así se referían muchos periódicos de hace treinta años a las corridas nocturnas, y no es broma), y ese otro que he mencionado al principio de mi crónica y que era el tópico supremo para las noticias de incendios: *Las llamas devoradoras.*

Hoy se hila muy delgado en esa materia y es normal que la titulación en los periódicos esté a cargo de especialistas. En este punto, la prensa española, ha logrado verdaderos hallazgos y en muchos casos ha incorporado un estilo propio a sus columnas. En general, la titulación actual en los periódicos del país está en un punto medio entre la norma clásica dictada por las escuelas de periodismo (es decir, expresión del «qué», «cuándo», «dónde», «cómo», «quién» y «porqué») excesivamente amplia y—como de procedencia norteamericana—pensada para lectores de títulos, exclusivamente, y la titulación francesa o italiana, por ejemplo, construída a base de frases «con recámara», incisiva y efectiva pero muchas veces incomprensible.

En cuanto a la confección, ya he dicho que pasaron los alegres tiempos en que todo se dejaba al criterio—muchas veces inteligente, es cierto—del regente de la imprenta. Hoy, el confeccionador, es una pieza importantísima en un periódico y de quien depende muchas veces el éxito o el fracaso de un diario. Sobre este punto el avance logrado por la prensa española en los últimos años ha sido muy considerable y en esto todos los periódicos españoles tenemos una deuda que pagar a un periodista argentino, Ibrahim de Malcervelli, que introdujo en España las modernas técnicas de confección cuando debutó en Madrid con aquel espléndido *Ya* que dirigiera Vicente Gállego. «El gaucho» Malcervelli ha continuado después esa labor desde la Escuela de Periodismo y a él se deben unas espléndidas promociones de confeccionadores. Hoy día los periódicos son «trabajados» desde la mesa del confeccionador y no en la platina, aunque esta última siga siendo aún la piedra de toque del buen periodista, porque las noticias llegan implacablemente y no cuando conviene al diagramar la página. Pero el sistema de maquetas facilita y acomoda extraordinariamente el trabajo y sobre todo en la parte gráfica es indispensable.

Otro cambio radical operado en la prensa española es el referente a la información internacional, sector hoy importantísimo en nuestros periódicos y que antiguamente se despachaba con la más indescriptible indiferencia. Ahora las noticias de todo el mundo llegan a los periódicos con una profusión considerable y la atención de los directores se vuelca diariamente sobre lo que ocurre en el mundo con el mismo interés que por lo local. De este interés ha nacido en nuestros periódicos el cultivo de las corresponsalías en el extranjero. sección cuyo éxito ha sido total y unánime. El corresponsal español en el extranjero, sirviendo por cable o por teléfono su información está a caballo también entre el tipo de enviado especial norteamericano, noticioso y estricto, y los viejos corresponsales literarios por los que resbalaba la actualidad como el agua por un cristal. El lector español quiere—y esto en los periódicos lo hemos comprobado innumerables veces—que el periodista que está en el extranjero le narre lo que ocurre allí y además que lo narre bien. En esta materia los periódicos españoles han logrado verdaderas novedades periodísticas.

Pero no todo ha sido mejora y esto también hay que decirlo. En todos los casos han mejorado los periódicos, en muchos ha descendido el nivel «reporteril». Las agencias de noticias han facilitado demasiado el trabajo y hoy, ante el suceso rápido e inesperado, no es fácil encontrar el tipo de reporter, tan frecuente hace unos lustros, vivo, audaz e incansable. Ignorante, inculto y disparatado si se quiere, pero sabueso extraordinario para la caza de la noticia o el hallazgo del detalle. Hoy, el periodismo en este país es más sólido, más formal y más solvente, pero seguramente ha perdido muchas de sus condiciones para la improvisación y la lucha para la noticia.

Hoy día las redacciones trepidan por el latir mecánico de las máquinas trasmisoras de noticias, por el bullir de los jefes de sección y por el chillido constante de los timbres telefónicos. Pero ya se ha perdido seguramente para siempre la estampa un poco golfante, pero a veces tremendamente efectiva del redactor «que hace sucesos», entrando desopilado en la gran sala y diciendo a grandes gritos: ¡Director, hay tres muertos en un incendio en la Gran Vía!

Si esto ocurriera ahora lo más seguro es que el jefe, sin levantar la vista de su mesa, le respoudiese: Hace una hora que nos lo ha dado Cifra...

El Viaje lento y largo

por Felipe Sassone

¿Se viaja ahora más que se ha viajado nunca?... Tal vez sobren los signos interrogantes, porque lo que preguntamos podría ser, por el contrario, una afirmación. Por otra parte, en este caso, el adverbio de tiempo resultaría a la vez vago y absoluto, sin razón, porque quien esto escribe, para apreciar el auge de los viajes y las transformaciones de su tipismo y de las circunstancias de sus comodidades, sólo podrá referirse a un poco más de medio siglo y remontarse al primer día—uno del año 1885, cuando apenas contaba ocho meses de edad—, en que la ajena voluntad de sus padres, grato capricho, que después se convirtió en voluntad propia y consciente, le hizo empezar sus andanzas, todavía no del todo abandonadas, de trotatierras y cruzamares.

Sí; se viaja cada día más. No hace falta que nos entremos en un laberinto de razones psicológicas; bastará comprobar el hecho, y puede comprobarlo cualquier habitante de cualesquiera grandes ciudades de Europa y de América, observando el crecimiento progresivo de las llamadas poblaciones flotantes. Se viaja más, por el aumento y la mejor calidad de los medios de locomoción; pero como con ello ha aumentado también la rapidez, porque el hombre inventó la prisa, que no le hacía ninguna falta, y como no es precisamente lo mismo viajar por el placer del viaje que trasladarse de un lado a otro por necesidad, pudiéramos volver del revés la afirmación para decir que hoy se viaja menos que se ha viajado nunca. Porque se viaja más en aeroplano que en barco, y menos en tren que en automóvil, y casi se ha perdido la alegre, curiosa y heroica alegría de andar. ¿Quién se acuerda de aquel tipo de *globetrotter* inglés, tocado con un *salakof* y calzado con botas de siete leguas, en bandolera el binóculo y apercibidos en los bolsillos el frasco de *whisky* y las píldoras de quinina? Robinson Crusoe naufragó ante una isla y se quedó mucho tiempo en ella, y, sin embargo, es, después del Ulises homérico, el rey de los viajeros.

Un poeta francés, cuyo nombre no recuerdo, pero que no fué Alfredo de Musset, según muchos creen, escribió aquello tan repetido de *Partir c'est mourir un peu.* La observación es aguda y certera, porque en efecto, partir es cambiar, y en todo cambio se muere algo, y es triste; pero llegar es también morir un poco, y es triste, porque es acabar. El encanto del viaje está en el viaje mismo, en viajar por viajar, sin fin determinado, sin interés de ir a parte alguna, por el placer de ver, de contemplar y de cambiar el ritmo de la propia vida. El buen viaje debe ser un ejercicio de libertad para poder detenernos en cualquier momento, en cualquier sitio donde nos brote del alma la vieja exclamación de Horacio: *Angulus ridet*, este rincón me sonríe. Porque ello será, en cierto modo, detener el instante que huye—y éste era el sueño del Doctor Fausto—, en el placer quieto de la contemplación, y poder olvidar el dolor de haberse alejado y la impaciencia febril de llegar, que son dos grandes zozobras, nostalgia y esperanza, en el fondo ansiedad, porque la nostalgia está llena de pena y la esperanza puede estar llena de temor. Por eso, si la tristeza del viaje es la ausencia y su consuelo el retorno, la belleza será siempre del camino. Pero, ¿importa mucho el camino en el viajar moderno? No; importan mucho más la prisa y la comodidad.

En los primeros meses de mi infancia me trasladaron a Europa desde América, desde el puerto de El Callao de mi Perú natal, en un viaje lento y largo, por dos mares, Pacífico y Atlántico, con una faja de tierra en medio, cambiando de barco después de haber cruzado en un trencito de trocha angosta, cojitranco, ansioso, asustadizo y gritón, el istmo de Panamá. La travesía duró cuarenta días. Ya mozo, cumplí por mi voluntad el tornaviaje y navegué muchas veces entre América y Europa, también por otros caminos, el Cabo de Hornos y el Estrecho de Magallanes, cuando no me atreví a transponer los hielos de la





cordillera de los Andes, de Chile a La Argentina, a lomos de mula precavida y cautelosa. No había otros medios de locomoción. Sólo mucho después subí y bajé en barco, por el milagro de sus esclusas, las maravillosas escaleras de agua que partieron el istmo, sin determe en el viejo Panamá, como otras veces, a la sombra de los cocoteros—decoración de zarzuela para *Los sobrinos del capitán Grant*—, entre nubes de mosquitos hostiles y zumbadores. Si alguna vez me detenía en la flamante República panameña, completamente saneada, donde hablaban inglés los mozos del gran hotel, y los betuneros, y los barberos, que tenían en las muestras de sus peluquerías, a guisa de anuncio, un pequeño mástil de madera, pintado de blanco y azul y constelado con las estrellas de la insignia de los Estados Unidos. Insisto en que me detuve siempre donde quise, y una vez, en Europa, me quedé cuarenta días en Angulema, hasta que se acabó el vino tinto que me servían en la fonda, que en toda mi vida lo he bebido mejor. No tenía nada que hacer en aquella ciudad francesa y me pasaba las tardes en la Biblioteca Nacional, donde me leí todos los volúmenes de *Las vidas paralelas*, de Plutarco. Me convertí momentáneamente, sin saberlo, entre los libros y el vino, en aprendiz e imitador de don Marcelino Menéndez y Pelayo.

En mis tiempos mozos no había en los trasatlánticos, qué digo radio, pero ni siquiera telégrafo sin hilos. No sabíamos nada de nadie ni de lo que ocurría en el mundo; no estábamos en ningún sitio, estábamos en el mar, y el viajar, viajar auténtico, tenía el encanto poético de una evasión lírica. Otras veces estábamos en muchos sitios día tras día, porque los vapores que salían de El Callao hacia el Pacífico, ya por el norte, cuando por el sur, iban caleteando de puerto en puerto, y los del Atlántico se detenían en parajes pintorescos. Aun recuerdo la isla de Jamaica, con sus negros anfibios, limosneros del mar, que se zambullían bajo las crespas olas, para pescar con los dientes las monedas de cobre que les arrojábamos desde la borda. Después supe de los grandes viajes en trenes de lujo, con sus coches con largos pasillos, con *restaurant* y *sleeping*. Ahora mismo recuerdo el paraíso ambulante de aquel famoso *tren azul*, tan de moda en los tiempos de la otra gran guerra; aquel tren que nos llevaba de Londres a Cannes, de París a Veintemilla, de Veintemilla a Montecarlo, de Calais al Mediterráneo. El había vencido en mí el recuerdo del renqueante trencito panameño; pero el trencito renqueante había a la vez antes sustituído la diligencia trotona y campanillera y el viejo coche llamado familiar. Después vino el automóvil, la más bella invención de este siglo, el vehículo del viajero libre que puede detenerse a capricho donde se lo pida el deseo, y ahora ya el avión rápido, cómodo, hecho para el traslado más que para el viaje, que va por el camino azul... y no tiene camino. Es decir, no tiene más camino que el de dos momentos, el del partir y el del llegar. Evoco mi último viaje aéreo, la vuelta a Madrid desde Roma, una mañana de primavera. Cuando llegábamos íbamos como colgados del aire, sobre el latino mar Mediterráneo, un mar lejano y sólido, de lapizlázuli, olas pequeñitas, velas triangulares, como sorbetes, y después sobre el mantón alfombrado, pardo y bermejo, de la tierra castellana, juguetería minúscula de espadañas y cigüeñas amarillos, de chopos blancos y cintas plateadas, de vacas y rebaños polvorientos, como de *belenes* de Navidad, la tierra de España, que más bien parecía que se acercaba a nosotros que no nosotros a ella, y de pronto, ya corriendo sobre ruedas sin alas, nos encontramos en el corazón de Madrid. Habíamos venido a la turquesa matinal de la primavera desde el zafiro nocturno de Roma, a la fuente de Neptuno desde la Fontana de Trevi, y una pila de náyades, por el camino azul, en un vuelo de cuatro horas. Pero no habíamos visto el camino.

Observe el lector cómo no abomino del avión—Dios me libre de semejante herejía—, que, por el contrario admiro su invención y me conviene su comodidad y apruebo su utilísima eficacia. Pero en el avión no viajamos; nos trasladan sin el encanto del camino, porque todos los aeródromos son parecidos y todos los aeroplanos iguales por dentro, y casi no sabemos de su vuelo, porque el ave maravillosa, en el momento de embarcar, nos traga, si no por el pico, por debajo de una de sus alas, y nos lleva en sus entrañas. Bien está el aeroplano, sin olvido del automóvil; pero mejor aun, para el placer de viajar, el barco y el ferrocarril. ¿Cómo preferir la prisa de la necesidad a la lentitud del desinterés curioso? ¿Dónde noches como las marineras, en la variedad y unidad, siempre igual y siempre nueva, del azul sendero innumerable, ni más sensación de infinito que bajo la silenciosa música pitagórica de las estrellas? Y aquel viajar en el vagón de ferrocarril modesto, en que soportamos la incomodidad del asiento por el embrujo del camino, mirando la variedad de acuarelas que se pintan en el cristal de la ventanilla. Perspectivas profundas. El horizonte se agranda y se nos vuelan hacia él los ojos, y con los ojos el alma. A veces las montañas cierran el horizonte y lo limitan. Las montañas nos parecen expresivas, como rostros de viejos que guardan tesoros de experiencia; están llenas de arrugas y nos hablan con gestos inmóviles. En la ciudad nos habíamos olvidado del cielo y del campo, y aquí nos llenamos de azul. Bajo el azul, prados y campos verdes; entre la ensalada de verdura, las zanahorias de los tejados. Viajamos por nuestra España, lentamente. Una casita blanca, allá lejos, como una sábana puesta a secar. El mar de algodón de un rebaño que ondula como al compás del bronce tembloroso de las esquilas. La talla de madera de un pastor. Un castillo ruinoso muerde el cielo con los dientes de sus almenas. Xilófonos de cigüeñas. La sierpe de un riachuelo corre a esconderse entre la hierba. Unas vacas barcinas, como de cuadro holandés, miran pasar el tren con ojos tranquilos y tiernos. De repente un largo resoplido de la máquina; un jadeo y un estremecimiento; las lanzas verdes y blancas de unos álamos y una estación de paredes renegridas de humo y leprosas de desconchaduras. Pasean por el andén unas señoritas, desesperadamente solteras, que miran hacia el tren con los mismos ojos de las vacas. Hay muchas mujeres tristes y castas que tienen ojos de vaca mirando el tren. Cae la tarde. Mejor dicho, suben las sombras y se quedan inmóviles en el campo las enormes violetas de los molinos. Las vacas barcinas se vuelven rojas y moradas como en un óleo impresionista. Cierra la noche, y nos complace perforarla con la flecha luminosa del tren. La máquina lanza sus *confetti* de fuego, y los violines de los grillos empiezan su nocturno monocorde. Soñamos despiertos. Recordaremos después. ¡Soñaremos toda la vida!

Todos los medios de locomoción son buenos, según los emplee el trabajador, el necesitado, el poeta, el soñador, el curioso o el andariego. Y bueno el andar a pie. Recordemos a aquel inolvidable Antonio Machado, que iba soñando caminos de la tarde—«los verdes prados, las polvorientas encinas»—, y tras de preguntarse, «¿adónde el camino irá?», seguía soñando viajero a lo largo del sendero...

Chesterton decía que se viaja lejos de la patria para volver a ella. Decía admirablemente: se viaja para amar a la patria y para conocerla, y nunca se la ama tanto como cuando de ella nos separan grises montañas y verdes océanos, y nunca se la conoce tan bien como cuando se vuelve de la ausencia a mirarla con ojos nuevos.

Sí; partir es morir un poco; llegar es morir un poco; pero regresar es volver a vivir, y se vuelve a vivir con el recuerdo, y el recuerdo lo da el camino. Viajar no es correr, no es pasar, no es mudarse de sitio. Viajar es caminar.



MEDIO SIGLO DE LEXICOGRAFIA ACADEMICA

Por JULIO CASARES

SECRETARIO PERPETUO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Bajo este epígrafe compendioso se cobija una colaboración solicitada con el apremio que suele acompañar a los encargos periodísticos, y destinada a informar a los lectores de Mvndo Hispánico acerca de la entrada de «palabras nuevas», durante lo que va de siglo, en el Diccionario de la Real Academia Española.

Entendido el encargo al pie de la letra, tendríamos a continuación una larga e inexpresiva lista de voces (unas 13.000), que agotaría con su inevitable aridez todo el espacio disponible sin dejar hueco para el comentario e interpretación de los datos; y como esta interpretación es, a nuestro juicio, lo que puede ofrecer mayor interés, vamos a prescindir de la mera enumeración de palabras, mientras no sea indispensable para ilustrar las consideraciones que siguen. Tomaremos como límites, en el tiempo, la edición XIII del Diccionario, publicada en el último año del siglo pasado y la XVII (incluído el «Suplemento»), que vió la luz en 1947, sin perjuicio de referirnos a las aportaciones admitidas hasta el día de la fecha para la edición XVIII, con lo cual abarcamos el medio siglo justo.

Si comparamos el infolio de 1899 con el de 1947, observaremos que ha crecido desde 1.050 páginas a 1.337, lo que, dada la equivalente densidad tipográfica por plana, representa un aumento del 27 por 100 aproximadamente. Si contamos, en cambio, los artículos que contienen una y otra edición—60.314 la de 1899 y 74.096 la de 1947—comprobaremos que el aumento de artículos es notablemente inferior a la proporción que era de esperar. ¿Cómo se explica esta discrepancia?

El acrecentamiento del léxico se produce, como es sabido, por diversos canales, y uno de ellos es, efectivamente, el que da entrada a esas «palabras nuevas», aceptadas para designar cosas, ideas u operaciones que, al incorporarse por vez primera a la vida material y espiritual de la comunidad hablante, han de ir acompañadas de algún signo verbal que permita reconocerlas en el intercambio lingüístico. Estos signos se crean algunas veces ex profeso utilizando los recursos que para ello ofrece la propia lengua: así sale de «motivar» *motivación* (1947); otras veces se calcan esos signos, con más o menos acierto, de otras lenguas que ya los tenían en circulación (del ing. «basketball», esp. *baloncesto*—1947—); o se someten a un proceso de adaptación fonética (ingl. «trolley», esp. *trole*—1899—), o se toman sencillamente tal como nacieron con la cosa nombrada cuando ésta vino al mundo (*pianola*—1925—). Todos estos ejemplos se refieren a signos nuevos que como tales, reclaman un «artículo» más en el Diccionario.

Ahora bien, la desproporción existente entre la incontable variedad de nociones que a toda hora andan buscando expresión inequívoca en el lenguaje y la capacidad limitada del individuo para adquirir y retener nuevos signos verbales, le obliga con frecuencia a servirse de los ya conocidos, atribuyéndoles para el caso significados que antes no tenían. Así, cuando hubo que nombrar la válvula de radio, se dijo *lámpara*, merced a que, en su forma primitiva, se asemejaba a la bombilla eléctrica. Esta adquisición del lenguaje no significa un artículo más en el Diccionario, sino una nueva «acepción» que se añade a las cinco que ya tenía el artículo «Lámpara». Se formaría, pues, un concepto erróneo del enriquecimiento gradual de un Diccionario si se pretendiera deducirlo del número de voces con que aventaja cada edición a la precedente, puesto que el procedimiento que consiste en incorporar acepciones nuevas a las palabras viejas es incomparablemente más usual y fecundo en todas las lenguas que el de la forja o adopción de formas inéditas. A esto responde la discrepancia que hemos notado al principio.

También importa disipar la creencia de que sólo las novedades determinan el incremento de los inventarios lexicográficos. La lengua de los siglos pasados, especialmente la de los cuatro últimos, nos ofrece muchos textos por espigar, donde no escasean voces escondidas que el Diccionario debe desenterrar para que sea posible la exacta comprensión de dichos textos. Así el vocablo *moscatel*, tan usado por nuestros clásicos para designar al «bobo o pazguato» (lo que ahora diríamos un «primo»), ha tenido que esperar hasta 1947 para entrar en el Diccionario.

Dejamos aquí estas consideraciones y omitimos otras no menos pertinentes, para decir algo acerca del criterio y del ritmo con que procura la Academia seguir el paso de las realidades lingüísticas que se manifiestan en todos los dominios del español. Y esto coloca en primer término el problema de las hablas locales, tanto peninsulares como ultramarinas, que estuvieron mucho tiempo desatendidas. Sólo a partir de 1914 puede decirse con verdad que el Diccionario académico deja de ser en cierto modo «madrileño», coincidiendo con el momento en que la denominación tradicional «lengua castellana» se sustituye por «lengua española» en el título de la obra. De entonces acá va creciendo notablemente la proporción de localismos registrados y hasta hay quien piensa, por lo que se refiere al español de América, que ya se ha rebasado la raya. Actualmente, sólo de Chile se recogen unos 1.200 americanismos, entre los cuales, según parecer de la propia Academia Chilena, son más los que sobran que los que faltan.

En otro orden de ideas, las vicisitudes históricas por que va atravesando nuestro pueblo, así como las que trascienden de otros países, dan actualidad a voces o acepciones que vienen a engrosar, en oleadas, el Diccionario. La primera edición que se publica (1914), poco después de los infaustos episodios del *Barranco del Lobo*, recibe de rechazo nada menos que los siguientes artículos: *adul, almocadén, amán, áscar, áscari, coba, dahir, felús, fetua, garama, habús, harca, hasani, jalifa, jatib, majzén, mehala, mujalata, mulquía, muna, rábida* y *zagüía*, amén de otras tantas acepciones; todo ello de procedencia marroquí. Y es curioso anotar a este respecto que se quedaron traspapeladas, durante más de veinte años, otras voces procedentes del mismo escenario y, por cierto, más populares, como *paco* y *paquear* (1936), que hasta se ufanan hoy de tener empleo traslaticio. Como ejemplo de la repercusión en nuestro léxico de doctrinas, tendencias o movimientos de índole internacional, citaremos en lo que va de siglo *anarquismo* (1914); *sindicalismo, paneslavismo, pangermanismo* (1925); *marxismo, bolcheviquismo, panislamismo* (1936); *antimilitarismo, derrotismo, aislacionismo* (1950).

También es instructivo anotar el cambio de criterio de la Academia, durante el período que examinamos, respecto de los términos privativos de las ciencias, artes e industrias; criterio que fué severamente restrictivo hasta fines del siglo pasado. La Academia alegaba las siguientes razones para justificar la parquedad con que daba paso a los tecnicismos: «Algunos hay que no ofrecen señales inequívocas de duración, y raro es aquel en que no abundan dicciones híbridas o, por diverso concepto, impuras, a que no conviene dar cabida en el vocabulario de la Academia». De entonces acá la repugnancia que inspiraban las dicciones «impuras» se ha convertido, poco a poco, en tolerancia a medida que triunfaba el propósito de que el Diccionario no sea consultado en vano por quien, habiendo tropezado en el periódico, en la conferencia o en la conversación de las personas cultas con un vocablo que le era desconocido, desea saber lo que significa.

En el prólogo de la edición XV (1925), ya se anunciaba la inclusión de «muchas voces técnicas» y se añadía que de este modo la Academia procuraba «poner el Diccionario al nivel del estado actual de las ciencias y de las artes». Y en 1945, el actual Director de la Corporación, don Ramón Menéndez Pidal, escribía lo que sigue: «Dada la creciente propagación de los conocimientos científicos, el profano se ve cada día más en contacto con la lengua especial de las diversas profesiones, y no tendrá que abrir el Diccionario cuando oiga decir *silla* o *tristeza*, pero sí cuando le hablen de *avitaminosis, oscilógrafo, psicoanálisis*, e innumerables términos que no figuran en el léxico...»

Hasta qué punto se refleja este cambio de orientación en los Diccionarios de los últimos lustros nos lo dirá de manera elocuente el examen de un caso práctico: la terminología que nos trajo consigo el automóvil. Se infiltra al principio tímidamente y pronto crece en progresión casi geométrica. El vocablo mismo *automóvil* entra cuando ya se estaba cerrando la edición de 1899, es decir, en el «Suplemento». Le sigue, en 1914, el *neumático;* en 1925 aparecen *carrocería, embrague, carburador* y *escape;* en 1936, *chasis* y *magneto*, y en 1947, *bujía, encendido, diferencial, desmontable* y *cuentakilómetros*. Entre las papeletas correspondientes a la misma rama industrial, ya aprobadas (1950) para la próxima edición XVIII, figuran nada menos que las novedades siguientes: *volante, dirección, cambio, acelerador, cárter, corona, satélite, bloque, culata, cámara de combustión, segmento, taqué, disyuntor, punto muerto, rueda libre, mangueta, palier, zapata, ferodo, cubierta, cámara* (de las ruedas), *tapacubos, parachoques, parabrisas, salpicadero, inastillable* (vidrio), *gasógeno* y *estación de servicio*, a más de los verbos *arrancar, conducir* y *aparcar*.

Los académicos de hace diez lustros habrían calificado de «impuras», y con razón, voces como *palier, taqué* o *cárter;* pero hoy se piensa, también con fundamento, que esas piezas no tienen otro nombre y que sin él no podrían entenderse los centenares de miles de personas que se relacionan en algún modo con el automóvil: usuarios, conductores, transportistas, fabricantes, vendedores, operarios de los talleres, etc.

Ciertamente habría sido de desear que para aquellas cosas, cuyo nombre exótico nos disuena, se hubiera procurado inventar, cuando todavía era tiempo, una denominación menos indigesta para el proceso de asimilación que se impone al idioma. Ahora ya es tarde para intentarlo, pues cuando el uso se ha adueñado de una palabra, aunque sea tan difícil como *estreptomicina*, es inútil tratar de arrebatársela. Sirva de escarmiento el vocablo *garaje*. La Academia no se limitó a ponerle el veto, sino que lo marcó con un asterisco infamante en el Diccionario Manual (1927). ¿Y qué se ha conseguido? Solamente en la Guía Telefónica de Madrid figuran más de 200 *garajes* industriales, y si a éstos se suman los del resto de España, los de América y los incontables de carácter particular, habrá quien piense que el hecho de omitir esa voz en el léxico oficial equivale a desconocer hipócritamente una realidad lingüística, tan indeseable como se quiera, pero hoy día familiar e insustituíble para cuantos hablan en español.

A propósito de las terminologías especiales, es prudente advertir que no todas las técnicas pueden aspirar con justicia a introducir un contingente igual en el Diccionario, puesto que el vocabulario de unas apenas tiene uso fuera del respectivo círculo de especialistas, mientras que el de otras, como en el caso del automóvil, lo hallamos difundido por todas las clases sociales. El electricista que viene a instalar un enchufe no nos habla de la *impedancia*, ni del *shunt*, ni del *faradio;* pero, si en el más insignificante poblacho se nos queda parado el auto y se acerca el herrero local a ofrecernos ayuda, le oiremos emplear los términos *cárter, desmontable* o *palier*, con la misma naturalidad y desenvoltura con que se sirve de los términos de su oficio.

Poco a poco y sin darnos cuenta nos hemos deslizado hasta tocar uno de los puntos neurálgicos de la lexicografía moderna; y puesto que, de seguir por este camino, nos apartaríamos demasiado del propósito inicial, bueno será poner ya fin a estas cuartillas donde, con apresuramiento y a vista de pájaro, se ha pretendido ofrecer un resumen de las principales novedades que se registran en los Diccionarios de la Academia durante la primera mitad del siglo XX.

EL MILAGRO DE LA QUÍMICA

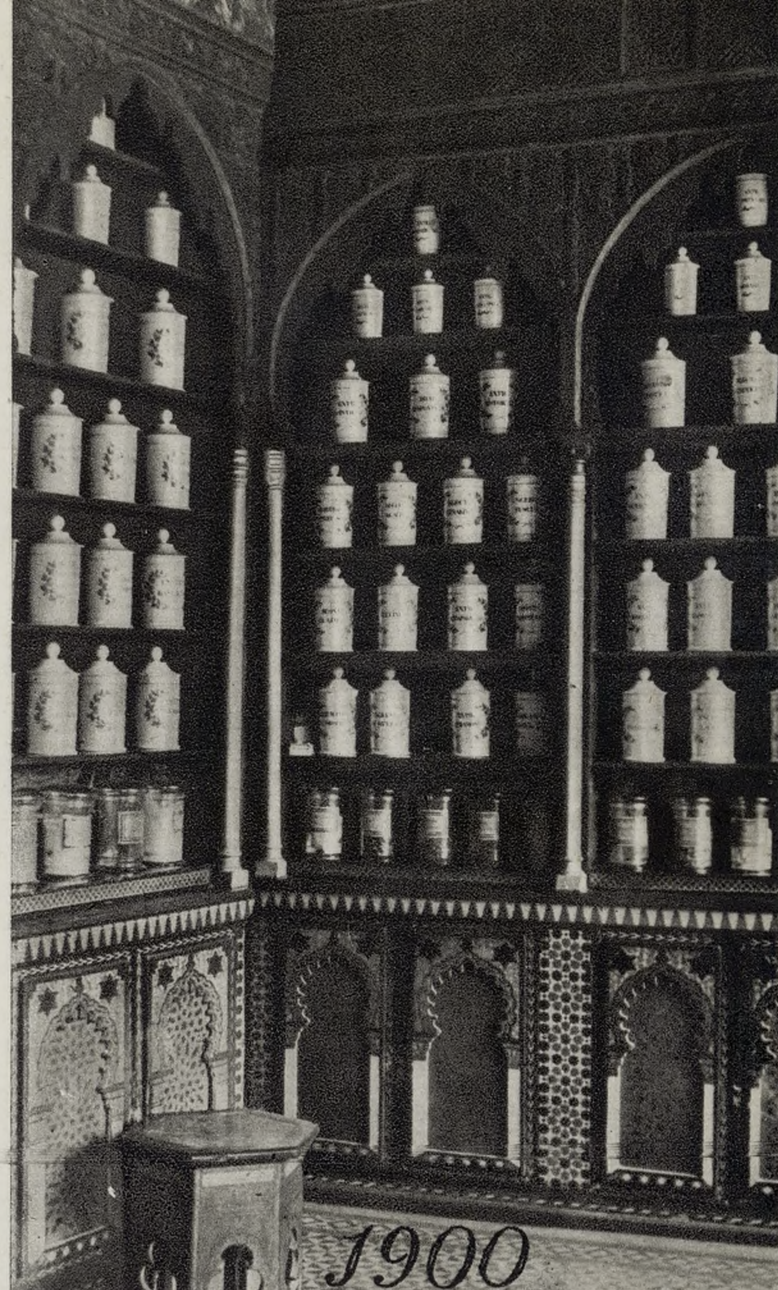
FUE a principios de nuestro siglo cuando el reciente descubrimiento de la radioactividad y las teorías relativista y cuantista transformaron por completo la ciencia física; independientes al principio, han acabado por unirse en la nueva concepción del átomo. En estos cincuenta años, la física ha avanzado aceleradamente desde un desconocimiento casi absoluto de la estructura íntima de la materia hasta la desintegración del núcleo atómico. Pero al mismo tiempo que ésta proyecta sobre el mundo la sombra amenazadora de una destrucción total, otros descubrimientos nos ciñen con un horizonte de claras esperanzas. Dos cosas tan contradictorias como la bomba atómica y las nuevas drogas son las conquistas científicas que han penetrado y se han fijado en la conciencia popular como símbolos de esa antítesis de maldición y bendición que es la ciencia. Pero esta parte beneficiosa no habría sido posible sin los progresos de la química.

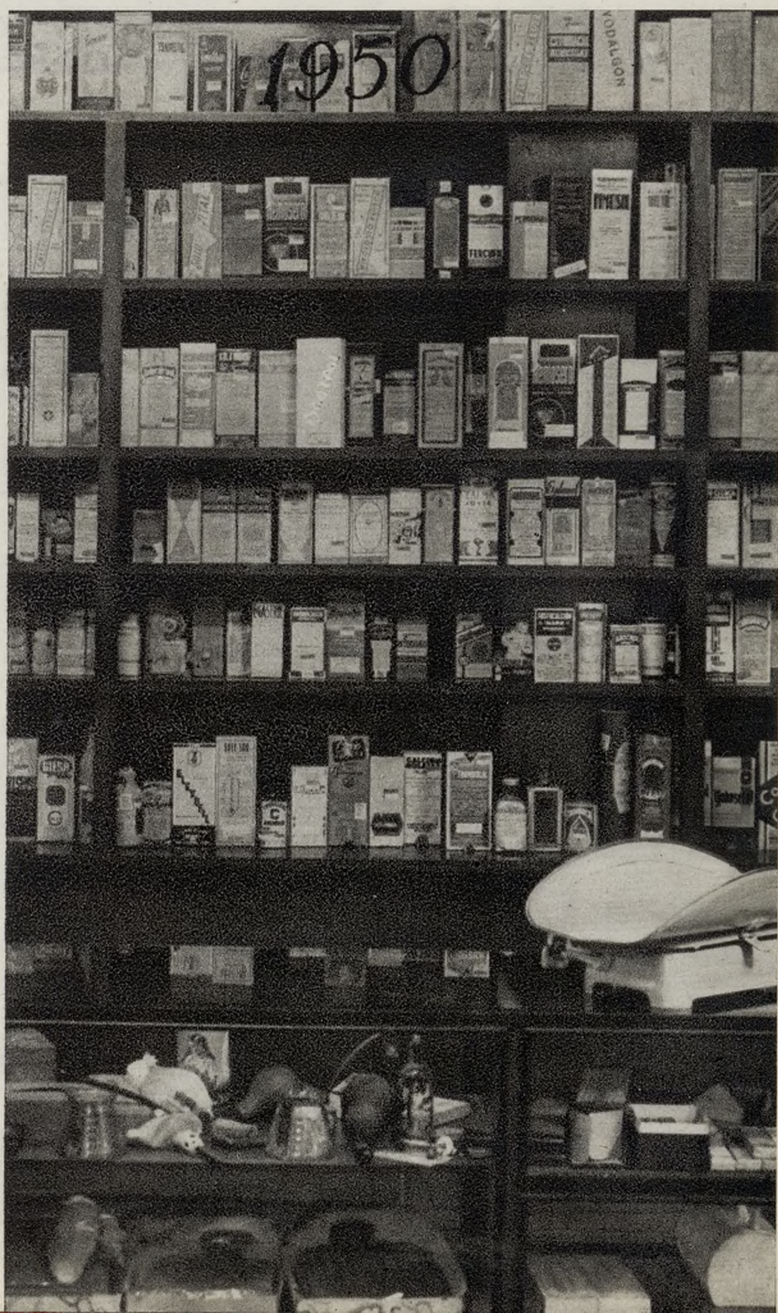
Las teorías químicas no han sufrido en este medio siglo una revolución tan radical como las doctrinas de la física, aunque éstas hayan repercutido en ellas. Su avance se debe más bien al perfeccionamiento de sus métodos operativos. Principalmente por virtud de la síntesis orgánica. Ya a mediados del siglo pasado, afirmó Berthelot que sería posible preparar en el laboratorio, sirviéndose exclusivamente de las fuerzas físicas, todas las sustancias compuestas que se encuentran en el mundo orgánico. Pero después, además de haberse obtenido mediante la síntesis los compuestos orgánicos naturales se ha llegado a conseguir innumerables sustancias que no existen en la naturaleza. La síntesis ha abierto a la química un camino infinito. Se cuentan por millares los cuerpos compuestos que la química lanza anualmente al mercado, similares y aun superiores a los naturales, o bien creados artificialmente por el hombre. La gasolina sintética, el caucho sintético, perfumes, colores de anilina, medicamentos que reemplazan los viejos remedios extraídos de las plantas, sustancias análogas a las que el organismo produce en su misterioso laboratorio. Esta obra se ha completado gracias al refinamiento de sus métodos de análisis, de estabilización de las combinaciones inestables, de la fotoquímica y el descubrimiento de la acción catalítica de ciertas sustancias cuya presencia provoca reacciones químicas que, sin ella, jamás se producirían.

La química, como la física, como la biología celular, como la microbiología, ha dirigido también su mirada a lo infinitamente pequeño, a los llamados «infinitamente pequeños químicos», que ejercen una acción esencial en la mayor parte de las operaciones químicas, sean de análisis o de síntesis, que mantienen la vida de los organismos. Tales son las vitaminas, las hormonas, los fermentos o diastasas. La observación de ciertas enfermedades —xeroftalmia, escorbuto, beriberi, raquitismo— llevó a pensar que obedecían a una deficiencia nutritiva, pero no de las materias químicas ya conocidas, sino de ciertos elementos todavía ignorados a los cuales se les dió, por el pronto, la vaga denominación de «factores accesorios de la alimentación». Los laboratorios químicos, puestos sobre la pista, lograron aislar uno de ellos, una «amina» por su composición química, a la cual, por su papel esencial en la vida del organismo llamaron «vitamina», nombre de que se ha extendido a todas las sustancias de la misma función, aunque no sean aminas. Así se obtuvieron la vitamina A, abundante en la zanahoria, eficaz contra la xeroftalmia; las vitaminas B_1 y B_2, extraídas del salvado de arroz y del suero láctico, anti-beribérica y antineurítica la primera, de acción nutritiva la segunda; la C, del jugo de naranja y limón, antiescorbútica; la D, del aceite de hígado de bacalao, antirraquítica; la K, antihemorrágica; la P. P., contra la pelagra. Hasta ahora no se han agotado las vitaminas ni las letras para denominarla; a pesar del gran número de vitaminas encontradas, no se ha hecho más que explorar el campo.

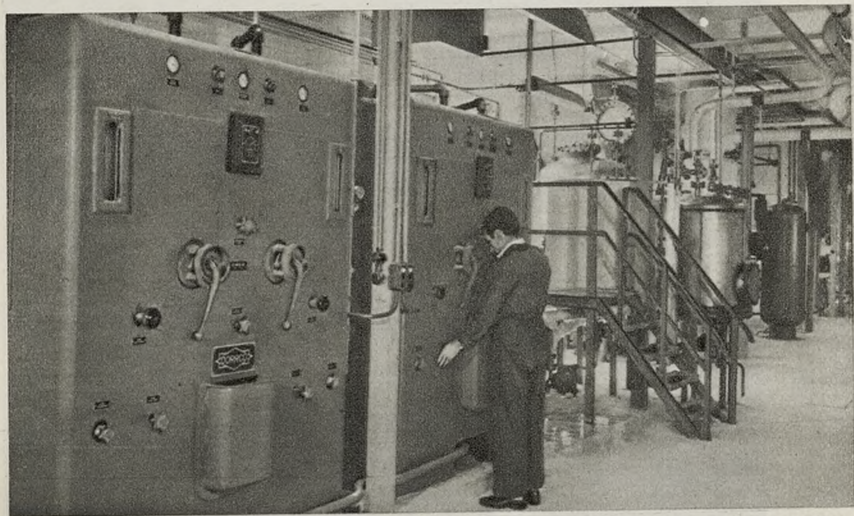
Su carácter de «infinitamente pequeños» queda patentizado por este dato: el peso de las vitaminas que ingiere durante toda su vida un hombre normalmente alimentado no pasa de dos kilogramos, mientras que las demás materias grasas, azucaradas, azoadas, etc., de su alimentación rebasan las doce toneladas. La acción de las vitaminas en los procesos nutritivos ha provocado un verdadero fetichismo, que llega a considerarlas panacea contra todos los males o sustitutivo suficiente de la alimentación normal. Pero las vitaminas no son más que sustancias catalizadoras que activan las reacciones químicas provocando el desprendimiento de calorías que contienen sustancias energéticas como las grasas y azúcares. Sin éstas, las vitaminas carecen de materia sobre qué actuar e inversamente esas sustancias, sin la presencia de las vitaminas, no quedan bien aprovechadas por el organismo. El descubrimiento de las vitaminas hace posible un plan racional de alimentación. Una dieta basada exclusivamente en el número de calorías puede ser un completo error, si no tiene en cuenta los elementos vitamínicos. Tampoco puede suplirse la falta continuada de éstos por la ingestión de vitaminas artificiales; sin duda, existen en los alimentos naturales otros factores todavía ignorados por el químico.

La pareja de las vitaminas son las «hormonas». Fué el genial Claudio Bernard quien en el siglo XIX sentó el supuesto para su descubrimiento al afirmar que «cada órgano, cada tejido, cada célula poseen una secreción interna». Brown-Sequard siguió esta inspiración estudiando el papel de las glándulas suprarrenales y sexuales, llegándose a la conclusión de que éstos y otros órganos, antes más o menos desatendidos, elaboran sustancias que ceden en seguida al medio sanguíneo, de enorme influjo en diversos fenómenos vitales como la nutrición, el crecimiento y la morfología corporal, el desarrollo sexual, el funcionamiento del sistema nervioso, la defensa contra las enfermedades y la aparición de la vejez. A los elementos activos de estas sustancias se les llamó «hormonas», «excitantes», nombre tampoco muy apropiado porque, si bien unas obran como espuelas, otras hacen de freno. Gracias a su conocimiento, el hombre dispondrá algún día de un aparato completo de regulación para manejar y guiar el caballo de

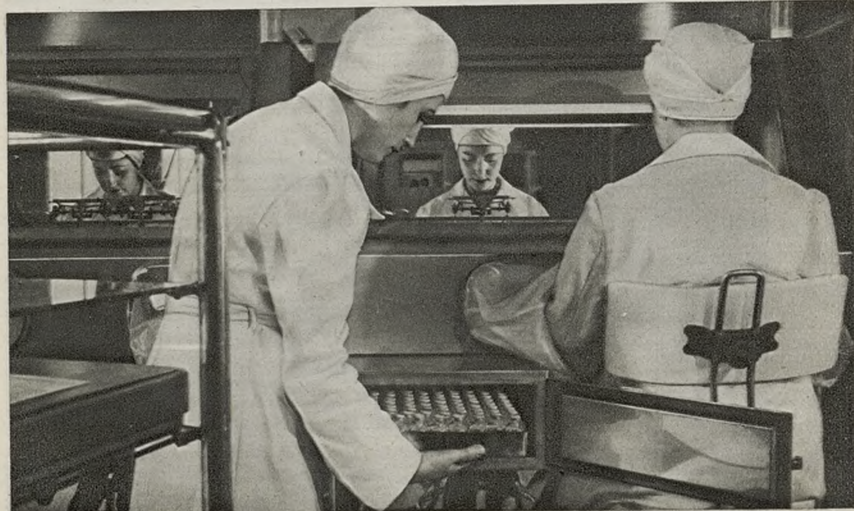




Laboratorio en el que se comprueba la ausencia de toxicidad de la penicilina envasada.



Vista parcial de la maquinaria al servicio de las instalaciones de envasado.



Momento de sacar del cubículo una bandeja de frascos con penicilina dosificada.

la vida. La química ha logrado aislar algunas hormonas —tiroidina, adrenalina— para entregarlas a la ciencia médica. Sus contribuciones más sensacionales en este aspecto han sido el hallazgo, diríamos detención por su carácter detectivesco, de la insulina contra la diabetes por Bading en 1921, y más recientemente el del ACTH (adreno-cortico-tropic-hormona), emitido por el del lóbulo anterior de la glándula pituitaria, situada en la base del encéfalo, y el complejo E o cortisona, una hormona de las glándulas suprarrenales, aislada independientemente por Kendall en los Estados Unidos y Reichstein en Suiza, a los que se acaba de conceder el Premio Nóbel. Estas dos hormonas son eficaces contra el artitrismo reumático y, por lo que se va viendo, su campo de acción terapéutica es mucho más amplio. Pero todavía son escasas y de elevado precio; la obtención de unos gramos exige cientos de cabezas de ganado vacuno y de cerda. Por esta razón únicamente se producen en los laboratorios de los grandes mataderos de Chicago, que realizan mayor beneficio por su venta que por la de la carne de los animales sacrificados.

La química tiene también su parte de gloria en el descubrimiento de los antibióticos. Aunque productos naturales, la química ha aislado los principios activos de las sustancias segregadas por el penicillium notatum y demás hongos antibactericidas, y, sobre todo, les ha dado consistencia estable. Sabido es que durante varios años la penicilina, ya descubierta por Fleming en 1935, no estuvo en condiciones de ser empleada hasta que en 1939 Florey y Chain lograron su estabilización. A la penicilina siguieron después en rápida sucesión la estreptomicina (descubierta por Waksman en 1947), la cloromicetina, la auromicina, la gramicidina, la patulina, la bacitracina, la terramicina. Los químicos trabajan ahora en la producción sintética de todos estos compuestos cuya producción natural es lenta y escasa.

El camino de la quimioterapia, abierto brillantemente por Erlich con su famoso «606», parecía haberse cerrado de nuevo, cuando el químico alemán Domagk descubrió en 1935 las propiedades terapéuticas de un colorante orgánico que había obtenido por síntesis química. Era la primera sulfamida, el protonsil, del cual se han derivado compuestos cada vez más eficaces y menos tóxicos. El mismo Domagk ha conseguido recientemente otro medicamento, el «tibione», de acción antituberculosa, con el que ensancha el campo de la quimioterapia mediante el empleo de otra familia de compuestos orgánicos, los thiosemicarbazones.

A los nuevos cuerpos artificiales creados por la química pertenecen los nuevos anestésicos (novocaína, procaína), los analgésicos (a partir de la aspirina, que ya parece esencial para la vida moderna), los barbitúricos (veronal, luminal), la atebrina, paludina y cloroquina contra el paludismo; los ácidos paraminobenzoico y paraminosalicílico, contra la tuberculosis; el ácido fólico contra ciertas formas de anemia; los antihistamínicos contra la alergia, la dramamina contra el mareo y las náuseas de las embarazadas; el antabuse contra el envenenamiento alcohólico, los coagulantes y anticoagulantes, la antricida contra la enfermedad del sueño, y los nuevos insecticidas como el D.D.T. que evitan la propagación de las epidemias y las plagas del campo.

En realidad el gran progreso de la química, especialmente en este aspecto terapéutico, es obra de los últimos veinte años y se desarrolla aceleradamente por vías diversas, sin cesar aumentadas. No es un optimismo iluso esperar que pondrá en manos del hombre innumerables recursos contra la enfermedad y contra la muerte con que la física nos amenaza.—F. V.

LA CONQUISTA DEL AIRE



S. DUMONT O. WRIGHT BLÉRIOT LA CIERVA FRANCO LINDBERGH

HASTA principios de nuestro siglo no logró convertirse en realidad cumplida el sueño milenario del hombre de hacerse dueño del espacio aéreo; él, que era Rey de la Creación desde el remoto Génesis. Con anterioridad de muchos años había conseguido, sí, remontarse en la atmósfera sirviéndose de artefactos menos pesados que el aire, pero aquellos esféricos hinchados de hidrógeno estaban muy lejos de ser el vehículo dócil y manejable que ajustase su desplazamiento a la dirección pretendida por el aeronauta y más bien hacían a éste pasivo juguete de los caprichos del viento. Por eso las figuras de los Montgolfier, Pilatre de Rozier, Charles, etc., son fichas preciosas de archivo más que antecedente vivo y directo de la aviación de nuestros días.

Estamos por decir que el capítulo inicial *sensible* de la conquista del aire que hoy admiramos corresponde al brasileño Alberto Santos Dumont —millonario plantador de café—, quien, habiendo llegado a París a comprar un automóvil, se quedó en la capital francesa y desde 1898 por espacio de una década tuvo sujeta la atención de Europa a las experiencias de sus globos dirigibles. Precisamente en los umbrales del siglo —en el mes de octubre de 1901— sus trabajos tenazmente continuados obtuvieron la consagración oficial del Premio Deutsch de la Meurthe instituído para galardonar el primer vuelo alrededor de la Torre Eiffel. No contento con esto, Santos llevó a efecto en 1906 notables ensayos, los primeros oficialmente contrastados del Viejo Continente, con un biplano de su invención, demostrando la flexibilidad de su ingenio que supo trabajar con igual fortuna con los «menos» y los «más pesados que el aire».

Sin embargo, dentro de este último dominio la historia ha concedido justamente los máximos honores a los hermanos Wright y tiene ya valor de algo así como *partida de nacimiento del hombre-pájaro* aquel telegrama que la Western Union despachó el día 17 de diciembre de 1903, desde Kitty Hawk, en el estado norteamericano de Carolina del Norte, en el cual se anunciaban al mundo que Orville Wright con su aeroplano había permanecido en vuelo 57 segundos —hubo un error de dos segundos en la transmisión— «frente a un viento de 31 millas por hora»; mensaje de insospechado alcance entonces, que muy pocos periódicos yanquis se decidieron a insertar, con no pocas reservas.

No es cosa de seguir aquí paso a paso las vicisitudes de aquella época heroica de los primeros vuelos, pero sí es justo poner de relieve el enorme valor humano de cada uno de los constructores y pilotos de los primitivos aeroplanos cuya fe y entusiasmo desmedidos fueron la clave de la gran victoria. ¿Nombres? Veamos unos pocos: Henri Farman, que en enero de 1908 realizó el primer kilómetro en circuito cerrado; Louis Blériot, que al año siguiente cruzó el Canal de la Manga o de la Mancha en un aparato de su creación; el peruano Jorge Chavez, que después de batir el 9 de septiembre de 1909 el «record» mundial de altura con su ascensión a 2.587 metros, se coronó vencedor de los Alpes diez días más tarde, yendo a caer gloriosamente al alcanzar la meta de su viaje sobre el aeródromo de Domodossola; Rolando Garros, que en 1913 atravesó el Mediterráneo...

LA AVIACIÓN, ESPECTÁCULO DE MULTITUDES

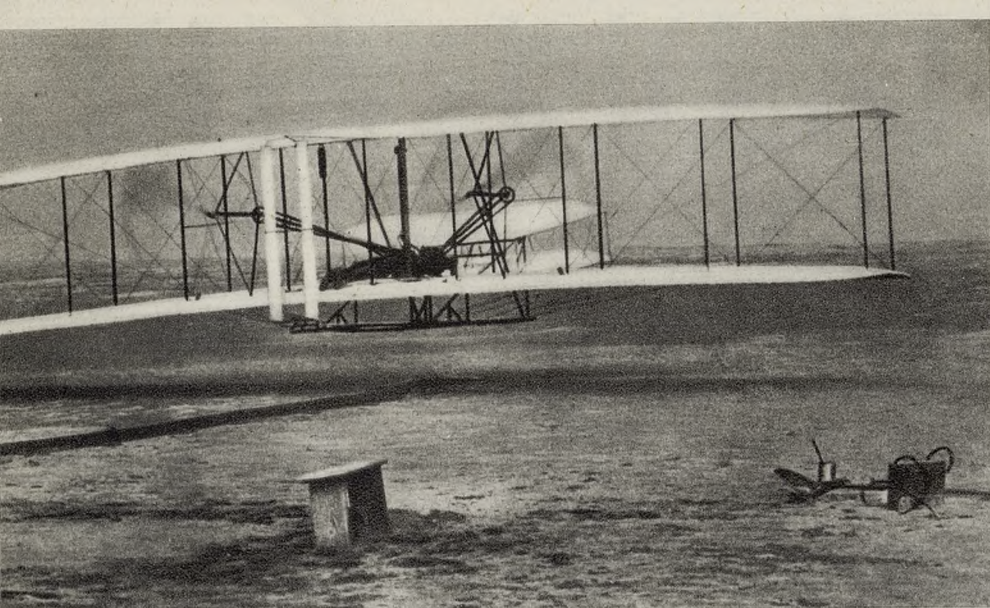
El coronel Armijo —gran cronista de las cosas del aire— nos cuenta cómo un buen día del año de 1910 llegó a Madrid por vía férrea el aviador francés Lucien Mamet, mecánico de Blériot. Traía consigo, facturado, un monoplano idéntico al que acababa de cruzar el Canal, que al ser presentado *en exhibición estática*, en uno de los pabellones de exposición de los Jardines del Buen Retiro, al precio de tres pesetas la entrada, constituyó un éxito considerable de público. Este éxito se multiplicó extraordinariamente al llevar a cabo en 26 de marzo el primer vuelo mecánico presenciado en la capital de España.

No son muchos los que recuerdan el nombre de Mamet, salvo quienes fueron sus espectadores atónitos, pero nadie ha olvidado en el mundo, en cambio, el de Julio Vedrines, vencedor de la gran carrera París-Madrid, organizada por *Le Petit Parisien*, en la que se inscribieron veinte aviadores, tomaron la salida diez, y uno sólo —el citado— alcanzó la capital española. Después de él se hicieron muy populares en la península los pilotos Garnier y Mauvais por su intensa propaganda aérea en la que la presentación del frágil vehículo alado por pueblos y ciudades, ofreciendo el «bautismo aéreo» por muy poco dinero, tenía un mucho de espectáculo circense. Mauvais efectuó el primer viaje aéreo entre Madrid y Alcalá de Henares —veintitantos kilómetros en línea recta— y poco después se «alargó» hasta Guadalajara.

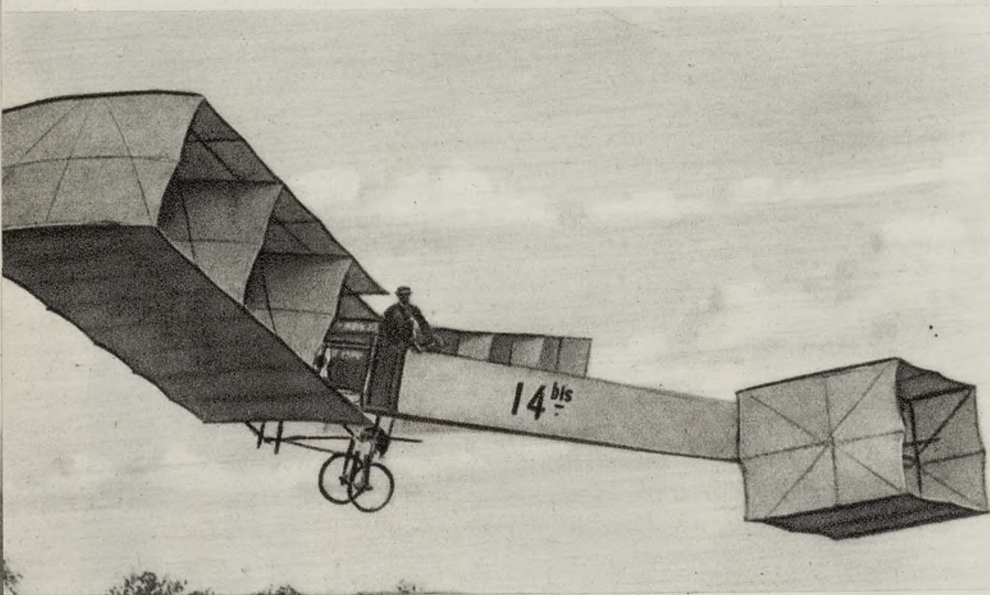
El nuevo invento gana rápidamente entusiastas adeptos en España. Uno de los primeros en adquirir su título de piloto fué el Infante Don Alfonso de Orleans. Contemporáneas son las figuras bizarras de José González Camó, oficial de Caballería, que hizo la primera travesía sobre la madrileña Puerta del Sol; Kindelán, Alfaro, Herrera Loygorri, Piñeiro —autor del primer «looping»—, Urizburu, Salvador Hedilla... De este último, fornido montañés que llegaba de América con la aureola de una brillante exhibición por los cielos de Cuba y Argentina, ha quedado, entre el pintoresco anecdotario de aquellos tiempos intuitivos, magníficos la más deliciosa regla de navegación que pueda ofrecerse a estos tiempos nuestros «supercientíficos», de radiofaros y pilotaje sin visibilidad, recogida en sus estupendas Memorias por el primer fotógrafo aéreo español, Leopoldo Alonso, recientemente fallecido:

—¿Que quiero ir de Madrid a Ciudad Real por la mañana? Sol en la oreja izquierda. ¿Que voy por la tarde? Sol en la oreja derecha.

En toda Iberoamérica prendió con igual vigor la afición aeronáutica y son numerosas las vocaciones que surgen en unos sitios y otros, al Norte y al Sur. Espigamos



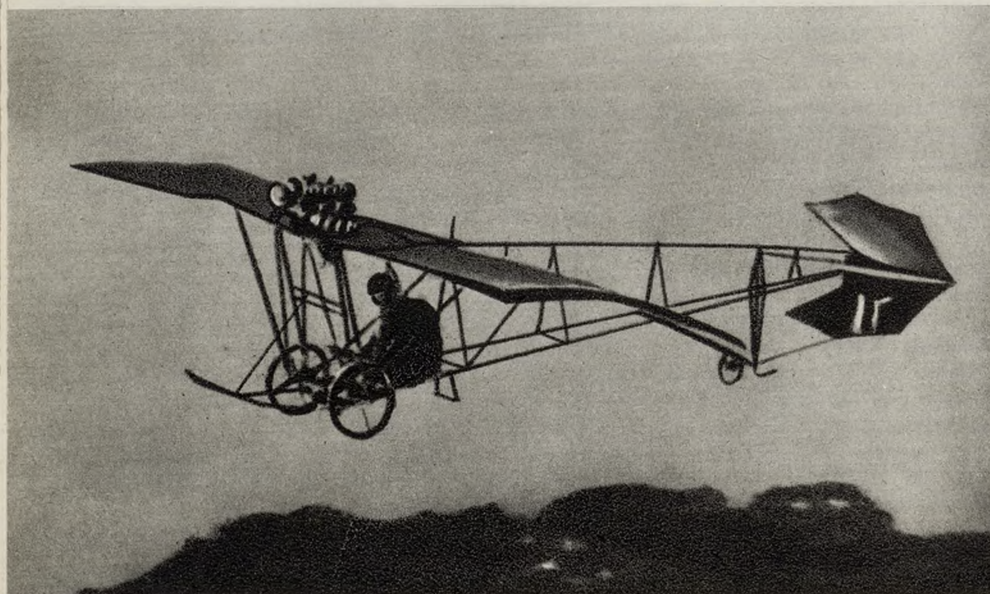
mento en que O. Wright se eleva por primera vez sobre las dunas de Kitty Hawk (17 de diciembre 1903



tos Dumont vuela con su famoso «14 bis» 220 metros, en Bagatelle (París), el 12 de diciembre de 1906.



de enero de 1908 Henri Farman completa el primer vuelo de un kilómetro en Issy-les-Moulineaux.



frágil «Libélula», de A. Santos Dumont, verdadera precursora de las avionetas actuales de turismo.

unos nombres al azar: los cubanos Domingo Rosillo y Agustín Parlá, que, con diferencia de un día en mayo de 1913 saltaron de Key West a la Habana y El Mariel, respectivamente: empresa en la que había fracasado el norteamericano Mac Curdy; el argentino Newbery, que en 1914 batió el «record» mundial de altura con 6.225 metros; los chilenos Godoy, Cortínez y Herrera y los también argentinos Zuloaga, Bradley y Candelaria, protagonistas de una viril pugna por la conquista de la cordillera andina, que los primeros resuelven más tarde, pero de una manera rotunda y definitiva por la ruta Santiago-Mendoza donde se alza la mole ingente del Aconcagua. Etc. etc.

LOS GRANDES VUELOS TRANSOCEÁNICOS

De la I Gran Guerra salió el avión notablemente robustecido. Aquellas débiles armazones de madera con revestimiento de tela se han transformado en sólidas estructuras de tubo de acero, que conservan la misma envoltura, todavía, por cierto tiempo, ya que la construcción totalmente metálica no aparece hasta unos años después con carácter general. El ave mecánica se siente con fuerzas para rebasar los límites que a su ambición pone el contorno geográfico de los continentes y se apresta a volar de unos a otros, por encima del mar. Los primeros en hacerlo al siguiente año del armisticio, fueron los ingleses, bajo el estímulo de un premio de 10.000 libras ofrecido por el *Daily Mail*, triunfando en el empeño Alcock y Brown por su travesía sin escalas de Terranova a Irlanda en dieciséis horas y cuarto. Sobre el Atlántico Sur, los primeros en aventurarse son los portugueses Gago Coutinho y Sacadura Cabral, quienes despegan del Tajo en Lisboa el 30 de marzo de 1922 con su hidroavión «Lusitania» y después de no pocas peripecias que les obligaron al empleo de otros dos aparatos del mismo tipo, llegan a Recife el 5 de Junio y rinden viaje el 17 del mismo mes en Río de Janeiro. Para esta travesía no hubo acicates metálicos: sólo *saudade* de las viejas rutas de Alvarez Cabral.

Tampoco movió las hélices del «Plus Ultra» hispano más interés que el puramente sentimental de enlazar por la vía aérea las tierras lejanas que unas singladuras españolas de epopeya ganaron para la estrecha cartografía ptolomeica. Ramón Franco, y Julio Ruiz de Alda alzaron con mano maestra su hidroavión de las aguas grávidas de historia de Palos de Moguer el 22 de enero de 1926 y fueron a posarse en las del Río de la Plata el 10 de febrero, tras de hacer escala, con precisión aeronáutica desconocida hasta la fecha, en Las Palmas, Porto Praia, Fernando Noronha, Pernambuco, Río de Janeiro y Montevideo.

En 1927 la aviación se enseñorea definitivamente del Atlántico cuando Charles Lindbergh, para ganar los 25.000 dólares del premio Orteig —también aquí el vil metal anduvo por medio— comete la genial locura de encerrarse completamente solo en la reducida cabina de su monoplano «Espíritu de San Luis», y, como el que va a dar un paseo, se lanza en demanda de Europa y llega a París al cabo de 33 horas y media, sin dar a la cosa la menor importancia. Hubo luego, ciertamente, numerosas víctimas en otras aventuras transoceánicas, pero la partida había quedado ganada para siempre desde aquel momento.

Emulos del «Espíritu de San Luis», son incontables los aeroplanos que sucesivamente reclaman los grandes titulares de los periódicos para sus nombres sonoros. Dentro del mismo año son el «Columbia», de Charmberlin, que va de Nueva Yok a muy cerca de Berlín, sin detenerse un momento en el largo camino; el «Ave del Paraíso», que «salta» sobre el Pacífico, desde California a Honolulu; el «America», a cuyo bordo revalidó Rychard Byrd sobre el Atlántico los méritos contraídos en su expedición aérea a las regiones árticas, del año anterior; y el «Santa María», del italiano De Pinedo; y el «Woolaroc», vencedor de la gran carrera transpacífica. Y poco después, el «Pájaro Amarillo», el «Explorador», el «Cruz del Sur» y el «Jesús del Gran Poder», que lleva de nuevo el espíritu de España al Brasil, directamente desde la capital andaluza para continuar más tarde por el resto de la América española en un recorrido triunfal, que hubo de darse por terminado al llegar a Cuba. Y por esto, porque los hermanos de México fueron los únicos que se vieron privados de la visita de las alas hispanas, en 1933 el avión «Cuatro Vientos» se dispuso para una de las mayores hazañas de la historia aeronáutica: la que en 40 horas de vuelo transportó a Barberán y Collar por encima de la máxima extensión líquida nunca recorrida, desde Sevilla a Camagüey (Cuba), sin apoyo alguno exterior. En el aeropuerto mexicano de Valbuena aguardaron inútilmente el término de la proeza muchos entusiastas, a quienes llevó después —vía Buenos Aires— su mensaje Juan Ignacio Pombo, con la pequeña avioneta «Santander», cuando, vencido ya el mar repetidamente, se trataba de hacerlo un «poco más difícil todavía» utilizando una frágil aeronave con motor inverosímil de 130 CV.

No hemos pretendido agotar cronológicamente el tema. Atrás han quedado —el mismo año del «Plus Ultra»— las saetas de afecto entrañable disparadas a Manila desde Madrid los tres aviones de la «Patrulla Elcano», con una diana brillante para González Gallarza, hoy Ministro del Aire español. En empresa semejante anduvo por dos veces Fernando Rein Loring, con plena fortuna en ambas ocasiones. La gratitud volvió a la Península con los filipinos Calvo y Arnáiz; de Cuba con el teniente Menéndez; de México con el proyecto de Sarabia que la fatalidad frustró, y ahora, muy recientemente, con las tres carabelas aéreas de la Argentina.

EL AVIÓN DE HOY

Muy pocas palabras son precisas para ponderar la importancia de la aviación en la cumbre de su medio siglo de existencia. Tal vez esté dicha con esta sola frase: al aeroplano de nuestros días se le ha quedado literalmente pequeño el planeta. ¡Oh! No es un juego retórico tal afirmación. Aquel primer kilómetro de Farman del año 8 se transformó en 1946 en un vuelo de 18.081 kilómetros sin escalas, que ha quedado como «record» mundial. Si el semicírculo máximo mide 20.000 kilómetros de desarrollo, a la vista está qué margen de posibilidades le quedan al avión dentro de nuestro mundo. Los 59 segundos de Orville Wright, sostenido apenas unos metros sobre el suelo en 1903, se han trocado en las 94 horas que el año pasado fueron suficientes a una «Superfortaleza Volante» para dar la vuelta al globo terráqueo repostándose de combustible en el aire. Cuando se nos dice —y es noticia frecuente— que un avión ha perforado la barrera sónica nos asusta un poco el enorme progreso de la máquina que amenaza con sojuzgar al hombre que la creó reduciendo su intervención a la de uno entre tantos instrumentos como los que a bordo de los modernos vehículos del espacio garantizan la seguridad de sus viajes. Pero entre el cúmulo de reflexiones a que la realidad actual puede conducirnos, nosotros nos quedamos con esta impresión: Con el avión —ha dicho un gran escritor— no se viaja; se llega. Pues bien: esta repentina proximidad física entre dos orillas lejanas de un gran océano, entrañablemente unidas por lazos espirituales, es un hecho de incalculable trascendencia histórica que a españoles y americanos debe llenarnos por igual de júbilo inmenso.

FELIPE E. EZQUERRO

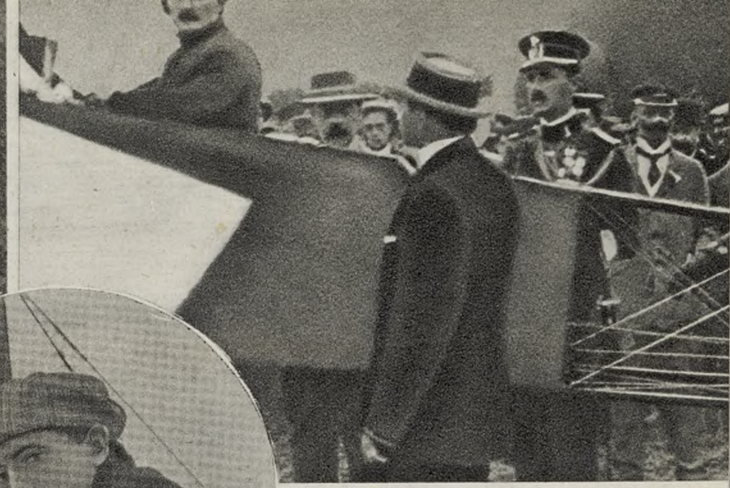


1926.—El «Plus Ultra», de Franco. Palos de Moguer-Buenos Aires.

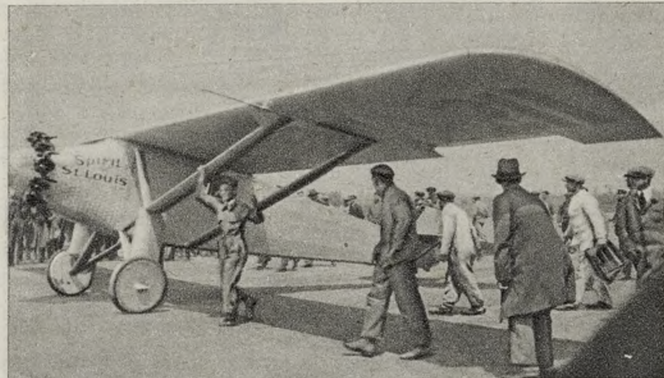


Los portugueses Gago Cotihno y Sacadura Cabral, cruzaron el Atlántico Sur en el año 1922, utilizando, sucesivamente, tres hidroaviones. En el círculo, el peruano Chavez, que en 1910 realizó victoriosamente la primera travesía de los Alpes.

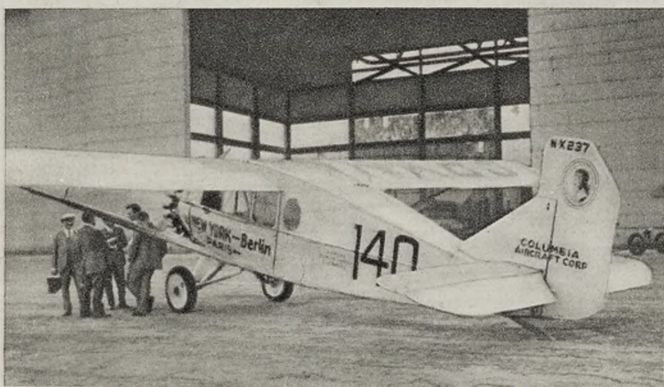




Julio Vedrines, piloto francés vencedor y único clasificado de la carrera aérea París-Madrid, efectuada en 1911.



1927.—El «Espíritu de San Luis», de Lindbergh. Nueva York-París.



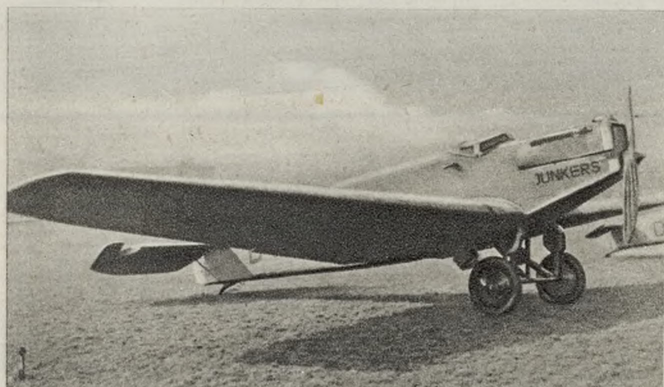
1927.—El «Columbia», de Chamberlain. Nueva York-Alemania.



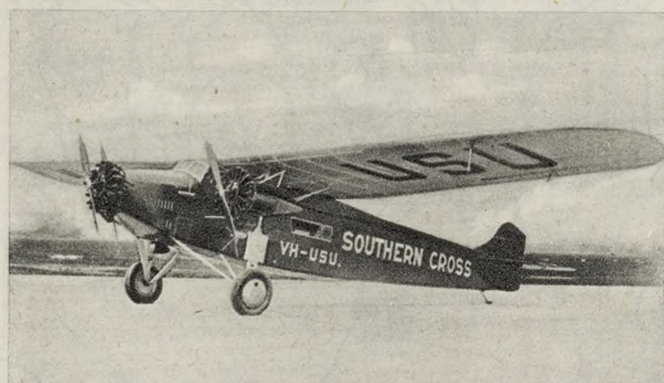
El santanderino Salvador Hedilla, uno de los «pioneers» españoles hacía ya publicidad aérea en la infancia de la aviación.



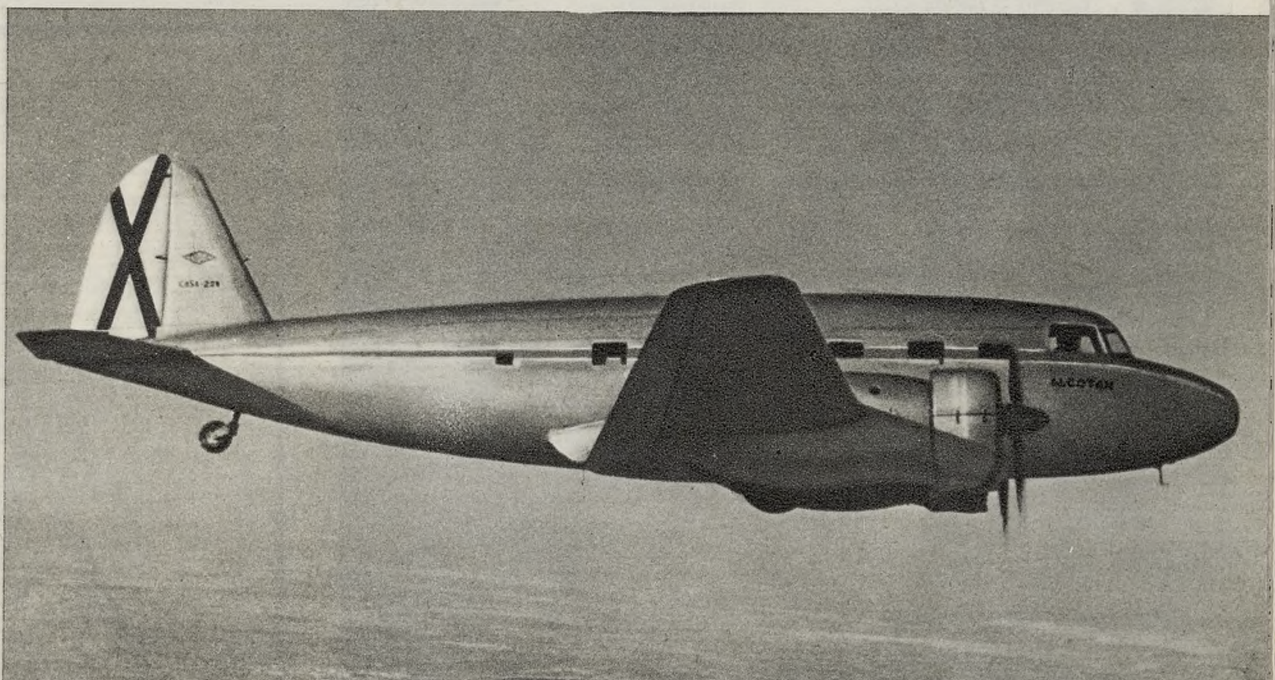
El segundo de los modelos de autogiro construídos por el ingeniero español Juan de la Cierva, que hizo sus pruebas en 1921.



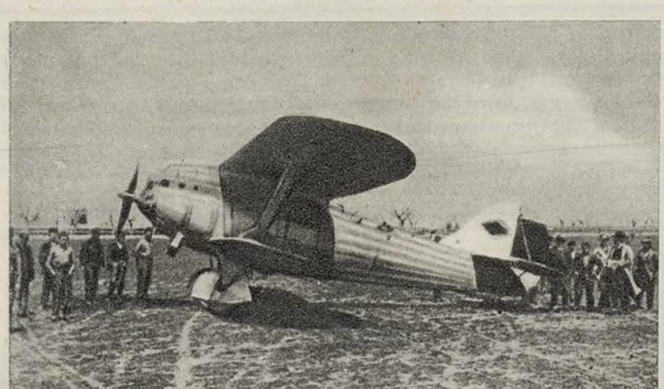
1928.—«El Bremen», de Koehl. Dublin-Isla Greenly (Labrador).



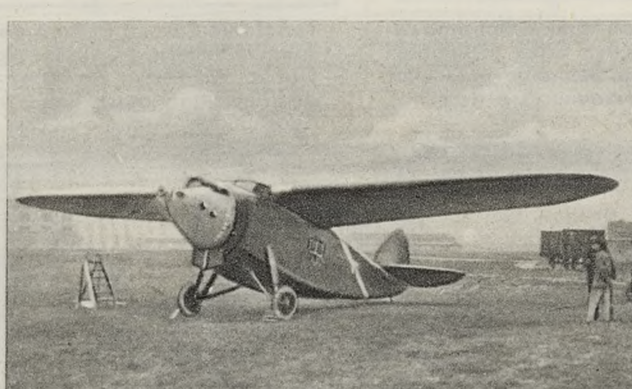
1928.—El «Cruz del Sur», de Kingsford-Smith. California-Australia.



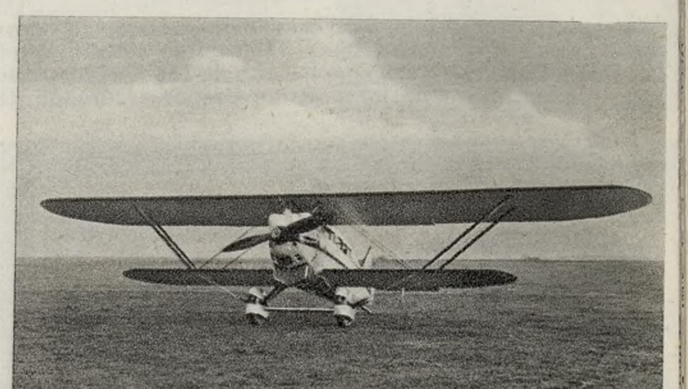
Las bellas líneas aerodinámicas de los modernos aviones comerciales pueden apreciarse en el «Alcotán», bimotor de pequeño transporte construído recientemente por la industria española. En breve volará su hermano mayor el «Halcón» para 16 pasajeros.



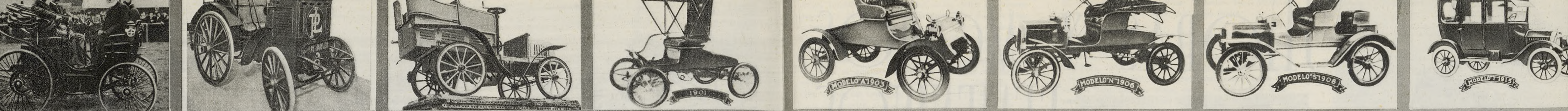
1929.—El «Jesús del Gran Poder», de Jiménez e Iglesias. Sevilla-Bahía.



1929.—El «Pájaro Amarillo», de Assolant. Old Marchard-Comillas.



1933.—El «Cuatro Vientos», de Barberán. Sevilla-Camagüey (Cuba).



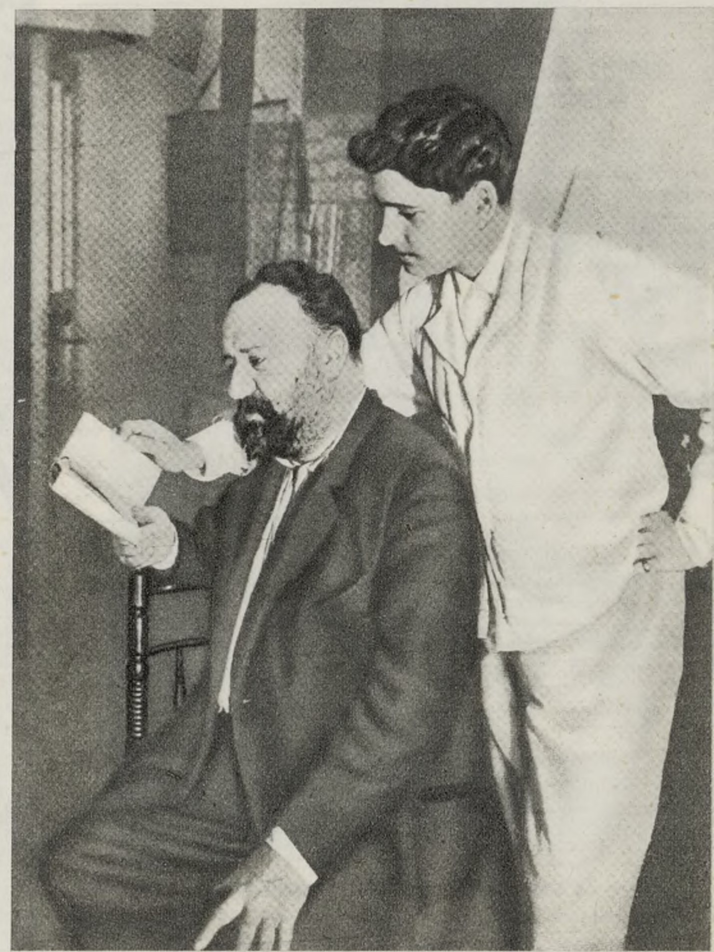
ASÍ LES COGIÓ EL SIGLO



El oficial Petain (en 1900), luego Mariscal de Francia.

D. José Echegaray en 1905, cuando recibió el Premio Nobel.

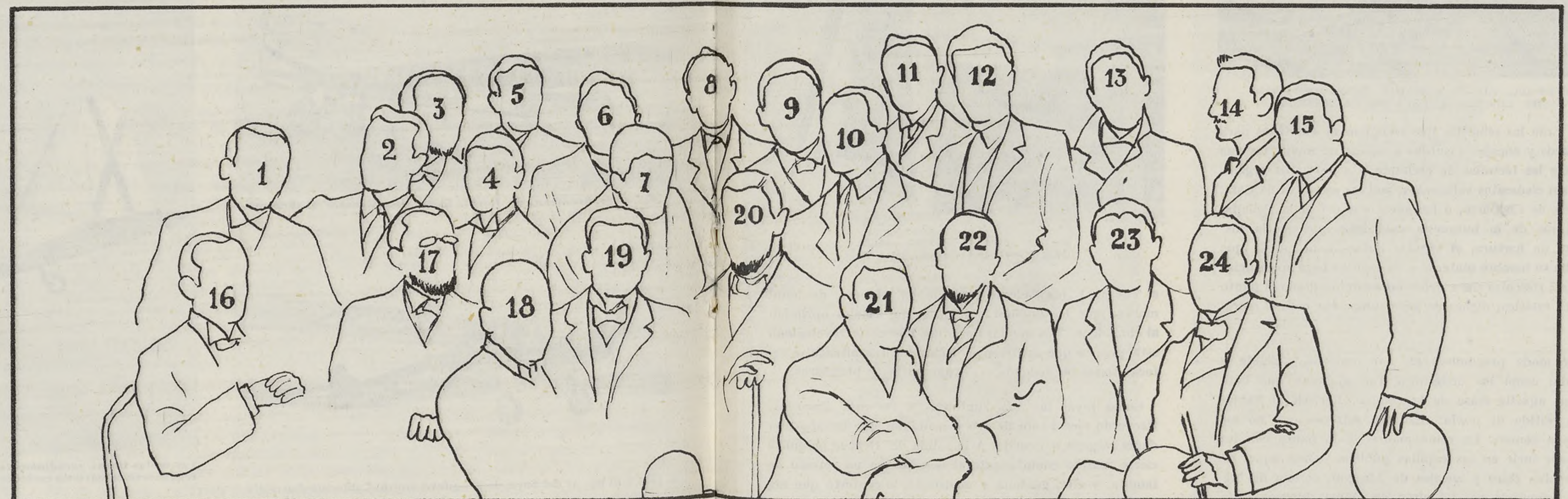




El periodista español D. José Ortega y Munilla, nacido en Cuba, y su hijo D. José Ortega y Gasset, quien años más tarde se revelaría como eminente escritor y pensador hoy de fama universal.

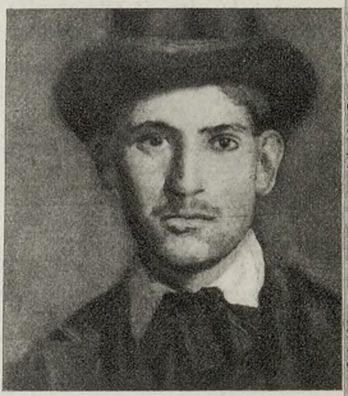


Así no les cogió el siglo; pero así vestían por aquel tiempo, con la madrileñísima capa (la «pañosa»), años después, el novelista cubano Hernández Catá, el también novelista Pérez de Ayala, el poeta Luis de Tapia, el torero Juan Belmonte, el escultor Victorio Macho y el doctor y escritor Gregorio Marañón. (De izquierda a derecha).



1, Antonio Paso; 2, Ramiro de Maeztu; 3, Pío Baroja; 4, Palomero; 5, Luis Bello; 6, Bargiela; 7, Joaquín Alvarez Quintero; 8, Gabaldón; 9, «Azorín»; 10, Catarineu; 11, Cristobal de Castro; 12, Eduardo Zamacois; 13, Joaquín Segura; 14, Llanas Aguilaniedo; 15, Serrano de la Padrosa; 16, Viérgol; 17, González Llanas; 18, Abati; 19, Serafín Alvarez Quintero; 20, Francos Rodríguez; 21, Emilio Mario (hijo); 22, Jacinto Benavente; 23, García Alvarez, y 24, López Ballesteros. Esta famosa foto de Company corresponde a los alrededores de 1900 y constituye un documento verdaderamente excepcional. El individualismo, y hasta el bizantinismo de la nutrida y desde luego valiosísima promoción literaria del 98, impidió la agrupación de sus componentes ante las cámaras fotográficas. La excepción pudo conseguirse afortunadamente en esta casi única oportunidad. Faltan a la cita Miguel de Unamuno, Valle Inclán, Ricardo Baroja, Silverio Lanza, Eugenio Noel, Ruiz Contreras, Manuel Bueno y algún otro, de los que ya figuraban en las letras de la época





Los cincuenta o cincuenta y un años transcurridos de 1900 acá, han transformado livianamente las figuras de «Azorín», que aún era Martínez Ruiz, Benavente y García Sanchiz, tres supervivientes de las promociones de 1898. Quizá el de rasgos más inalterables sea D. Jacinto Benavente, el insigne autor dramático español. La barba –una barba con más de cincuenta años de antigüedad– es un elemento de identificación.



MODAS Y MODOS FEMENINOS



LA EMINENTE ACTRIZ ROSARIO PINO

NADA hay en la vida que vaya más unido a los modos de vivir de las gentes que las modas, tiranas irreflexivas, y sus accesorios. Si no revoluciones, sí ha conseguido cambios trascendentales, de contenido ideológico, que dieron al traste con lo existente, viejo y caduco, deslucido y mohoso, como un antiguo sombrero de plumas, flores y pájaros empingorotados.

Alborea en España el llamado siglo de la esperanza, con un país entristecido al que rige y da lustre la Reina Regente, doña María Cristina, que impone en la corte un aire de sencilla elegancia, patrimonio de los Habsburgo, reflejada, frente al barroquismo isabelino, en la sencillez de aquella noble señora que revistaba a caballo a las tropas vestida con su enlutado atavío de amazona, sin más adorno que la gasa negra en torno al sombrero de copa. Símbolo de un momento de historia.

Parece que el individualismo ha comenzado su agonía y que a la vera de ella se alza un futuro predominio de las masas. Ha muerto el teatro romántico de Echegaray y ha nacido el moderno de Benavente. Tras don Benito, doña Emilia, Clarín y Valera asoma Baroja. Sobre los cascotes de Núñez de Arce, Balart y Grilo, se alzan Machado y Rubén Darío. Teatro nuevo, poesía nueva, novela nueva, y... moda nueva.

Se recibe en las grandes casas y en las casas grandes de Madrid, y los salones particulares y los teatros son los únicos lugares gratos de reunión. En el verano será San Sebastián una prolongación de la corte y las clases altas se desplazan a sus playas, se acercan a las fronteras, viajan por el extranjero, y en los lugares de reunión de la *élite* universal de la sangre y del dinero, los nombres españoles suenan ya habitualmente. El Real era todavía el centro de la vida social, a modo de inmensa tertulia donde todos se conocían. Los bailes —otro centro de donde se veía la moda—, se iniciaban con el majestuoso rigodón y la juventud se entregaba al vals, tan ligero y flotante como sus cabezas y corazones.

Al lado de este boato existe en Madrid, remedando la vida de las clases altas, una serie incalculable de familias, copiándolas en el vestido, en las reuniones, viajes, que sin medios para ello forman la esencia de la *cursilería* social. Eran las señoritas que se imponían sacrificios para lucir lazos y encajes absurdos y pescar un novio; las que asisten a las tertulias de cachupín y a los bailes organizados sin elementos suficientes. Son las señoritas de Caín, la viuda de Chaparro, o las aventuras del pollo Pellejín, caricaturas de la burguesía madrileña que quería disfrazarse de hartura; el terrible quiero y no puedo que escondía su hambre material y de espíritu bajo apariencias ridículas; ridículas para quien las examina desde el punto de vista estético; dignas de gran compasión para el moralista.



MANUELA, PILAR Y MARIA DESPUJOL, HIJAS DE LOS MARQUESES DE PALMEROLA

¿Qué moda prepondera en este ambiente? Rígida y ajustada, como los dirigentes. Tan ajustada que hace recordar aquella frase de la condesa Larisch al hablar de su vestido de novia: «Era tan estrecho que no me atrevía a comer». La reina madre da la pauta con los que suele lucir en las capillas públicas, como aquel de color malva claro y encajes de Alençon, corona de brillantes señoreada por un airón de plumas blancas en la cabeza, fastuosa cascada de perlas sobre el pecho y los impertinentes fijos ante los ojos. A su lado, la infanta Isabel, de verde nilo y doña María Teresa, con manto de corte rosa sobre vestido blanco.

Llega el nuevo siglo con una desmesurada pasión hacia el *modern style*. Los vestidos, aunque dan un aire muy femenino, adornados con exceso de pasamanerías, bordados, cenefas, encajes y lazos, formaban un conjunto muy abigarrado. El mismo que en política existe con los oradores ampulosos y los barajadores de conceptos sin consistencia, como un encaje de Valenciennes. El talle es largo y apretado, terminando en pico, el escote cuadrado. Como la moda se preocupaba de la esbeltez, el nuevo corsé «sin vientre» hubo de llenar la misión de oprimir el cuerpo y las caderas como mejor pudiese, de igual manera que los impuestos y cortapisas legales oprimían al ciudadano. Más que las doctrinas marxistas revolucionó esta prenda que contribuyó, como buen arbitrista, a retocar todas las redondeces, exuberancias y blanduras.



MARIA JOSEFA SAMA, HIJA DEL MARQUES DE MARIANAO

Como joyas las más suntuosas y las más absurdas. Recuerdo cierto toro de oro y brillantes que llevaba una dama colgado del cuello. A la salida del Real le preguntó cierto marido complaciente si aquello era un retrato de familia, y ella, guasona y madrileña, le contestó que no, que era un espejo.

El conjunto de realidades que ofrece la vida cotidiana en todos sus aspectos, va cambiando y transformándose. Las clases afectadas por la transformación son todas, aunque menos las altas y las populares. En estas últimas la mujer va recibiendo una preparación para la vida equivalente a la del hombre y la desigualdad de su condición jurídica le crea obstáculos insuperables. Es la burguesa, quien forzada a salir del ámbito del hogar, donde había logrado establecer su pacífico reinado, habrá de conquistar lentamente su puesto decoroso en el medio donde va a desarrollarse su existencia.

La moda cambia. Una gran transformación tiene lugar al evolucionar ésta desde los vestidos amplios a los ce-

ñidos. Inspirábanse los modistos en los estilos del Primer Imperio y Directorio, preocupándose de la línea. Volvía a adivinarse la forma del cuerpo, la cintura se eleva y se le da sencillez al vestido. Es el estilo «Princesa». Este mismo año, y como si fuera un privilegio cercenado por la ascendente democracia, se segrega la cola de la falda. En París se consideró como una revolución tan importante como el asalto a la Bastilla aquella noche en que Mlle. Duluc, del teatro del Ateneo, salió a escena con un traje de sociedad ajustado y sin cola. ¿Qué iba a ser de las pobrecitas elegantes?... Ha nacido ya la nueva moda y como todo en la vida, irá en aumento desaforadamente.

En 1910 los vestidos son tan ajustados que no puede concebirse cómo es posible que caminen las mujeres. Los trajes de calle dejan al descubierto el pie; los de sociedad son tan largos que tocan el suelo. La moda, como los malos políticos, para querer salir de la exagerada angostura de su estrechez, no encontró más recurso que vestir aparte cada pierna y se llegó a la falda pantalón, que debiera haber sido el ideal de las mujeres sufragistas en aras de su emancipación. Drecol y Bechoff David exhibieron por vez primera en las carreras de caballos varios modelos de esta clase rechazados unánimemente.

Aun no se perciben en el horizonte político los nubarrones de la guerra, pero las dificultades se envuelven de manera suave y grata. Del mismo modo surge la tendencia en la moda de envolver la figura con telas drapeadas, y continúan usándose los encajes, los colgantes de azabache, las telas brochadas y los pesados rasos y crespones. Comparada con la moda pasada se la ve falta de fantasía y de inventiva. Así también la vida.



PIEL EN EL CUELLO, LOS TOBILLOS, EL MANGUITO...

En 1912, al igual que la moral y las costumbres, comienza a ensancharse la falda desde la cintura hasta las rodillas, y desde ahí vuelve a estrecharse para alcanzar su vuelo sobre los tobillos. El horizonte también está *entravé*, como las faldas, y la gente no lo ve y se divierte y goza. A la pregunta que se le hace a un duque muy célebre, sobre la necesidad de entrar en el giro nuevo de la vida con sus empresas, negocios, etc., contestó altivamente: «*To be a duke; that is my trade*».

En 1913 y 1914 la falda deja enteramente al pie al descubierto. Son vísperas de guerra y hay que marchar de prisa. Lánzase la moda *entravé*, que a pesar de resultar incómoda, como dice Manuel Rocamora, y molesta para andar, tuvo su éxito. Se aconsejaban como tonos los blancos yeso, azul porcelana, cereza, verde hoja y campanilla. Por aquel entonces los trajes de baño entraron en uso en el campo de la moda, perdiendo su anterior simplicidad de falsilla humana o de zebra *potelée*. Y como los duelos con pan son menos, la música vino con el tango a crearnos la moda de este color, anaranjado y lánguido como los pasos del baile.

Surge la guerra y la moda sigue porque la moda es vital y, como la vida, no puede detenerse. Mientras truenan los cañones surge una moda triste, desprovista de fantasía y de gracia como engendradas por la angustia y señaladas por el signo de los tiempos. Pero nos trae un camino que será el que se siga por mucho tiempo después en el que estorbará todo rebuscamiento y se prepararán las gentes para vivir, tras de la dura prueba, una vida dinámica, deportiva, juvenil, directa y sobre todo rauda y vertiginosa. Surge el traje camisa y se derrota al corsé, los adornos y perifollos, los corchetes, la cabellera y la falda larga y otras cosas del *buen tiempo viejo*. Y es que las mujeres vinieron a encontrarse de pronto muy atareadas.

Faldas cortas y piernas al aire. ¿Quién recordaba ahora, puesto que las medias se convierten en un lujo, aquellas frases del chambelán de la reina Victoria de Inglaterra, cuando un fabricante de ellas le ofreció a la soberana doce docenas de pares: «Señor mío, una reina de Inglaterra no tiene piernas»? En 1922 la moda sigue sus desaciertos, como la política de la «postguerra» y de la Sociedad de Naciones. Se llega al máximo cuando la falda corta coincidió con el talle bajo, el peinado a la garçon y los cascos o sombreretes que enfundaban la cabeza. Tiempos de Jenny, Renée y Chanel, como antes lo fueron de Doeuillet, Cheruit, Drecoll y Worth. El conjunto no podía ser más grotesco y sólo duró unos años. La silueta va perdiendo esbeltez por el acortamiento de la falda, llegando hasta imponerse en los trajes de noche. Gracias a madame Jeanne Lanvin se remedió esta falda de gusto al crear modelos con faldas largas y de mucho vuelo inspiradas en los trajes de las reinas e infantas de Velázquez.



DELI WEXLER, EXACTRIZ VIENESA, CON VESTIDO AZUL GEVELIN DE CRESPON

Desde esta fecha hasta 1939 no se encuentra en ese período una obra genial que nos muestre el progreso de las gentes. La radio y el «jazz» invaden los ámbitos del mundo. Ha fracasado el intento de un arte deshumanizado. Tan sólo el cine y el ballet han conseguido algo nuevo y bello. La esterilidad parece ser el tono del tiempo y junto a los clarinetes, claxons y pitidos, la moda va de bandazo en bandazo sin atenerse a normas fijas. Pero hay un momento en que en España se sabe vestir el traje más sencillo de la mujer, que es el de la enfermera, o el de una simple falda negra con blusa azul para hacer frente a las vicisitudes del momento. Es una sociedad con aspecto de campamento y cada cual viste como puede conservando la personalidad propia. El heroísmo y la defensa de la patria no necesitan modas, sino modos y éstos Dios los dió con holgura...

A partir de esta fecha y adentrados en la hecatombe de la última guerra, la moda ha pasado por distintas etapas de todos conocidas, de igual modo que ha pasado el pensamiento y la vida de todos los pueblos del mundo. Pero en el fondo, la moda es práctica y si Dios no lo remedia llegará a aquella visión de H. G. Wells, cuando escribía que «las mujeres del futuro, las del año 2055, llevarán encima los equivalentes del monedero, carnet de notas, estilográficas y el reloj de nuestros días; sin duda, un aparatito portátil de radio, una lámpara eléctrica, una pulsera con televisión». Pero con sistema proletario o con altura aristocrática siempre será moda, y habrá de aplicársele los versos de Rostand:

«¡Oh tú! diosa a la vez trágica y fantasista—que dictas, al azar de tu humor soberano;—El corazón no va a llevarse este verano...—pero se llevarán los trajes de batista...»—Cambias... y a tu capricho sometes toda cosa.—Eres la única cosa, a nuestro alrededor,—más breve que la vida, más loca que el amor,—pues mueres cada noche y naces cada día...

ARACELI DE SILVA
(DUQUESA DE ALMAZÁN)



EL ULTIMO MODELO DE PARIS DEL ESPAÑOL BALENCIAGA

LA VESTIMENTA MASCULINA CAMBIÓ EN CINCUENTA AÑOS

CUANDO el siglo XX comienza la dirección de la moda masculina está en manos de los ingleses. En 1950, esta rectoría prácticamente no existe. Los ingleses la han perdido como tantas otras cosas, pero no lo ha recogido nadie. Puede decirse que en estos momentos la moda masculina es un caos. Las innovaciones introducidas en estos cincuenta años la han perturbado, no la han regulado. Sobre todo en verano, la anarquía de la indumentaria linda ya en lo grotesco y también en lo bochornoso. Ir en mangas de camiseta y con unos pantaloncitos cortos que antes se llamaban calzoncillos y ahora tienen un nombre inglés, es cosa corriente y bien vista, incluso en la alta sociedad. Hoy en día no existe moda masculina, sino malos modos, plebeyez, despreocupación, que a veces se confunde con la desvergüenza. Se dice que de todo esto tienen la culpa los deportes que exigen trajes cómodos y prácticos. Comprendo que para jugar al golf, por ejemplo, estorbe la levita y sobre el sombrero de copa. Pero de ahí a pasearse por la calle disfrazado de máscara deportiva, media un abismo. El del buen gusto.

A principios del siglo XX el rey de la moda masculina era un príncipe: el de Gales, que luego fué Eduardo VII. Formaban su corte el príncipe de Sagan, el marqués de Anglesey, Boni de Castellane, Le Bargy y otros de menor categoría. A Eduardo VII le debemos los pantalones doblados, el no abrocharse el último botón del chaleco; al príncipe de Sagan, el monóculo; al marqués de Anglesey, no le debemos nada, pero él tuvo tantas deudas, que se vió precisado a vender en pública subasta su guardarropa. Total, trescientos trajes de calle, seiscientos chalecos, setenta y tres smokings, ochenta y cuatro levitas, trescientos pares de calcetines, cien de zapatos y luego eche usted ropa blanca, corbatas y demás, en astronómicas cantidades.



Enrique Gómez Carrillo.

Boni de Castellane fué un hombre exquisito que hizo furor en París y se gastó íntegra la enorme fortuna de una norteamericana no muy agraciada, pero riquísima, Ana Gould. El gran actor Le Bargy fué tan famoso como por su arte escénico, por sus pantalones, sus corbatas y sus sombreros.

En España, hacia el 1900, se llevaban la palma de la elegancia el duque Carlos de Alba, el duque de Tamames y los actores Fernando Díaz de Mendoza y Emilio Thuillier. He conocido a estos tres últimos. Verdaderamente eran impecables e impresionantes. Posteriormente tuvimos otro que casi los superó: el conde de la Cimera. Hoy sólo nos queda el actual duque de Alba.

Contemplar a estos hombres era todo un espectáculo. Verlos en el hipódromo, en el teatro, pasar por la calle sentados en sus coches arrastrados por un tronco de caballos magnífico y si se me perdona la comparación tan elegantes como sus dueños, constituía un placer para los ojos. Se llevaban la admiración no sólo de las mujeres, sino de los hombres también.

Al Congreso de los Diputados, todos los llamados padres de la patria iban ataviados de levita y sombrero de copa. Las levitas de don Antonio Maura eran de

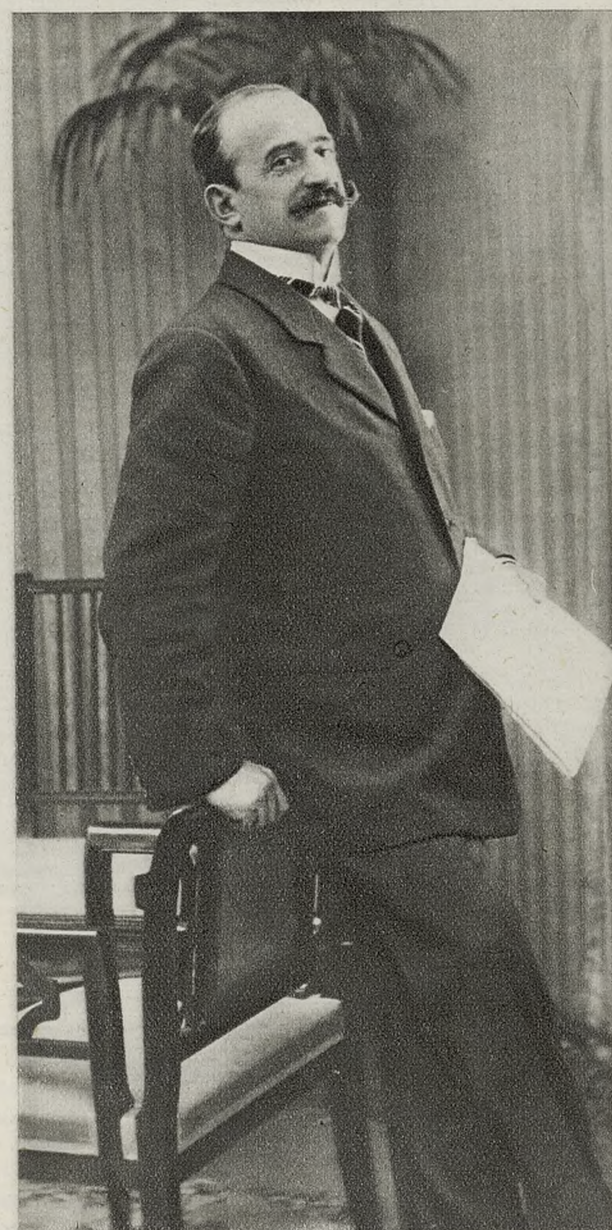


Don Antonio Maura.

un corte irreprochable y él las llevaba con una singular y sencilla prestancia.

Los cuellos de las camisas eran altos y almidonados, así como las pecheras y los puños. Las corbatas sobrias y entonadas. Muchas de plastrón. Los alfileres con una perla o con dibujos de brillantes, las ennoblecían y embellecían. Botines. Botas de charol, de media caña. Jamás zapatos, salvo en los trajes de etiqueta, el frac y el smoking. Pocos hombres marchaban sin bastón. Sombreros, durante el invierno el hongo en el verano el de paja. Trajes, los invernales generalmente oscuros; más claros y livianos los veraniegos. Tal era, a grandes rasgos, la indumentaria masculina aproximadamente hasta el 1920.

En esa época de la postguerra del 18, empieza la transformación. Ahí principia la decadencia del hongo y el auge del flexible. Ya apenas se ven chisteras más que en bodas, entierros y ceremonias protocolarias. Surge la invasión de los zapatos. Pegan un bajón los cuellos altos y se esfuma el almidón de pecheras y puños. Se mantiene en los cuellos como en un último



El Conde de Romanones.

reducto que al fin se rinde. Desaparecen de sopetón los bastones. Tambaléanse los guantes. Pasan a mejor vida los alfileres de corbata.

Vamos a ir, por partes, comentando todo esto sin meternos en honduras. Comencemos por la cabeza, esto es, por el sombrero. Cuando uno era jovencito —1915—la chistera ya apenas aleteaba en algunas testas de blanco pelo o reluciente calva. Pero el hongo era de rigor. Todo el mundo lo portaba, incluso buena parte del pueblo. Los menestrales gustaban de los de color café con leche que entonaban bien con la capa y con el pañuelo de seda anudado al cuello. El primer hongo que me encasqueté hizo mi felicidad. Me sentí un hombre apoyado en mi bastón y prestigiado por el

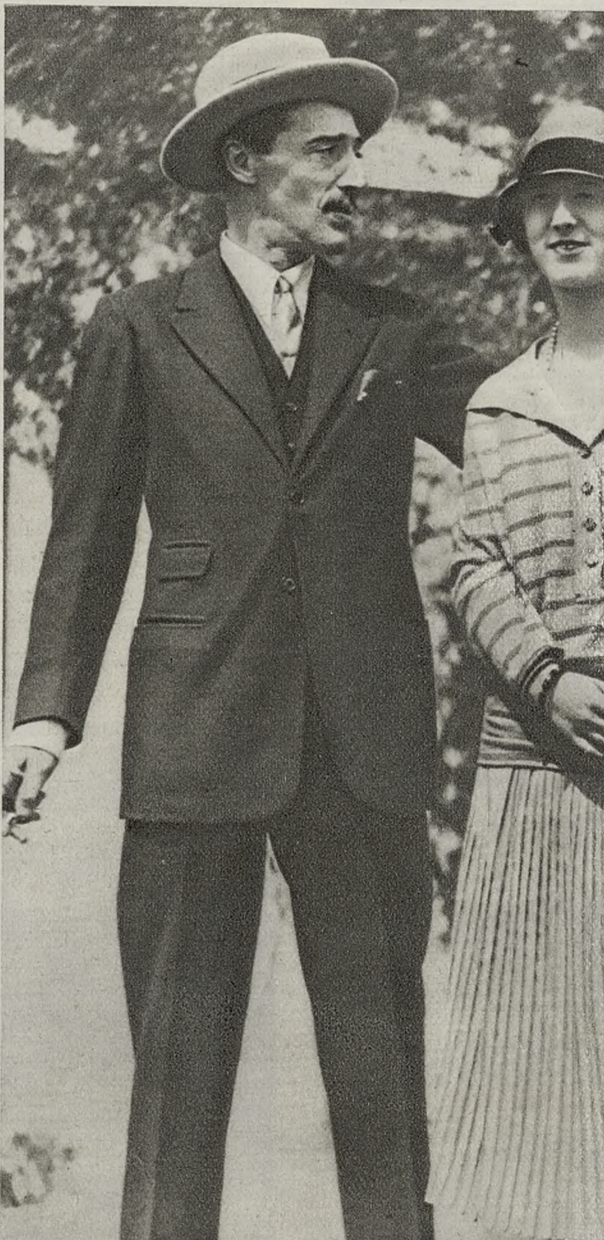
hongo. Me sentí algo más. Me sentí don Juan. El hongo es la transición entre el sombrero de copa y el flexible. El hongo era imponente. El hongo era perfecto. Y sin embargo, nunca tuvo buena prensa. Ni aun en sus tiempos de mayor preponderancia se libró del pitorreo. «¡Al del hongo que le pongo!», nos chillaban los chiquilicuatros. Se le calificaba de antiestético, de ridículo. El hongo ha muerto. ¡Viva el hongo! Pueden ustedes creérmelo. El hongo daba aplomo, seguridad y un poquito de jactancia. Me complace mucho ofrecerle este elogio póstumo que me sale del corazón. El que impuso su difusión fué Eduardo VII y es también este rey de Inglaterra y de la moda el que popularizó el sombrero flexible, aun cuando en España el que lo introduce y lo difunde



El Conde de la Cimera.

fué un transformista italiano llamado Fregoli y de aquí que en la primera época de su uso se le denominara Fregoli. El flexible aún sobrevive en el invierno. ¡Pero cómo se va a comparar con un hongo! El flexible, a su lado es una birria. Un presumido insoportable, con esa ala baja, con la que muchos hombres se creen muy interesantes y hasta hacen sus pinitos de coquetería. ¡Dónde va a compararse tampoco con el fenecido sombrero de paja que valía seis o siete pesetas el mejor e iba uno con él hecho un brazo de mar! En fin, el sinsombrerismo acabó con todos y sólo quedan unos cuantos flexibles para unos cuantos frioleros.

Los que jamás hemos usado levita, chaqué, frac o smoking, no dejamos de reconocer que son prendas bellas y que realzan la línea de aquel que la posee. La levita duerme ya su sueño eterno. El chaqué no sirve más que para que lo casen a uno bien casado; el smoking está reservado para sentirse incómodo dentro de él en las fiestas de gran gala y al frac lo monopolizan los contadísimos elegantes que quedan en el mundo. El traje de chaqueta se ha universalizado de medio siglo acá. Ahí lo tenemos, cada año más caro y sin que nadie se atreva a meterse con él; los atrevimientos se han quedado para los atavíos veraniegos, pero conforme van las cosas, no sería yo el que hiciera un seguro de vida al traje de chaqueta tal y como lo hemos usado este medio siglo. Muchos son los embates y aun profanaciones que está sufriendo y en una de estas acaba como la levita, en el otro mundo. Y le sustituirá lo que antes he dicho, el caos, la anarquía. ¡Yo te seguiré

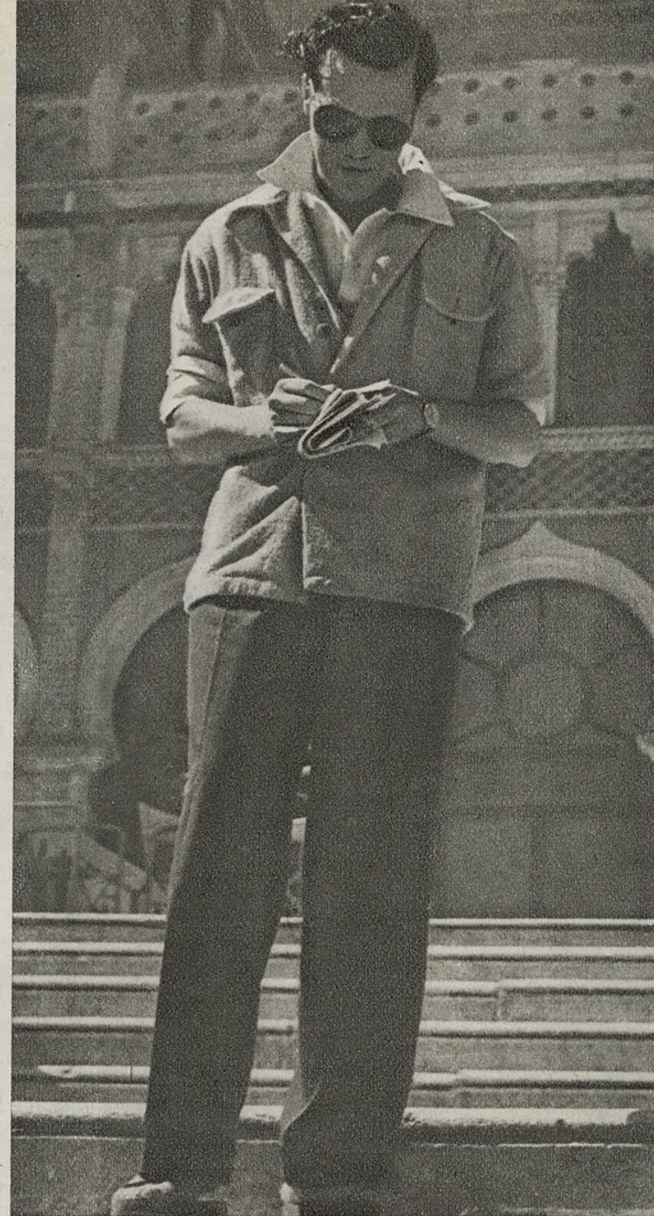


El Duque de Alba.

siempre fiel, traje de chaqueta! Yo, en el mes de agosto, llevo el mismo terno que en el de diciembre. Paso calor, pero me lo aguanto. La seriedad ante todo. Algunos días de esos de cuarenta grados a la sombra, me quito la corbata y voy despechugado. Pero ahí me detengo.

Si bien la miramos, la corbata es absurda. Es un adorno como otro cualquiera y una nota de color. Bien. Concedido. Y lo único que podemos variar en nuestro pergeño. Sí. Desde luego. Pero convengamos en que no viene a qué. ¡Ah, pero hasta hace unos años, la corbata era un adorno, una nota de color, más serio, circunspecto! Lo terrible es que de algunos años a esta parte, también en el reino de las corbatas impera la anarquía. ¡Qué colorines, santo cielo, qué dibujos tan fantásticos y tan horrorosos! Se necesita mucho valor para ponerse una y salir con ella a partir corazones y herir pupilas.

El problema de los cuellos almidonados también ha sido resuelto en contra de su evidente señorío. Porque el cuello almidonado hace señor. Por una razón. Porque se mantiene firme y estirado y correcto y brillante. Sus puntas se apoyan en la camisa con fijeza, no como las de los blandos que a la media hora están arrugadas y aquello no parece un cuello sino un acordeón. Con un cuello duro la corbata se está tan quietecita. Su nudo no desciende, ni se ladea. Se queda en su sitio otorgando a su portador categoría. ¡Oh, pero no es práctico! Aprisiona más ,que el blando. Es dificultoso de colocarlo prendido por los pasadores a la camisa, la corbata no corre bien por las entretelas. Y el señorial cuello almidonado apenas si aprisiona unas cuantas gargantas verdaderamente elegantes.



Antonio Vilar.

En los cincuenta años del siglo XX, la moda masculina, al igual que la femenina, camina deprisísima a buscar como meta suntuaria el taparrabos. El taparrabos, la hoja de parra tendrá que imponerse si seguimos en el empeño de vestirnos de manera cómoda y práctica. Poco a poco, de 1900 hasta aquí, hemos ido suprimiendo de nuestra vestimenta lo engorroso. Ultimamente, este afán se ha llevado vertiginosamente; de no contenerlo—y de ello no hay trazas—retrocederemos a los tiempos de la primitiva humanidad, que a falta de otras refinadas comodidades, no puede negarse que la cuestión de la indumentaria la resolvieron de manera muy práctica y bastante barata.

En los países fríos, los taparrabos ofrecen serios inconvenientes. Mas para eso están los sastres y las modistas. Ya se las arreglarán para idear algo que abrigue sin molestar. Tal vez una especie de hojas de parra colosales que eviten las tiriteras sin necesidad de abrocharse nada.

En estos cincuenta años, el mundo ha pegado un cambiazo morrocotudo. Aún nos esperan muchas sorpresas, con toda probabilidad sumamente desagradables. Mientras tanto, añoremos los tiempos idos. Añoremos el hongo y las levitas, las botas de botones, los alfileres de corbata, la chistera. Añoremos la elegancia y el señorío. ¡Abominemos del ante, zapatos de ante, blusones de ante! ¡Abominemos de los mocasines o como se llamen esos zapatos que antes del ante se llamaban zapatillas, sólo útiles para andar por casa! A la calle, a la sociedad, al mundo, se le ha perdido el respeto. Nos lanzamos a alternar con nuestros semejantes con el desenfado indumentario que antaño se reservaba para la más estricta intimidad del hogar. El carnaval no existe y ahora, de verdad, todo el año es carnaval. Todas las audacias están permitidas. ¡Ande yo cómodo y ríase la gente! Lo malo es que la gente no se ríe. Van muy serios y en el fondo creyéndose unos elegantes. Y lo cierto es, que entre tantas catástrofes producidas en los cincuenta primeros años del siglo XX, una de las más sensibles es el derrumbamiento de la elegancia como norma de la propia estimación y de la ajena.

ANTONIO DIAZ CAÑABATE

Elegantemente vestidas a la moda aparotosa y pintoresca de 1900, estas damas pasean su garbo por la calle de Plateros, principal paseo de la Ciudad de México.

Hipódromo de Peralvillo, en México, lugar de reunión de la buena sociedad mexicana de aquella época.

El globo «Moctezuma» con el que hacía sus espectaculares ascensiones el aeronauta D. Joaquín de la Cantoja.

Una «trajinera» de Xochimilco, guiada por un indígena y ocupada por familias que en 1900 gustaban de estas excursiones por los alrededores de la ciudad.

El primer tranvía eléctrico que circuló por las calles de México, que fué puesto en marcha por el entonces ministro, licenciado Ignacio Mariscal.

Este era el «Zócalo» plaza principal de la Ciudad de México en 1900. Al fondo el actual Palacio de Gobierno, al que se ha agregado un piso más.

Caricatura en un periódico de la época de un tranvía de los llamados «de mulitas», que aun siguieron funcionando durante algún tiempo después de que los hubiese eléctricos.

EL SIGLO NOS TRAJO INCOMODIDADES

POR **WENCESLAO FERNANDEZ FLÓREZ**
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA DE LA LENGUA

Se suele preguntar vanidosamente con ocasión de cualquier adelanto de la Ciencia: «¿Qué pensarían nuestros abuelos si esto viesen?» Pues bien: ahora se puede satisfacer esa temática curiosidad, sólo con meditar un instante, porque este siglo, tan pródigo en avances científicos, cuenta ya cincuenta años, y en cincuenta años se pueden tener nietos. Somos, por tanto, abuelos de nosotros mismos, abuelos de aquellos niños que éramos en la época en que no existía el *cine*, en que el gas alumbraba las calles y los quinqués las casas, en que aun se veía entrar ruidosas diligencias por la avenida principal de la ciudad y en que la elevación de un globo, con un arriesgado trapecista, constituía, en las ferias, un espectáculo cautivador.

El «yo» abuelo puede contestar a aquella pregunta, pero la detiene un escrúpulo, y es que, de repente, ha descubierto que si lo hace con franqueza va a caer en la vulgaridad, pecado odioso para cualquier escritor. Porque, aunque la adorne el sentimiento, es una vulgaridad zaherir el presente en beneficio de lo que ya pasó.

Pero vale la pena ser sincero, por grave que sea el riesgo literario que se afronte. Ahora escribo bajo la luz de una lámpara eléctrica. Cuando termine, tomaré un *taxi* para ir a ver una película. Por el teléfono, que está al alcance de mi mano, se despidió de mí un amigo que se marcha en avión al Perú; he oído por *radio* que en un encuentro de futbol, Pérez pasó la pelota a Gómez, y Gómez a Martínez, y Martínez a Peláez y que Peláez marcó un gol. De nada de esto pudieron disfrutar nuestros abuelos; mas lo que importa es determinar si todo ello aumentó la bondad de la vida o le puso un acento feliz.

Cavilo, entonces, que hemos creado tantas máquinas que las máquinas han llegado a dar una impregnación a nuestra existencia. Delegamos en ellas tantas funciones que, cuando fallan, nos sentimos incompletos. Parodiando la definición de Ortega Gasset («el hombre es su yo y las circunstancias») podríamos escribir: «El hombre es su *yo* y las máquinas de que consigue rodearse.» Ahora, una máquina es la facilidad, en todo caso, pero nunca la inteligencia, y aun aquéllas más directamente intervenidas por el hombre, concluyen por imponernos sus caprichos azarosos y su estupidez.

Nunca se permitiría, en otros tiempos, el desconocido o el indeseable presentarse en casa ajena para imponer su charla al que en ella mora. Pero el teléfono se la hace asequible. El teléfono es una



calle que atraviesa nuestro domicilio. Ese aparato anula nuestras puertas, las hace caer—sólo con meter seis veces un dedo en los agujeros de un disco—, como el profeta hizo caer con sus truenos las murallas de la ciudad bíblica. Puede calcularse que, de diez veces que suenan los rítmicos timbrazos, cinco son para pedirnos algo más o menos engorroso, tres por el puro placer de hablar naderías y una por equivocación, caso en el cual nos insultará el equivocado como si la culpa fuese nuestra.

—¡No estoy para nadie!—gritaréis.

Pero la doncella volverá a aparecer para deciros:

—Quien llama ahora es su amigo don Juan. ¿Reza también con él la orden?

—¡Pobre don Juan!—pensamos—. No está bien que me niegue.

Y corremos al teléfono. Don Juan nos dice:

—¿Qué hay?

—¡Hola, Juanito! Tú dirás.

—Pues nada, chico. Aquí me tienes, aburrido.

Y por el auricular con que aplastamos una oreja, nos vierte en el cráneo un cuarto de hora de insulseces.

Pero el hombre de hoy no puede perder muchos cuartos de hora. Nuestros abuelos vigilaban su dinero y no le concedían demasiada importancia al tiempo, del que disponían abundantemente. Hoy es al revés. Si nos roban algunos duros, podemos ganarlos, pero si nos roban una hora, no conseguiremos recuperarla nunca. No importa que se hayan inventado las más herméticas cajas de caudales si se da a todo el mundo la ganzúa del teléfono para robarnos fracciones de nuestro tiempo y obligarnos a truncar un estudio o a abandonar las cuartillas en el momento en que alboreaba una idea encantadora.

Pasan días sin que haga funcionar mi aparato de *radio*. Cuando muevo sus resortes suelo oír música de negros; si salto a otro país, suena la misma música de negros; lejos o cerca, todo parece, en determinados momentos, estar encharcado de música negroide. O alguien pronuncia una conferencia sobre el único tema que no nos puede interesar, y todo el placer que nos proporciona es guillotinarle la voz. Ya sabemos que innumerables personas encuentran en la *radio* la satisfacción de su necesidad de conocer noticias, de escuchar relatos novelescos o representaciones teatrales; pero este medio de nutrir el espíritu, ¿puede compararse, en placer ni en provecho, a los que la lectura produce? La *radio* viene a ser otro escotillón por el que irrumpen en nuestro hogar, sin pedir permiso, el comerciante y el industrial que quieren vendernos sus productos, produciendo en nuestra intimidad una algarabía de mercado público.

De pronto, todo se interrumpe: la *radio* que oigo, la luz que me alumbra, el ascensor que ha de llevarme hasta mi quinto piso. Me encuentro en el corazón de una gran ciudad, más desamparado que cualquiera de nuestros abuelos en un bosque solitario. Soy, de repente, como un niño desvalido. Ignoro si hay alguna vela en mi casa y, si las hay, dónde se guardan; mi mechero apenas sirve para encender cigarrillos, pero no para alumbrar; la estufa eléctrica que templaba mi despacho se apagó también y el frío prepara su triunfal ataque; he de subir jadeando hasta una altura que no conocieron mis antepasados, cuyas casas carecían de ascensor y estaban calculadas las escaleras para la resistencia normal del corazón humano; no podré continuar escribiendo; me apena pensar que en algún quirófano estará un enfermo con el vientre abierto en la inesperada oscuridad.

¿Qué ha ocurrido? Nada que pueda ser achacable a los hombres, nada por lo que quepa exigir responsabilidades ni acusar de descuidos. Sencillamente, que unas nubes, que asomaron por Levante, se marcharon por Poniente sin acceder a descargar sobre nuestro suelo su agua. Porque no llovió aquí o acullá, nuestro progreso dió un respingo y todas las comodidades de que nos jactábamos desaparecieron en las sombras como fantasmas.

Descubrimos, entonces, que ese progreso es tan exclusivamente mecánico que si no se le da cuerda como a un juguete, deja de funcionar y que se mantiene en pie por la misma razón y sobre tan insuficiente base como una peonza; y también que lo que él nos da son satisfacciones convencionales, mellizas de incomodidades efectivas, que no tienen el menor benéfico influjo en nuestra naturaleza. Si nuestros abuelos se aventuraban en un viaje desde Galicia a Barcelona, mucho y muy sabroso podrían contar por todos los días de su vida. Mi amigo llegará al Perú en no sé cuántas horas, estará allí otras tantas, regresará en un plazo igual... No se habrá enterado de nada, no sabrá nada, no referirá nada. Nunca he oído algo interesante de estos hombres de hoy, que van y vuelven de un sitio detrás del motor de un *avión*. Los *aviones* han suprimido una de las posibilidades más atrayentes y educadoras: la de los viajes.

¿Quieren ustedes que diga con heroica franqueza mi opinión?... El mayor regalo que al progreso debemos, todo lo que esta exhuberancia de la mecánica nos trajo de verdaderamente nuevo, distinto y necesario, sin paridad con lo anterior fué... el aspirador eléctrico.

Porque antes del automóvil nos trasladábamos en caballos o corriendo sobre nuestras piernas, y antes del teléfono nos entendíamos a lo lejos gritando o batiendo tambores, como los africanos... Pero hasta ahora no habíamos conseguido echar al polvo de nuestras casas. Lo que hacíamos barriendo o cepillando era trasladarlo de lugar.

Y eso es lo que honradamente creo que es lo que puede salvarse de cuantos reparos se opongan a los avances mecánicos que a muchos enorgullecen. Eso: un aspirador.

EL MUNDO BAILA AL SON DE HISPANOAMÉRICA



En el Madrid de 1900 era del mejor tono "tener salón". La *pavana*, el *rigodón* y los *lanceros*, bailes de figuras, triunfaban en los salones con alguna concesión al *vals*. La plebe también tenía salones, pero no los llamaban así, sino simplemente bailes. El baile de *Cuchilleros*, el de *Provisiones*, el de la *Rosa Blanca*, el de la *Costanilla*... Y con absoluto desdén para los bailes de figuras, las parejas que a ellos concurrían se arrobaban en las delicias del *agarrao*. Pero el *agarrao* con seriedad de rito. Ella y él atendían fundamentalmente, exclusivamente, al ritmo, a la cadencia y a los giros del baile. Alguna vez se atrevía a murmurar el galán:

—Baila *usté* muy bien, joven.

Galanura que ella, generosa, retribuía con un:

—*Usté*, que me sabe llevar como las propias rosas.

Y nada más.

Porque, ¡cuidadito con tomar el baile como pretexto para amorosas iniciaciones!; que allí estaba el *bastonero* para imponer la *formalidaz* a don Juan Tenorio que osara decarriarse.

El *schotis*, el pasodoble y la habanera integraban la trilogía castiza del baile, aunque, de los tres, únicamente el pasodoble era de neto origen español. De vez en cuando, la polca, o el sucedáneo de la polca: la mazurca.

En los cerrados recintos de los bailes el pueblo comenzaba a sentirse con ahogos. Y buscó la expansión en los merenderos, manteniendo en ellos, como en los salones, el imperativo algarero y trepidante del organillo.

He apuntado hacia los extremos: aristocracia y pueblo. Pero la clase media también contaba. Como no tenía *salón*, y no quería descender al baile *cerrado*, ni al *merendero*, aquellas que la gracia de Luis Taboada denominó "*soirées* de Cachupín", se las fueron apañando para que los divertidos recreos caseros y dominicales fuesen cayendo en desuso. En las casas donde había piano se empezó a hacer música. Alguna de las niñas de la casa tenía una voz divina... ¡Ya quisiera la Barrientos! Pero ¡como era tan vergonzosa...! Siempre había algún muchacho, estudiante o del comercio, propicio a los dúos y aun a las romanzas. Y como la niña mayor tocaba el piano...

—¡Mejor que Sarasate!—elogiaba la madre.

—¡Marcelina—corregía el padre—, que Sarasate tocaba el violín!...

—¡Ah! ¿Sí? Pues yo...

—Tú tocas el violón, Marcelina.

La cosa era que a la hora de hacer música las *golas* cedían la actividad a los *meniscos* y se danzaba una horita antes de congregarse en torno a la camilla para echar unas manitas a la lotería de cartones o para jugar a las prendas, que era muy divertido.

Por ser más holgadas que las de hogaño las habitaciones de aquellos pisos, pronto se arrinconó la camilla, se alinearon las sillas contra la pared, ocupadas por personas mayores, y *pollos* y *pollitas* se entregaron al grato ejercicio de la danza, al ritmo del mismo repertorio popular, pero con una notable diferencia en la ejecución, consistente en el honesto espacio que entre sus respectivas anatomías mantenían las parejas, hasta en los giros veloces del vals corrido y en los pausados, pero exactos, del *schotis*.

En los teatros de zarzuela dominaba el tanguillo. En los escenarios del *género ínfimo* balbuceaba, con ímpetu, el baile español, manteniéndose en algunos el *cancán*, como última palabra de la picardía danzante. Dominaba Francia, aunque la *rumba* cubana iniciaba su ataque sugestivo. Esta era la situación bailable cuando echó a andar el siglo XX.

A los cinco años justos apareció el primer baile revolucionario: la *machicha*. La *machicha* fué algo así como un primer ensayo de nivelación social. En el salón prócer, en el saloncito de Cachupín y en los escenarios triunfó plenamente.

Los merederos tardaron algo más en admitirla, pero tuvieron que rendirse. Y la *machicha* fué tocada, bailada, tarareada y silbada en todas partes.

En todas partes, menos en los bailes castizos: *Provisiones*, la *Costanilla*, la *Rosa Blanca*... ¡Pues no faltaba más!

La *machicha* tenía pretensiones de danza canalla, aunque hoy nos parecería ridículamente candorosa. Yo la tenía por oriunda de París, pero me han hecho dudar unos versos maios, oportunamente recordados por Sáinz de Robles, el original e ilustre polígrafo:

C'est la dance nouvelle, mademoiselle,
ainsi qu'une Espagne vibrante y folle
il faut cambrer la taille d'un air canaille.
C'est dance qui nous aguiche
c'est la machiche!

Como puede verse, el poetastro trató de endilgarnos la paternidad lamentable de la *machicha*.

Su turbulento y avasallador reinado acabó pronto. Y poco después nos envió el *Tío Sam* otro baile, que, como por entonces se decía, "hizo furor": el *cake-walk*. Vicente Carrión y una tiple cuyo nombre no recuerdo lo bailaban en Apolo, en una obra de Arniches... *¿El pollo Tejada?*, *¿El terrible Pérez?* Creo que fué en una de estas dos piezas del entonces triunfante género chico.

La tiple lucía un sombrero descomunal, un corpiño florido, encorsetado y escotado, y unas faldas acampanadas, con profusión de floripondios y volantes rizados, que permitían ver las piernas, enfundadas en medias negras, hasta las rodillas. Ella y Carrión, con la cara pintada de negro, vestido con frac y calzón corto, sedeños y rojos, agitando en la diestra el sombrero de copa, del mismo color, y un bastoncillo de bambú en la otra mano, lo bailaban, echando para atrás el cuerpo y encogiendo rítmica y alternativamente las piernas.

Luego vino una invasión seria, procedente también de Norteamérica: el *fox-trot*, "trote de la raposa", en traducción literal. El *fox* llegó y venció, como la *machicha*, pero no pasó como ella, sino que echó raíces entre nosotros, al extremo de infiltrarse hasta en las zonas castizas, donde alternó con las habaneras, los *chotises* y los pasodobles.

Y de pronto, el estallido, la explosión universal, la más impresionante invasión.

¡El Tango argentino!

Por él comenzamos a bailar al son de Hispanoamérica; a bailar y a cantar. Porque los maestros argentinos, certeros en la expresión melódica y con la fuerza arrebatadora del arte personalísimo de Carlos Gardel, conmovieron a todos.

Casi mediado el siglo, un cantor argentino de tangos, Spaventa, fué durante mucho tiempo la máxima atracción de Madrid, como sucedáneo de Gardel, que por entonces triunfaba en París; Gardel fué en su arte una figura impar.

Pero España no se entregaba sin lucha. Aceptaba el tango como canción y como baile. Se rendía a su imperativo artístico, dulce, envenenado y suasorio; pero, en revancha, era una argentina, Antonia Mercé, la que alzaba sobre el mundo el cetro, firmemente empuñado, del baile español.

La *Argentinita*, después; su hermana Pilar, actualmente, con la gitanísima y revolucionaria Carmen Amaya y los sevillanos Rosario y Antonio, mantuvieron y—con la dolorosa excepción de Encarna—mantienen el prestigio del baile español a través del mundo, pero sobre todo en Hispanoamérica y en Norteamérica, en triunfal represalia.

Desde entonces—invasión del tango—hemos seguido bailando al son de Hispanoamérica.

La última invasión, efímera por no tomarla en serio, ha sido la *raspa*.

El *bolero* y la *samba* son los reyes del momento, entre *corridos* aztecas, *gatos* pamperos y *corridinhos* lusos.

A mitad de este medio siglo que va a cumplirse, un monigote desarticulado y epiléptico se nos coló en los teatros, y de ellos saltó a los salones y aun a los bailes al aire libre, donde hirió alevosa y malamente a nuestros bailes castizos.

Fué el *Charlestón*. Trajo un ímpetu de espanto. El maestro Guerrero, en plena popularidad, le recibió afectuosamente. Y luego, todos los compositores y muchos *descompositores*. El *Charlestón*, que se presentó con tal estruendo, desapareció silenciosamente. Pero desarticuló el ritmo de nuestras danzas y le universalizó. Hasta el *Charlestón*, y con excepción de los *chulines* de la *Costanilla*, etc., que daban doce vueltas en un ladrillo girando a *torcis*, el hombre cuidaba, por encima de todo, del lucimiento de su pareja. Desde el *Charlestón* a nuestros días las parejas van *al que más puede* en contoneos, *quiebros* y *monaditas*, que no pueden ver con seriedad espiritual los que tienen más de cuarenta años.

Hoy, más que nunca sometidos al son de Hispanoamérica y con alguna concesión al *fox* y al *swing*, privan los ya mencionados *boleros*.

Y en la escena ha renacido con tremenda pujanza otra danza americana: la rumba, impuesta por la peculiaridad de una nueva *vedette* de revista.

FRANCISCO RAMOS DE CASTRO

SUERTES PARA TOREAR CREADAS EN EL SIGLO XX

Por DON VENTURA



EMPIEZO este trabajito sacando a colación aquellos versos de Nicolás Fernández de Moratín, correspondientes a la oda dedicada a Pedro Romero, que dicen así:

...La fiera que llamó el silbido
a ti corre veloz, ardiendo en ira
y amenazando mira
el rojo velo al viento suspendido.

Y no se figuren los lectores que me voy por los cerros de Ubeda al hacer esta evocación, que el campo por donde me dispongo a caminar es muy llano, sin cerro alguno, y no se presta a divagaciones:

Es que lo que Moratín llama «rojo velo al viento suspendido» no es otra cosa que el engaño de que se vale el diestro para torear—capa o muleta—; y como de estos instrumentos de la lidia tengo que ocuparme, y más concretamente de las suertes inventadas desde cincuenta años atrás manejando aquéllos, creo que viene a pelo la mencionada cita, aunque advierto que, al hablar de tal asunto, no lo haré con la trompetería y los golpes de tambor que hubo de emplear el cantor del gran maestro de Ronda.

Al meterme en harina, tengo que empezar por la capa, que es el primer utensilio que en la lidia se emplea y el engaño indispensable para regularizar la misma de buenas a primeras, ordenarla y hacerla agradable. Por algo una antigua copla castellana dice así:

Con la capa el torero
maneja al bicho
y la mujer al hombre
con su abanico.

La primera innovación hecha con la capa en este siglo fué la *larga cambiada y afarolada de rodillas.* La introdujo Rafael *el Gallo* en oposición al famoso cambio de rodillas (agarrando el capote con las dos manos), del que hizo su padre, el señor Fernando, una creación. Pero lo que el padre hacía, lo encontró demasiado peligroso el hijo, y más desde que el 14 de enero de 1906 sufrió Ricardo, *Bombita,* una grave cornada al ejecutarlo en Méjico.

Por esto, y no por otra cosa, modificó Rafael dicha suerte, que es de menos riesgo que la otra. ¡Vaya un caña!

Se ha prodigado poco, y hoy suele practicarla frecuentemente Luis Miguel *Dominguín.*

Tras de dicha larga, conocimos el *lance al costado por detrás,* la indebidamente llamada *gaonera,* que recibió este nombre por haberla resucitado Rodolfo Gaona en el año 1910. Tan antigua es esta suerte, que ya se ocupa de ella Francisco Montes en su *Tauromaquia completa.* Lo que ocurrió fué que, en desuso durante muchos años, nos pareció nueva al vérsela ejecutar al torero de Méjico, a quien se la sugirió su maestro, el banderillero español *Ojitos,* que la conocía, porque el 26 de septiembre de 1887 publicó el semanario *La Lidia* la reproducción de la misma en uno de sus dibujos cromáticos.

Tanta razón hay para llamar *gaonera* a dicha suerte como *chicuelina* a la que recibe este nombre, establecida hace unos treinta años, pues si la primera no la inventó el referido Gaona, tampoco fué *Chicuelo* el creador de la segunda, diga él lo que quiera para darse importancia. A quien se le ocurrió fué a Rafael Dutrús (*Llapisera*), cuando, siendo torero cómico, se las entendía con becerros. Lo que *Chicuelo* hizo no fué otra cosa que ponerla en práctica con los toros. Su nombre más apropiado sería el de *navarrilla*; pero sabido es que ahora priva la rutina de dar a las nuevas suertes denominaciones derivadas de los nombres de quienes se supone que las inventaron, por cuya manía, absurda a más no poder, habría que llamar *costillarina* a la verónica, *algabeñino* al pase de pecho con la mano derecha, *marcialina* a la *mariposa,* etc. Pereza mental se llama esta figura, amado Teótimo; o, cuando menos, mentalidad congelada.

Y pues que la *mariposa* ha salido a revolotear y hemos dado a entender que es invención de Marcial Lalanda, remachemos bien esto y digamos que apareció poco después que la *chicuelina.* Es la *mariposa* la más bella y meritoria manifestación del toreo por la cara y debe incorporarse al apartado o casilla de los galleos, porque *galleo* es todo lo que se le hace al toro andando o corriendo, lo mismo de espalda que de frente, como es igualmente galleo la llamada *tapatía,* inventada por el mejicano José Ortiz, pues se trata de unas *chicuelinas* ligadas que se ejecutan recorriendo el lidiador un trecho más o menos largo.



El pase «cambiado por bajo», de Domingo Ortega. Vulgarmente, este pase es llamado por los aficionados «trinchera».



El pase de «molinete», al que se prestó espléndidamente el temperamento apasionado y valiente de Juan Belmonte.



Pase del «kikirikí», de Joselito «el Gallo», al que corresponde el presente dibujo, muy celebrado en su tiempo.



La «tapatía», del diestro mejicano José Ortiz, un pase alegre y espectacular, también aparecido en este siglo.



Uno de los pases más espectaculares: el «farol». La viñeta recoge el momenmento de su iniciación. Es de este siglo.



Marcial Lalanda fué el creador de la «mariposa», pase de capa bellísimo y alegre, que realizan los buenos diestros.



Lance «al costado por detrás», popularmente—y quizá impropiamente—conocido por «gaonera», original de Gaona.

En este siglo también, igual que las precitadas suertes, nació el pase de muleta *afarolado*, hijo, asimismo, de la fantasía creadora de Rafael *el Gallo*, y es que este torero castizo, con un arte lleno de grandes defectos y de grandes bellezas, que tan pronto era sublime como grotesco o trivial, supo repentizar cosas que luego quedaron de repertorio, como este pase afarolado y algunas largas con las que parecía trazar rúbricas en el aire.

Su hermano *Joselito*, torero señor y señero, figura cumbre en la fiesta de los toros, supo, merced a su gran personalidad, dar realce a un nuevo pase de muleta al que *Don Pío* (Alejandro Pérez Lugín), trovador del gallismo, dió el nombre de *kikiriki*, aunque no se nos alcanza en qué se fundó para ello. Se trataba, sencillamente, de un pase ayudado por alto, pero no barriendo los lomos, sino obligando a la res a doblar en la forma que indica el grabado.

Con otro coloso, con Juan Belmonte, quedó abolido el tradicional pase de *molinete*, el que hasta el año 1913 se dió con la mano zurda, por haber introducido tan célebre diestro el ejecutado con la mano derecha, que es de una técnica completamente distinta de la del otro. Repetimos que al triunfar el moderno fué proscrito el antiguo, pero, conste que la expulsión fué injusta por demás, pues el molinete con la mano izquierda, iniciado como el pase natural, era alegre, bonito y airoso.

Cuando el gran torero Domingo Ortega hizo su aparición contaba ya muchos años el *pase cambiado por bajo*, el vulgarmente llamado de *trinchera*; esto lo saben tanto los taurófilos «decentemente amueblados» como los que pertenecen al desocupado vulgo; pero de tal realce, de tal dominio, de tal belleza supo el diestro de Borox revestir a dicho pase, que hizo de él una verdadera creación y convirtió una cosa vieja en otra completamente nueva.

Y ahora vamos con la impropiamente llamada *manoletina*, el pase que hoy se repite a tente bonete y que no sabemos a quién se le ocurrió bautizarlo así. Seguramente fué algún despistado, ignorante de que antes de surgir el infortunado *Manolete* ya se había prodigado el pase en cuestión. Dos toreros intervinieron en su nacimiento: Victoriano de La Serna y el referido Ortega; aquél empezó por darlo con una sola mano—la derecha—, y al segundo se le ocurrió agarrar la muleta por detrás con la mano zurda, para que resultara más ceñido y espectacular. Por eso le dan algunos el nombre de *orteguina*; mas como yo, según he dicho antes, rechazo las denominaciones derivadas de los nombres de los toreros, le aplico en todas mis referencias el nombre de *giraldilla*. ¿Por qué, sin haberlo inventado *Manolete* y habiéndolo encontrado hecho, le dan el nombre de *manoletina*? Por la misma razón que se da el nombre de América al vasto continente situado entre el Pacífico y el Atlántico, a pesar de no haber tomado arte ni parte Américo Vespuccio en su descubrimiento. Y tal furor ha hecho ese pase del sobaco, que las gentes (no digo los buenos aficionados) deliran por él, sobre todo si lo da el torero mirando al tendido, en cuyo caso se les van a los espectadores las aguas de puro gusto, ni más ni menos que a Sanchica cuando se enteró de que a su padre, Sancho, le habían hecho gobernador.

¿Han oído ustedes hablar de la *arrucina*? Pues ahí, en ese grabado, la pueden contemplar, ejecutada por el propio cosechero. Violento es dicho pase, como puede apreciarse por la actitud del lidiador; pero como existe riesgo en su manera de interpretarlo y suele darse de una forma que siempre parece improvisada—por no existir solución de continuidad entre el mismo y el que le precede—produce un efecto arrebatador.

Tiene pocos cultivadores, y lo propio ocurre con un pase que se da con las dos manos, a guisa de molinete, y al que, por atribuirse su invención a Julián Marín, han llamado algunos *marinera*. ¿Qué he dicho antes de la pereza mental? Ese nombre más parece derivarse del océano que del apellido del torero de Tudela, y si es recusable el mismo, no resulta de excesiva belleza estética dicho pase.

Lo mismo que cada rey y cada Roque, el viejo cronista que suscribe tiene también sus achaques en materia de preferencias, y si digo que algunas de las modernas suertes son tan lamentables como los estropicios que producen los que las bautizan con absurdas denominaciones, dejaré sentada una verdad tan grande como arco de catedral.

¿Puede decirse que con la incorporación de todas las precitadas suertes al repertorio tauromáquico se haya enriquecido éste? De ninguna manera, porque mientras unas entraban, otras salían, y si buen auge cobraban algunas modernas, mayor destierro sufrían varias antiguas, hoy olvidadas y completamente desconocidas de los aficionados jóvenes.

Si he señalado algunas nuevas suertes de capa y de muleta nacidas o reformadas en este siglo, ninguna puede registrarse atinente al estoque.

Y en cuanto al primero y al segundo tercio, cabe manifestar que, si en aquél se introduce la *carioca*, o la «suerte del señor Atienza»—como la llama el gran tratadista José María de Cossío—, en el otro se nos ha dado a conocer la suerte del *ángulo mixtilíneo*, como yo llamo a esa manera de banderillear a fuerza de piernas y describiendo un amplio círculo, como si de la carrera de una jaca torera se tratase. Tan recusable es una cosa como otra, pero como yo no vengo a actuar aquí de censor, dejo de meterme por los laberintos de la crítica, como, asimismo, dejo de teclear en la máquina y corto en seco mi disertación, pues las exigencias del espacio pueden hacer que me ocurra algo parecido a lo que nos dice este antiguo epigrama, de autor desconocido:

Por una cuesta Juan Mola
iba en un mulo subiendo,
y el pobre se iba escurriendo,
que ya tocaba a la cola.

—Temiendo bajar rodando,
gritó ya sin disimulo:
—¡Que me traigan otro mulo,
que éste se me va acabando!



El mejicano Carlos Arruza fué el creador de este pase que lleva su nombre: «arrucina», que gusta mucho a la afición.

La «manoletina», recreada o revivida por «Manolete»; anteriormente se conocía por «giraldilla», suerte de las más recientes.



El molinete a dos manos, ya en la suerte de la muleta. Algunos le dan el nombre de «marinera» y resulta muy emocionante.



El torero «Chicuelo» fué el creador de la «chicuelina», bello y sugestivo lance de capa, que tuvo gran renombre.



Este pase es conocido por «larga cambiada y afarolada de rodillas» y lo practica hoy Luis Miguel «Dominguín».

EL NUMERO 50 EN CINCUENTA AÑOS DE VIDA ESPAÑOLA

Por ARTURO PEREZ CAMARERO

Sólo a título de divertimiento, sin otro objeto que el de proporcionar amena distracción, vamos a renovar, por una vez, un género menor de nuestras letras, compuesto por los acrósticos, logogrifos, charadas y otros entretenimientos, entre los que figuraban el agotar una palabra o un guarismo con la exposición de sus equivalencias y la sucesión de sus distintos empleos.

Para ello hemos elegido el número cincuenta, ya que al primer cincuentenario del siglo se consagran estas páginas y, como en ellas, sin desbordar el área nacional y dentro precisamente de los cincuenta años referidos, ofreceremos la relación de hechos y de cosas de interés que coinciden en dicha cifra.

- En España hay 50 provincias con 50 organismos provinciales de cada clase.
- El río Adra tiene 50 kilómetros de longitud.
- Hay 148.902 varones de cincuenta años, en el Censo anterior al que ahora se realiza, y 187.110 mujeres de igual edad.
- En agosto de 1945 nacieron 50.000 niños.
- En 1919 hubo 50 alumbramientos de tres o más criaturas, y en 1938 se repitió la cifra.
- Entre los extranjeros que se hallaban en Barcelona, en 1948, había 50 venezolanos. En Gerona, 50 cubanos y en Guipúzcoa, 50 mejicanos.
- Todos los griegos residentes en España sumaban 50.
- La cosecha de trigo de 1932 sumó 50 millones de quintales métricos.
- En los años 1946 y 1947 se sembraron 50.000 hectáreas de arroz.
- En Teruel se recolectaron 50.000 quintales métricos de avena en 1947.
- A 50 pesetas valió el quintal métrico de cebada en España en 1940.
- El promedio de siembra de cebada, anterior a la guerra, era de 50.000 hectáreas. La cosecha de paja de centeno de 1940, sin contar el grano, ascendió a 50 millones de pesetas.
- En Oviedo se recolectaron 50.000 quintales métricos de grano de centeno.
- Las cosechas de garbanzos de 1946 en Cádiz y la de Salamanca en 1947 fueron de 50.000 quintales métricos cada una.
- En Alicante el viñedo ocupaba 50.000 hectáreas en 1946 y 1947.
- El tabaco recolectado en España en 1942 se valoró en 50 millones de pesetas.
- El valor de las ciruelas recogidas en 1944 fué de 50 millones de pesetas. En 1945 se repitió la cifra.
- La misma valoración obtuvo la cosecha de melocotones en 1932.
- Las nueces de 1942 y las de 1945 representaron 50 millones de pesetas cada año.
- En 1944 había en España 50.000 moreras altas.
- Los montes de utilidad pública de Ciudad Real ocupaban 50.000 hectáreas en 1946.
- La corta de madera de haya en el mismo año, en toda España, sumó 50.000 metros cúbicos.
- El quintal métrico de resina tuvo el precio medio de 50 pesetas en 1946. El mismo coste medio y en igual año fué el del corcho en la provincia de Gerona.
- Las conservas de pescado, en 1948, tuvieron un valor de 50 millones de pesetas.
- El pescado elaborado en las fábricas de conservas, en 1945, valió 50 millones de pesetas.
- El aguardiente neutro fabricado en 1941 ascendió a 50 millones de litros y el aguardiente compuesto de 1943 sumó igual cifra.
- También la cerveza fabricada en 1948 representó la misma cantidad.
- Las bicicletas en la provincia de Baleares, en 1949, eran 50.000.
- En León, el mismo año, había 50 bicicletas por cada mil habitantes.
- Los autos de línea transportaron, en 1941, 50 millones de viajeros.
- Las empresas de transportes por carretera, el año 1947, pagaron 50 millones de pesetas en jornales a su personal.
- Las toneladas descargadas en Algeciras por los buques de cabotaje, en 1948, sumaron 50.000 toneladas.
- El valor total de la exportación a Holanda, en 1947, fué de 50 millones de pesetas oro.
- La exportación total de madera, en 1948, ascendió a la misma cifra.
- La Banca privada tenía un activo de 50.000 millones de pesetas en 1946.
- El Presupuesto del Estado para 1912 se liquidó con un superávit de 50 millones de pesetas.
- Las becas otorgadas en Barcelona, en 1948, sumaron 50.000 pesetas.
- En la Biblioteca Nacional, el año 1940, se sirvieron a los lectores 50.000 obras de Ciencias Sociales.
- En Barcelona, en 1948, se editaron 50 libros de ciencias (1).
- Actualmente está llegando a la cifra de 50.000 obras de arte el total de los Museos y Galerías de Madrid.
- Finalmente, en el año 1950 costaba 50 céntimos el billete de autobús y después de 1950 costará 50 céntimos el billete de tranvía.

(1) *Todas las cifras que aquí se citan en números redondos se hallan con toda precisión en las publicaciones del Instituto Nacional de Estadística.*

NUESTROS COLABORADORES



Figura destacadísima en las áreas de la Psicopatología, y profundo y lúcido en sus actividades intelectuales, el Dr. Juan José López Ibor es catedrático de Medicina Legal, en la Universidad de Madrid, y académico de la Real de Medicina, a más de socio de honor de la Sociedad Médica de Suecia (Estocolmo), y de la Société Française de Neurologie. Entre los principales trabajos del doctor López Ibor figuran: «Lo vivo y lo muerto en el Psicoanálisis», «Neurosis de guerra», «Los problemas de las enfermedades mentales» y «La angustia vital», este último recientemente aparecido. El Dr. López Ibor—colaborador de numerosas publicaciones científicas-firma en este número el trabajo de la pág. 10.



«Don Ventura», o Buenaventura Bagüés Nasarre de Letosa, nació en Huesca, 1880. Estuvo en Bilbao, principios de siglo, como redactor de «El Nervión», y en 1920 pasó a Barcelona e ingresó en la Redacción de «El Día Gráfico». Desde 1940 es redactor de la «Hoja del Lunes», de la capital catalana. Con tanto, no hemos señalado su especialidad: los toros, tema en el que la firma de «Don Ventura» ha alcanzado prestigio y popularidad. De su primer libro, «De cabeza a rabo», publicado en 1917, al último, «Al hilo de las tablas», en 1948, hay otros dieciocho tomos, todos taurinos, e infinidad de conferencias. «Don Ventura» es autor del trabajo sobre toros que aparece en este número.



Catalán, de Mataró (nació en 1897), activo, agudo y preciso, a los veinte años era miembro del Centro de Estudios Históricos; en 1921, profesor de Lengua y Literatura española en la Universidad de Liverpool; en 1923, redactor de «El Debate», de Madrid, en el que pasó a redactor-jefe en 1935... Y desde 1939, siempre en Madrid, editorialista del diario «Ya», a más de crítico literario, y, simultáneamente, asesor del Teatro Español (1942-1949), etc. De Nicolás González Ruiz—que de él hablamos—, autor de treinta y seis libros (biografías, historia literaria, crítica, novela) y firma habitual en la prensa española, se han estrenado dos obras originales y, entre otras, seis adaptaciones de Shakespeare.



Nacido donde nació Castilla, en la cabeza de Infantado de Covarrubias, Arturo Pérez Camero, periodista y estadístico facultativo, es jefe de la Sección de Divulgación del Instituto Nacional de Estadística, de Madrid. Creador de emisiones de «radio», ha realizado, por otra parte, casi un centenar de documentales cinematográficos, entre ellos «La España de Cervantes», «El gran caminante», «Extremadura», «Solar de conquistadores», «Marruecos», «Madrid, castillo famoso», etc. Fué redactor-jefe de la desaparecida revista «Financiero Hispano-Americano», de Madrid, y es autor de libros vulgarizadores, como: «Así es España», «La tierra y el cielo de España», etc. (N. en 1891).



Zumbón y escueto, gallego y viajero y uno de los mejores humoristas españoles de este siglo, Julio Camba ha hecho del artículo periodístico una obra maestra, en la que ni sobra ni falta nada, a pesar de su brevedad típica. Sus artículos ceñidos—vencedores del tiempo, porque tienen hoy el mismo valor literario que cuando fueron escritos, hace treinta o cuarenta años — aparecieron en la prensa española enviados desde Londres o Nueva York, Berlín o París. Recopilados, formaron varios libros, entre ellos: «Alemania», «Londres», «Un año en el otro mundo», «La rana viajera», «Etcétera» y «La casa de Lúculo o el arte de comer», que nos muestra otra especialidad de J. C. (N. en 1882)



Son muchos sus libros, varias sus obras de teatro, cuasi infinitas sus colaboraciones periodísticas, abundantes los premios que ganó y larga su vida densa y activa de escritor. Y apenas hay sitio para la referencia telegráfica y antológica: colaboró en casi todos los periódicos madrileños del siglo y es autor de novelas, biografías y teatro, por ejemplo: «Siempreviva», «El plano inclinado», «La rama de muérdago», «El maestro Barbieri y su tiempo», «José Echegaray», «La mano de Alicia», «El amor no existe», «Mi vida es mía»... En 1948 el Ayuntamiento de Madrid le dió el Premio de Libros por «Los teatros de Madrid». Hemos hablado del madrileño Augusto Martínez Olmedilla. (N. en 1880).



He aquí al coplero, como él mismo se llama sin tiquismiquis. Coplero en muchos diarios de Madrid, de 1910—cuando, a los veinte años (1910), estrenó su primera obra, con música de Arturo Escobar—a hoy. En la vida de Francisco Ramos de Castro, humorista y madrileño, hay mucha peripecia: corneta en un batallón de Cazadores, a los dieciséis años; tiros en el Barranco del Lobo, Nador...; herido en el zoco del Jemis de Beni-bu-Ifrur... Hasta que, quien por de pronto era nieto de una prima segunda de la gran Rosalía de Castro, decidió abordar el teatro y el periodismo. Viajó por América: Uruguay, Argentina, Chile, Perú, hasta el Pacífico, y ha estrenado infinidad de obras teatrales.



Bien. Como las notas biográficas de esta sección han sido obra mía, el director de «M. H.»—y se ríe—me obliga hoy a que redacte mi propio curriculum. Nací en Gijón, Asturias, (8 - 12 - 1913). Periodismo activo en 1932: «El Comercio» y «Noticiero Gijonés», hasta 1936. Después de la guerra española, periódicos de provincias. Finales de 1942, a Madrid: llamado por Juan Aparicio como redactor-jefe del grupo de periódicos que él funda y dirige: «El Español», «La Estafeta Literaria» y «Fantasía»; 1947: redactor-jefe de «M. H.». Y aquí seguimos. Varios premios de periodismo, por artículos. Y, en colaboración con N. Zaro y T. Borrás, el Primer Premio Nacional de Guiones de «cine», 1948.

LA PUBLICIDAD *inventa el "SLOGAN"*

LA evolución de la publicidad comercial en España y en los países americanos de habla castellana, estudiada desde principios de siglo hasta nuestros días, da tema para un libro grueso. Por eso, pues, que limitados al espacio de unas cuartillas haremos sobre el tema un recorrido ligero, como de pelícano. Del pelícano, por ejemplo, que a partir del año 1878 hasta el 1946 señaló, en cuatro diseños para todo el mundo. los jalones publicitarios de la fábrica barcelonesa de colores y tintas "Gunter Wágner, Productos Pelikán, S. A." La fácil destilación de nuestra *Parker* nos impone en este trabajo una alusión preferente al manantial de que se nutre. Fueron cuatro mutaciones en la expresión gráfica del pelícano. Hasta 1910 el pelícano conservaba el barroquismo de la escultura museal en que, en 1878, se había inspirado. Desde 1946 el pelícano se estilizó de tal manera, que ya no parece pelícano, sino cisne daliniano. Le pierde el pico, como a Dalí. Pero la sensación de un deslizarse de la tinta azul sobre el papel está lograda.

Hemos empleado ya las dos palabras—los dos conceptos—que se nos brindan como puntos de partida y término para nuestro estudio: barroquismo y estilización. A través de los cincuenta años que cuenta nuestra centuria, la técnica publicitaria señaló, en todos los países, una progresiva tendencia a la simplificación. ¿Se adelantó mucho en el propósito? Henry Wismann, tratadista de gran prestigio en la materia, opina que no gran cosa. Para demostrarlo exhuma el anuncio del coche *Ford* 1903 y lo contrasta con el del *Chevrolet* de nuestros días. Dice del primero: "Es un anuncio perfecto. Ya se conocían el valor de los blancos, el bloque tipográfico claro y la importancia de destacar el producto en un dibujo sobrio".

Pese a tan autorizado parecer, nosotros vemos en el simplismo del anuncio *Ford* 1903, más que un anticipo preconcebido de las ideas publicitarias actuales, el cómodo escuetismo de quien, por no sentir preocupaciones de competencia, tampoco se esfuerza en lograr los efectos de una publicidad lanzada con energía. No olvidemos que el *Ford* era entonces el único coche americano de motor que invadía con sus brincos de saltamontes los caminos terrestres del Orbe. Fué precisamente por los años de 1903 a 1910 cuando la corriente publicitaria, orientada, como dijimos, hacia una mayor sencillez de expresión, quebrantó temporalmente esta norma. Un sorprendente florecimiento industrial y, por ende, propagandístico obligó a los productores—todavía ignorantes del poder de exaltación de una sola frase clave—a apurar en sus reclamos cuantos rasgos pudieran hacer más apetecibles sus artículos entre la avalancha de los rivales. Dígalo si no el propio anuncio *Ford* 1910, de dibujo abigarrado y texto farragoso, en el que el vehículo, ante un *rascacielos* aún no rebelado del todo contra los cánones arquitectónicos, semeja una carroza de corte, sin la majestad de las coronas y los caballos.

Por este mismo tiempo el cartel mural ilustrado (sucesor del anuncio de impresión tipográfica y frecuentemente xilográfica, a la manera de las aleluyas) expandía el imperio de la litografía. La gente—con el buen tino designativo que tiene la gente—llamaba "cromos" a aquellas estampas en juego orgiástico de colorines, desde los publicitarios almanaques de taco—hoy en gran parte reemplazados por los *christmas*—hasta los retratos en orla dorada de los cosecheros de tabaco en Cuba, con que se forraban las cajas de puros; desde las tremebundas portadas de los cuadernos de las novelas por entregas hasta las gayas cartulinas que, entre papeles picados como encajes, surgían de los envases de las uvas pasas de Málaga.

Por MANUEL HERMIDA BALADO

Fueron España y Francia las que intuyeron que esta publicidad efectista, si bien carente de atisbos de verdadero arte, podía servir de arranque a un arte nuevo y auténtico: el arte del cartel. Cuando los pintores consagrados de otras naciones, tal que Italia, se hubiesen indignado si alguien les propusiese poner sus pinceles al servicio de cualquier empresa comercial, en Francia y España casi simultáneamente se empezaba a ennoblecer dicho arte con positivos valores estéticos. Y es que aquí existía entonces un grupo de pintores geniales incorporado a las inquietudes revolucionarias que en París habían creado Corot, Renoir y Cézzanne. Así surgió, firmado por Ramón Casas, el primitivo anuncio de Anís del Mono y, a la vez que éste, otros que rubricaron M. Trillo y Santiago Rusiñol. La célebre "capilla" de Sitges, al tiempo que alzaprimaba los lienzos incomprendidos de *Dominico Greco*, iniciaba una escuela de publicidad pictórica, en la que tres lustros después destacarían Federico Ribas, Bartolozzi, Penagos y Baldrich.

Facilitó a éstos amplio campo de acción, aquende y allende el Atlántico, aquel formidable hombre de negocios que se llamó D. Salvador Echeandía, fundador de Perfumería Gal. Este primate de la industria hispanoamericana supo, además, aunar inspiraciones de pintores y literatos en función publicitaria de alto rango artístico (Emiliano Ramírez Angel dejó en la casa Gal pruebas lozanas de su ingenio). Con tan feliz maridaje, España, sin proponérselo, por instinto publicitario asociado al ejercicio de la literatura, se adelantó a la radio en lo que ahora se llama *slogan* comercial. Frases concisas y precisas, como la de "Fijador Fixol vence al viento", se hicieron populares en nuestro país y en el del Plata antes de que los mástiles de antenas radiofónicas apuntasen al cielo.

Un salto de lo digresivo sobre lo cronológico hizo que escribiéramos prematuramente en este trabajo la palabra *slogan*. Aún no llegamos a la era del *slogan*. Apenas hemos rebasado la primera década del siglo y precisamos fijar nuestra atención en lábaros, carteleras y periódicos, ya españoles, ya hispanoamericanos, que reflejen la tónica de la publicidad en aquellos tiempos. En *Madrid Cómico* se hacían propagandas en versos de chispa más o menos brillante. Desde luego, ninguno de la donosura de los actuales de Pérez Solero. Véanse dos muestras:

—¿Qué te recomendó el doctor? —Licor. —¿Licor te ordenó tan sólo? —Del Polo. —¿Y de qué polo prescribe? —De Orive. Dice que hoy nadie vive—con la dentadura sana—si no usa por la mañana—Licor del Polo de Orive.

—Alma, vida y corazón,—to a tus plantas lo pongo.—¿Qué más quieres? —¡¡Oh, Ramón,—que te laves con Jabón—de los Príncipes del Congo!!

En *El Imparcial* madrileño predominaba la publicidad de fonógrafos, que culminó con aquella feliz estampa del perro que por el megáfono del parlante artefacto escuchaba "la voz de su amo". También la de cinchas para contener las hernias, con la garantía de demostraciones, que unos señores muy científicos, llegados de Londres realizaban periódicamente con los propios pacientes en los establecimientos de ortopedia de la calle de Carretas.

Aposta hemos llegado aquí sin comentar la publicidad en la América española. Y es que, salvo en la Argentina, Méjico y Cuba, países, con Chile en menor grado, en los que a principios de siglo se registraban los balbuceos de unas industrias hoy pujantes, la vida comercial en las jóvenes repúblicas sudamericanas y centroamericanas apenas si se había despojado de su elemental arcaísmo. Esto dice mucho en favor del ímpetu progresivo que en los últimos treinta años adquirieron industrialmente estas naciones, en particular Venezuela, El Salvador, Uruguay y Colombia, donde hoy día los técnicos publicitarios realizan estupendos negocios.

Tenemos a la vista los diarios bonaerenses más importantes de aquel tiempo. La publicidad ilustrada casi no se empleaba. Los "avisos"—esta denominación, típicamente porteña, se conserva hoy para los anuncios—aparecían apelmazados en unas planas que eran como mosaicos tipográficos, en los que la propaganda genuinamente comercial se confundía con edictos, anuncios de ventas y arrendamientos y tarifas de pasajes marítimos. Creemos que fué la revista *Caras y Caretas* la primera que anunció al dictado de una técnica en agraz, que hoy culmina esplendorosa en *Atlántida*, *Para ti*, *El Golfer Argentino* y otras publicaciones.

Un ilustre periodista platense, José R. Lence, nos contó hace años una anécdota referente a esas casualidades que a veces determinan, sin mérito de intención por parte del anunciante, éxitos publicitarios. Colocó un pastelero sobre la puerta de su tienda, en plena Avenida de Mayo, un rótulo con este texto, en mayúsculas: "CONFITERIA LA AMBROSIA". El pareado de confitería y ambrosía, muy mnemotécnico, así como la promesa de dulzuras del segundo vocablo, cayó bien en la gente, y hubo allí durante varias generaciones consumo de tartas hasta el empacho. Lo que el público ignoró siempre fué que el confitero no pretendió sino enaltecer amorosamente en el rótulo el nombre de su esposa, que se llamaba Ambrosia.

Pero nunca del azar podrán obtenerse frutos como los de la acción intencionada. Reparemos en otro industrial—éste español y justamente célebre—, que, cuando el bozo le


1878


1910


1934


1946

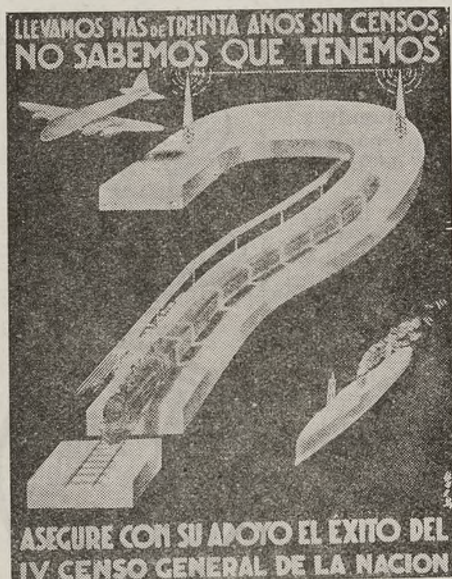
He aquí los cuatro diseños publicitarios que señalan la evolución de una marca española de tinta.



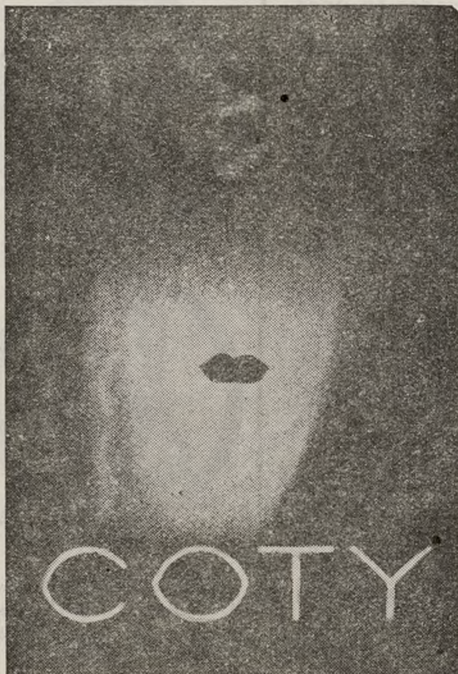
A la izquierda, cartel de «Anís del Mono» — primero de esta marca — que firmó el ilustre pintor Ramón Casas. A la derecha, el anuncio que se hizo más famoso en el mundo, durante los primeros veinticinco años del siglo actual, fué el de «Emulsión Scott's».



Ningún anuncio adquirió tanta celebridad en España durante lo que va de siglo XX, como el de chocolates «Matías López».



Este «affiche» demuestra la perfección alcanzada por la publicidad en la Argentina.



Este es el cartel con que se anuncia en todo el mundo la famosa marca francesa «Coty».

apuntaba, decidió trasladarse a pie desde Sarria (Lugo) a Madrid, cargado con unos elementales pertrechos para la fabricación manual de chocolate. Este bagaje agobiaba a Matías López, pero otros lo henchían de animosa ligereza: el de su maestría en la fabricación, adquirida tras el trato rudo que entonces soportaban los aprendices; el de su instinto comercial, radiante de vuelos imaginativos, y el de una sana ambición de hacerse rico. En su penosa caminata, El Escorial le sedujo, y allí sentó sus reales.

Poco después, conseguida una inmejorable calidad en las primeras producciones, inició en el ramo madrileño de comestibles la hasta entonces inexplotada treta propagandística—hoy subsistente en todos los gremios, pero ya en descrédito por lo reiterada—de acudir a los establecimientos personas asalariadas en demanda del chocolate de Matías López, marca desconocida para el tendero, pero va deseada cuando el viajante pasaba a ofrecerla. Al mismo tiempo, en Pombo, en el café Varela, en el Continental, unos señores, deliberadamente trajeados de manera extraña, palmoteaban muy fuerte a los camareros para pedirles chocolate con voz tan altisonante que llegaba a los clientes inmediatos, previamente atraída su curiosidad por el continente estrafalario del ciudadano: "¡Pero que sea de Matías López!" Quizás alguna bombilla eléctrica de las de filamento de carbón recogiese la habilidad para reproducirla al llegar a su edad de filamento metálico: "Oye... Que sean Philips". *Nihil novun...*

Sobre la base de este sistema de divulgación de la marca, repetido en las más importantes capitales del reino, surgió después el celebérrimo cartel de las tres parejas: la escuálida, antes de tomar el chocolate de Matías López; la obesa, después de tomarlo, y la normal, cuyo equilibrio de grasas se debía a tomar dos veces diarias el chocolate de Matías López. Este cartel, impreso en latón y con las figuras troqueladas, se colgó en todas las tiendas de ultramarinos de la Península, y marca un hito en la historia de nuestra publicidad comercial.

Otro anuncio que entonces hizo época fué el de "Emulsión Scott's". El pescador del Mar del Sol, con el abadejo a cuestas, produjo llantos en los niños de todo el mundo civilizado y náuseas en cuantas jovencitas cloróticas se sometían a la prueba del hemocitómetro, aparato de laboratorio para el recuento globular, que era como una redoma en la que oficiasen, asociados, los espíritus de Pitágoras y Miguel Servet. Scott's, al combatir la anemia, mató la última cabeza aun alentante de la hidra del romanticismo.

Con las maravillas del progreso que sucedieron a la conflagración de 1914 se entró en la era del *slogan*. Esta palabra significa grito de guerra, según el Diccionario oficial de Oxford. Imposible hallar otra más significativa de lo que tendría que ser la publicidad comercial. La superproducción en las industrias produciría una competencia jamás igualada y, como secuela natural, una terrible guerra de reclamos. Pero el grito de guerra no es discurso, ni siquiera arenga. Es frase enardecida, escueta y subyugante, que va como limpia saeta al punto más sensible de las vibraciones humanas. Hay un *slogan* del propio *slogan*: "Una palabra: Una razón. Una razón: Un convencimiento". Quiere decirse que hay que convencer con una palabra esencial y clave. No pudo llegarse a tanto: pero sí al empleo del menor número de palabras. De palabras y de líneas, si en la publicidad interviene ilustrador.

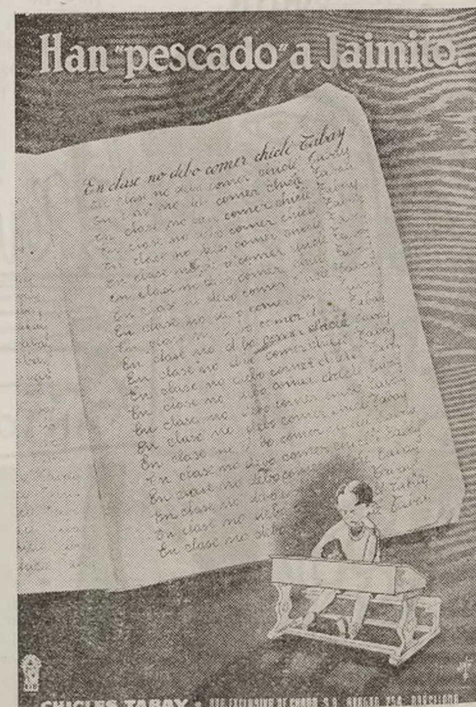
Hoy ha cristalizado la tendencia a la síntesis, que preocupó a todos los técnicos de publicidad, en *slogans* tan sucintos como éstos: "Un perfume de Dana: Un aplauso del mundo" (argentino). "¿Por qué Orión?... Por si las moscas" (español). He aquí el empleo de un simpático dicho popular para señalar la virtud específica de un insecticida. Hay que reconocer que en esto los hispanos hemos evolucionado más acentuadamente que nuestros hermanos de América, donde los textos publicitarios, con excepciones como la del *slogan* perfumístico antes apuntado, siguen siendo relativamente frondosos, aunque literariamente muy cuidados.

Ya dijimos que la radio generó y difundió el *slogan* como ningún otro medio publicitario. Pero como la palabra *slogan* entraña un concepto amplio, éste pasó de grito a expresión que implica variadísimas manifestaciones, desde la pancarta y el *affiche* hasta el escaparate, pasando por todas las modalidades de publicidad oral e impresa. No cabe nada más insustancioso, publicitariamente considerado, que el nombre de un industrial seguido de su especialidad, tal como se imprime en tarjetas y membretes. Sin embargo, la brocha gorda impregnada en chapapote dió carácter de magnífico *slogan* al "Ulloa-Optico" de los peñascos de los brezales de Castilla, leído, quieras que no, por todos los viajeros en tren y en automóvil.

Para terminar, mencionaremos un *slogan* a nuestro juicio perfecto. Es el de "Practique usted la elegancia social del regalo", con que unos almacenes madrileños encabezan sus páginas de publicidad en vísperas de fiestas onomásticas sonadas.







Arriba, anuncio moderno de «Cafiaspirina». En el centro, cartel publicitario de la lámpara «Philips». Abajo, publicidad de chicles «Tabay», dibujo original de J. M. Parramón.

PREMIOS CVLTVRA HISPÁNICA -1951-

La producción literaria de un país y de una época es el reflejo externo más claro y preciso de la realidad vital de este mismo país. Es como si por ella fluyera el pulso mismo de la vida. En algunas de las sesiones celebradas recientemente por el Congreso de Cooperación Intelectual que, convocado por el Instituto de Cultura Hispánica, ha reunido en Madrid a eminentes intelectuales hispanoamericanos, europeos y españoles, se ha revelado claramente en el título de una de sus comunicaciones—«La Literatura que América espera»—el ansia que se siente en los distintos países del orbe hispánico de obras literarias que reflejen el sentir y el estilo de las nuevas generaciones, surgidas entre dos guerras a uno y otro lado del Atlántico.

España experimentó la primera convulsión cruenta entre las fuerzas antagónicas del mundo moderno. Por ello, América espera que todo el cúmulo de vivencias despertadas con motivo de dicha ocasión, se refleje en obras literarias expresivas del espíritu de las generaciones que vivieron aquellos instantes, que pueden considerarse augurales de una nueva concepción en las relaciones entre los pueblos hispánicos, ya que la contienda española por encerrar elementos en los que se insinuaba la problemática de futuras contiendas mundiales, despertó en América un eco de extraordinario interés y polarizó las actividades antes dispersas de los más selectos grupos intelectuales.

Frente a concepciones culturales de tipo global se abre, cada vez con más precisión, camino la idea de una decisión del mundo en zonas culturales, que si por un lado permiten superar los estrechos límites nacionales, por otro evitan la confusión producida por las concesiones internacionalistas que se han revelado incapaces de distinguir y apreciar matices fundamentales de la estructura cultural de los pueblos.

El conjunto de países que constituyen el espacio cultural de la Hispanidad es, sin duda alguna, la agrupación que con más personalidad marca su sello en la historia. Por ello, interesa destacar todo género de obras de creación que ponga de manifiesto la especial manera de ser y de entender la vida del hombre hispano, sea cual fuere el ámbito de su proceso vital.

En consecuencia, el Instituto de Cultura Hispánica al convocar con motivo del Día de la Hispanidad, 12 de octubre de 1950, los premios «Cultura Hispánica» de 1951, dirige un llamamiento a todos los escritores hispanoamericanos, filipinos o españoles que presenten motivos emocionales, principios constitutivos o estilos de vida propios de los países hispánicos, tratados en su proyección actual con entera sinceridad y honradez intelectuales.

PREMIOS PARA NOVELAS

a) Premio de 25.000 pesetas y un accésit de 10.000 pesetas para la mejor novela de ambiente español o hispanoamericano que, a juicio del Jurado, se ajuste a los principios antes dichos.

1.ª Puede aspirar a este premio cualquier novela publicada o inédita cuyo tema encaje en los términos del preámbulo.

2.ª El autor o autores deberán enviar dos ejemplares al Instituto de Cultura Hispánica (Alcalá 95, Madrid) hasta el 30 de junio de 1951, acompañados de una declaración donde conste el título de la obra y el nombre y dirección de los autores.

3.ª El Jurado será nombrado por el Director del Instituto de Cultura Hispánica y atribuirá los premios o los declarará desiertos con absoluta libertad. Su acta será publicada por el Instituto de Cultura Hispánica.

4.ª En el caso de tratarse de una obra inédita, será publicada por el Instituto de Cultura Hispánica. En el caso de estar ya publicada, el Instituto se reserva su derecho de reedición, concediendo a los autores un 10 por 100 del beneficio que se obtenga.

5.ª Si el autor o autores premiados no residieran en España, podrán optar entre recibir el importe del premio o ser invitados a visitar nuestro país durante un mes, corriendo todos los gastos de viaje de cuenta del Instituto de Cultura Hispánica.

PREMIOS PARA ESTUDIOS DE SOCIOLOGIA

b) Premio de 15.000 pesetas y un accésit de 10.000 pesetas para el mejor estudio sobre Sociología Hispanoamericana (monografías sobre indigenismo, clases sociales, situación de las clases medias, etc.).

1.ª Pueden aspirar a este premio el artículo o colección de artículos publicados hasta el 30 de junio de 1951 desde cualquier fecha anterior en la prensa hispanoamericana, filipina o española.

2.ª El autor o autores deberán enviar dos ejemplares al Instituto de Cultura Hispánica hasta el 30 de junio de 1951, acompañados de una declaración donde conste el título de la revista o periódicos donde hubiesen aparecido, la fecha de aparición y el nombre del autor con su domicilio.

3.ª El Jurado será nombrado por el Director del Instituto de Cultura Hispánica y atribuirá los premios o los declarará desiertos con absoluta libertad, reservándose el Instituto el derecho de reproducir los trabajos premiados. El acta del Jurado será publicada por el Instituto de Cultura Hispánica.

PREMIO PARA ESTUDIOS SOBBE EL PENSAMIENTO HISPANOAMERICANO

c) Premio de 25.000 pesetas al mejor estudio valorativo del pensamiento hispanoamericano contemporáneo.

1.ª Pueden aspirar a este premio el artículo o colección de artículos o libro publicado hasta el 30 de junio de 1951 por cualquier editorial, periódico o revista hispanoamericano, filipino o español.

2.ª El autor o autores deberán enviar dos ejemplares al Instituto de Cultura Hispánica hasta el 30 de junio de 1951, acompañados de una declaración donde conste el título de la revista o periódico en su caso.

3.ª El Jurado será nombrado por el Director del Instituto de Cultura Hispánica y atribuirá los premios o los declarará desiertos con absoluta libertad. Si se tratase de libro inédito, el Instituto se reserva el derecho de editarlo y si ya lo estuviese, de reeditarlo concediendo a los autores un 10 por 100 del beneficio.—(ICH)

I BIENAL HISPANOAMERICANA DE ARTE

ESTATUTOS

CAPITULO I

Fines y límites de la Exposición

Artículo 1.º El Instituto de Cultura Hispánica, en cumplimiento de los acuerdos tomados en el Congreso de Cooperación Intelectual y para asociarse con el mayor esplendor posible a los solemnes actos conmemorativos del Centenario de los Reyes Católicos y de Colón, fundadores de América, crea la Exposición Hispanoamericana de Arte para fomentar en Hispanoamérica y España el mutuo conocimiento de las Artes plásticas producidas por los artistas contemporáneos de esta comunidad de países.

Art. 2.º A los artistas de Brasil, Estados Unidos, Filipinas y Portugal se les considera invitados de honor, con los mismos derechos que los demás participantes.

Art. 3.º No pueden participar en esta Exposición aquellos artistas de países no convocados que residan en los países hispanoamericanos, en Brasil, Estados Unidos, Filipinas, Portugal y España. Sólo se acepta la participación de los naturales de los citados países y de los nacionalizados en los mismos.

Art. 4.º Esta Exposición se celebrará en Madrid cada dos años y será convocada para el mes de mayo. Se reserva el año intermedio para la realización de la misma en el país hispanoamericano que se proponga organizarla.

Art. 5.º La Exposición Bienal Hispanoamericana de Arte estará integrada por las manifestaciones de las Bellas Artes que a continuación se expresan, divididas en cuatro secciones: *a*) Arquitectura, incluída la especialidad de Urbanismo—planos, maquetas y fotografías de obras realizadas—; *b*) Escultura en todas sus materias definitivas; *c*) Pintura en todos sus procedimientos; *d*) Dibujo y Grabado.

Art. 6.º En casos excepcionales—en homenaje a la memoria de un gran artista fallecido o dada la oportunidad de revisar la obra de un artista del pasado que ofrezca verdadero interés—podrá ser agregada a la representación de Arte contemporáneo de cualquier país una sección de arte retrospectivo.

CAPITULO II

Constitución de la Junta Organizadora y normas generales para la misma

Art. 7.º La Junta Organizadora de la Exposición Bienal Hispanoamericana de Arte estará constituída por el Director del Instituto de Cultura Hispánica, Director General de Relaciones Culturales, Director General de Bellas Artes, Director del Museo Nacional de Arte Moderno, Presidente del Patronato del Museo Nacional de Arte Moderno, Presidente del Patronato del Museo de Cataluña, Presidente del Patronato del Museo de Bilbao, tres profesores de Historia del Arte, tres críticos de arte, cuatro miembros librement designados por el Director del Instituto de Cultura Hispánica, los Secretarios de la Oficina de Cooperación Intelectual Hispanoamericana y un Interventor administrativo.

Art. 8.º Esta Junta Organizadora constará de los siguientes cargos: un Presidente, dos Vicepresidentes, un Comisario General, un Secretario General, quince Vocales y un Interventor Administrativo.

Art. 9.º El nombramiento de los cargos mencionados de la Junta Organizadora será atribución exclusiva del Director del Instituto de Cultura Hispánica, de acuerdo con las disposiciones de estos Estatutos.

Art. 10. El nombramiento de los Vocales delegados de los países que intervienen en la Exposición es facultad de los Gobiernos de los países respectivos.

Art. 11. Al Director del Instituto de Cultura Hispánica corresponde, como presidente nato de la Junta Organizadora, la iniciativa de determinar las fechas de reunión y el orden del día de las sesiones ordinarias y extraordinarias de la citada Junta, de lo que notificará a los miembros de la misma por conducto del Secretario general.

Art 12. Los acuerdos de la Junta Organizadora se tomarán por mayoría de votos si hubiese discrepancia.

Art. 13. Para efectividad de los acuerdos será necesaria la presencia del Presidente y de cuatro miembros de la Junta.

Art. 14. Los acuerdos serán registrados en un libro de actas por el Secretario general.

Art. 15. La Junta Organizadora se reserva el derecho de acoger las nuevas iniciativas que en beneficio de esta Exposición le sean expuestas, y una vez aceptadas por el pleno de la misma, integrarán las disposiciones de estos Estatutos.

CAPITULO III

Los Jurados de Selección

Art. 16. El Jurado de Selección para las obras españolas estará integrado por los miembros ya citados de la Junta Organizadora, con excepción del Interventor Administrativo.

Art. 17 El Jurado de Selección para las obras españolas utilizará en el ejercicio de sus funciones el procedimiento que estime mas conveniente, bien el de las invitaciones personales o el de la convocatoria general, y, mediante cualquiera de ellos, procurará obtener una representación de los valores más significativos del arte español contemporáneo.

Art. 18. El Jurado de Selección de cada país hispanoamericano y de los países invitados de honor será nombrado por el Gobierno del país respectivo o, en su defecto, por la institución que acoja el patrocinio de este certamen.

Art. 19. Al Jurado de Selección de cada país hispanoamericano y de los invitados de honor se confiere plena autonomía en el ejercicio de sus funciones por lo que también podrá utilizar el procedimiento que considere más oportuno para la selección de las obras, procurando dar en el conjunto seleccionado, antes que una visión exhaustiva del arte nacional, una expresión de calidades sobresalientes.

Art. 20. El delegado del Instituto de Cultura Hispánica en cada país participante será el enlace entre el Jurado de Selección y la Junta Organizadora de la Exposición.

Art. 21. Los Jurados de Selección exigirán a cada artista seleccionado la presentación de tres obras.

Art. 22. En algunos casos excepcionales, los Jurados de Selección estarán facultados para elevar sobre esta cifra reglamentaria de tres obras la representación de algunos artistas.

Art. 23. Los Jurados de Selección proporcionarán a los artistas seleccionados unos boletines de inscripción, que les serán suministrados por la Secretaría General de la Exposición.

Art. 24. Los Jurados de Selección solicitarán a cada artista seleccionado tres fotografías personales y tres de cada una de las obras que presenta.

Art. 25. Los Jurados de Selección remitirán a la Secretaría General de la Exposición, con dos meses de anterioridad a la fecha de inauguración de la misma, las mencionadas fichas de inscripción y fotografías, con una nómina de los artistas seleccionados, autorizada con las firmas de los miembros de cada Jurado de Selección.

Art. 26. La expedición de las obras seleccionadas deberá encontrarse en Madrid con un mes de antelación a la fecha de apertura.

Art. 27. Las expediciones de obras llevarán esta dirección: Exposición Bienal Hispanoamericana de Arte. Madrid. España.

Art. 28. El transporte de las obras hasta Madrid desde los países de origen y el regreso de las obras enviadas a la Exposición, así como el importe de seguros, etc., relacionados con estos envíos, estarán a cargo de los países expedidores de las mismas.

Art. 29. Las obras no vendidas en la Exposición se considerarán *de tránsito* para los efectos de exención de impuestos aduaneros.

Art. 30. Si por razones de espacio no fuera posible exhibir la totalidad de obras enviadas, la Junta Organizadora se reserva el derecho de elegir las que puedan figurar en la Exposición.

CAPITULO IV

Jurado de Calificación

Art. 31. El Jurado de Calificación estará compuesto por la Junta Organizadora, excepto el Interventor Administrativo; por seis delegados de los países hispanoamericanos, designados estos países por orden alfabético, orden que continuará sucesivamente en las Exposiciones venideras, más un delegado por cada uno de los países que participen en este certamen con carácter de invitados de honor, y seis artistas plásticos, que serán designados, una vez cerrado el plazo de admisión de las obras, entre los que no hayan concurrido a la Exposición, para asegurar de este modo, en beneficio de los propios artistas, la más amplia libertad de participación en este certamen.

Art. 32. El Jurado de Calificación iniciará sus reuniones a partir de la fecha de inauguración y deberá emitir el fallo en un plazo no superior a treinta días a contar desde la fecha de apertura.

Art. 33. Los acuerdos del Jurado de Calificación serán tomados por mayoría de votos.

Art. 34. No se podrá delegar en otro miembro del Jurado por ausencia.

Art. 35. En caso de empate, podrá decidir el voto de un miembro del Jurado designado por sorteo entre los presentes.

Art. 36. No se puede dividir ninguno de los premios establecidos.

Art. 37. Si alguno de los premios correspondientes a una de las cuatro secciones queda sin candidato, podrá ser acumulado a otra sección.

Art. 38. Los delegados de los países participantes designados para el Jurado de Calificación serán huéspedes del Instituto de Cultura Hispánica durante su estancia en Madrid.

Art. 39. A los miembros españoles del Jurado de Calificación se les designará una cuota para gastos de representación durante los treinta días que se señalan para la actuación de los mismos.

CAPITULO V

Las recompensas

Art. 40. El Instituto de Cultura Hispánica otorga, para los participantes de esta Exposición, los siguientes premios:

Arquitectura y Urbanismo: Gran premio de 100.000 pesetas.

Escultura: Gran premio de 100.000 pesetas.

Pintura: Gran premio de 100.000 pesetas

Dibujo y Grabado: Gran premio de 50.000 pesetas (Dibujo).

Gran premio de 50.000 pesetas (Grabado).

Art. 41. Cada país participante podrá contribuir a la creación de nuevos premios. Estos premios llevarán los nombres de los países donantes.

Art. 42. El Instituto de Cultura Hispánica crea, además, cuatro premios, de 25.000 pesetas cada uno, para críticas y crónicas informativas sobre esta Exposición publicadas en diarios o revistas de España y América.

Art. 43. Para poder participar en este concurso de críticos e informadores es necesario presentar un mínimo de tres críticas o tres crónicas informativas, que serán dirigidas al Secretario general de la Exposición, calle Marqués del Riscal, 3, Madrid, con el título del diario o revista donde hayan sido publicadas y la fecha de su aparición, dentro del plazo que anticipadamente está señalado.



Por el mar viene la ilusión

Cuando comienza el siglo, en todas as escuelas de Asturias, Santander, Galicia, Vasconia, Cataluña y algunas otras provincias españolas se prepara a los niños para ser "indianos". Se les enseñan las "cuatro reglas" de la Aritmética con una ilusión: la de ir a La Habana, Méjico o Buenos Aires, ciudades que para los niños de estas provincias españolas pertenecen a la fabulosa geografía de Salgari y de Julio Verne.

Bien es cierto que, precisamente en los comienzos del siglo, cuando adquieren incremento y categoría de gran industria las minas de Asturias, las industrias metalúrgicas de Vasconia y las fábricas de tejidos de Barcelona, se incrementa la emigración. Los muchachos españoles de 1900 no quieren meterse bajo tierra ni encerrarse entre las sucias paredes de una fábrica. Y acaso no les falta razón. Mejor que convertirse en proletarios sin esperanza es pasar el "charco". América todavía tiene un margen para la ilusión del oro, para la fábula y la aventura. De las Américas se puede volver rico. No todos tienen suerte, suelen decir los pesimistas. Pero la suerte y la ilusión juegan un papel importante en el incremento de la corriente emigratoria de principios de siglo.

Por el mar viene la ilusión y las letras de cambio para los hogares campesinos de muchas regiones españolas, especialmente las del Norte de la Península. Los chicos sueñan desde que tienen diez años: saben multiplicar y quién fué Colón, con la aventura atlántica de Cuba, Méjico y Buenos Aires.

Se diría que la definitiva separación política de América, consumada en 1898, despertaba un mayor afán de colonización civil y pacífica, de identificación sentimental y económica con las tierras del otro lado del Atlántico. Era como si algo profundamente instintivo impulsase aquella caudalosa corriente emigratoria. La Compañía Trasatlántica ya tiene sus barcos bien acreditados: el *María Cristina*, el *Alfonso XII*, el *León XIII*. Las salidas mensuales de estos barcos de Bilbao, Santander, Gijón y La Coruña, para La Habana y Veracruz, y las de otros para Montevideo y Buenos Aires, eran esperadas por cientos de muchachos en cada puerto. Sobre todo el *María Cristina* tiene caracteres de símbolo. Sus bodegas estaban llenas de canciones folklóricas y lágrimas de nostalgia. Pero también de gritos anhelantes de los que en él iban a realizar un sueño elemental y casi atávico de desembarcar en tierras de América.

En el fondo, todo aquello tenía cierta lógica. La reciente y progresiva organización de las antiguas colonias españolas en países independientes, había determinado un rápido resurgimiento económico, que necesitaba brazos fuertes y cerebros bien equilibrados para su desarrollo. Y los españoles, además de contar en todos aquellos países con una fuerte representación de antepasados, no estaban separados por la barrera infranqueable del idioma, como les ocurría a otras emigraciones europeas. Unos tenían allá familiares directos. Otros tiraba de ellos, además del afán de aventura y de la riqueza fabulosa, una especie de atavismo regional, pues rara era la región de España que no tenía algún hijo enriquecido en las Américas. Nadie piensa en los sacrificios de aquellos primeros emigrantes ni en los que no habían tenido suerte. Se habla sólo de los que vuelven triunfadores y ostentosos, o de los que desde allá mantienen un continuo contacto con los suyos.

Los viajes en los barcos de la Trasatlántica eran relativamente baratos. Bastaba acercarse al puerto de embarque y pagar de cincuenta a sesenta duros para que la Casa Consignataria le entregase a cualquier mozo un "pasaje", es decir, un billete para el *María Cristina* o el *Alfonso XII*, con lo que ya podía embarcar sin más complicaciones. Cuando ya el futuro emigrante tenía el "pasaje" en el bolsillo, los padres compraban al rapaz un trajecito barato, dos mudas de ropa interior, calcetines, zapatos, una gorra de visera y una maleta de cartón. Y con los últimos veinte duros que le restaban al padre, de la hipoteca de la finca o la venta de la vaca, en el bolsillo, embarcaba el mozo para La Habana, Méjico o Buenos Aires. Antes de embarcar, y ya próxima la despedida, el mozo solía hacer una formal promesa: "Padre, yo te mandaré para desempeñar la finca". ¡Y casi siempre se cumplía!

Después venían los primeros días a bordo. Los terribles mareos, el encierro en las bodegas los días de temporal, los "¡ay madre del alma!" Y también algunos ratos de gaita, "chistu" y acordeón. Los quince o veinte días de travesía eran un mal trago. La aventura americana tenía como prólogo aquellas terribles náuseas sobre el Atlántico. Todo resultaba extraño: los olores, los camarotes abarrotados, las comidas a base de un rancho cuartelero, tan distinto de las comidas a que los tenían acostumbrados sus madres.

Pero aquel era un aprendizaje extraordinario. Después del paso del "charco" la entrada en una tienda, en una "bodega" de La Habana, en una "abarrotería" de Méjico, en un telar de Puebla, en un "ingenio" de azúcar, en una plantación de tabaco o en una ganadería de la Pampa, todo parecía una compensación.

Las leyes de la emigración en los distintos países americanos tenían ya sus exigencias. Pero cada emigrante tenía un pariente o un vecino que previamente lo había inscrito en alguno de los Centros regionales que ya empiezan a sostener grandes sanatorios y a convertirse en una segunda patria para los emigrados. El simple recibo de pertenecer a cualquiera de esas "Quintas" que se han hecho famosas, como "La Benéfica" y "La Covadonga" en La Habana, el "Centro Gallego" de Buenos Aires o la que existe en México, bastaba para levantar la "cuarentena" impuesta a un emigrante.

Seguidamente el "gayeguito", nombre que se le da al emigrante, sea de la provincia española que sea, comienza a trabajar. Esta era quizá la peor etapa de su aventura. Al principio todo se le pone en contra: el clima, el ambiente, las costumbres exóticas para el trabajo excesivo. El emigrante llora lágrimas de nostalgia y pasa días de desesperación.

Pero acaso la principal característica del español ha sido siempre su extraordinaria capacidad de adaptación. Pronto se adapta al país, se "aplatana", como dicen allá, y comienza a tomarle el gusto a la nueva tierra. Trabaja mucho, pero no tarda en reunir los primeros pesos, que gira para "pagar el pasaje", es decir, para que su padre levante la hipoteca de la finca.

Y una vez ganados los primeros pesos, el paso está dado. A la casita aldeana se le agrega un pisito con paredes blancas y una galería con cristales. Ya están allá cuatro hermanos, y el mayor ha puesto una tienda por su cuenta. El padre de los emigrantes va de cuando en cuando al Banco, para cobrar unas letras de cambio. El, mas todos los vecinos y conocidos, bendicen aquella tierra que les libró de la miseria. Desde acá no se ven los sinsabores de los emigrantes ni sus lágrimas de nostalgia. Desde acá, La Habana, Méjico, Buenos Aires siguen siendo mundos fabulosos, donde basta "tener suerte" para hacerse rico.

Pasan los años y entonces llegan los "indianos", que construyen escuelas, caminos, fuentes, iglesias y hospitales. Pagan romerías y andan en coches y automóviles por los caminos estrechos de las aldeas.

Sobre el gran número de "indianos" afortunados destacan en estos cincuenta años nombres de algunos, verdaderos genios de la actividad y la economía, cuyo prestigio comercial y fortuna puede equipararse a las de los grandes magnates de Norteamérica. Algunos de estos emigrantes, que salieron de una aldea española y pasaron el Atlántico en las bodegas del *León XII* o el *María Cristina*, también llegaron a ser "reyes" de esos reinos sin geografía política, pero con una efectiva geografía económica. "Dominios" propios en la Argentina, Cuba, Méjico y otros países americanos, que ellos espiritualmente tienen anexionados a su Patria, cuyas glorias proclaman siempre. Entre estos nombres tienen personalidad y resonancia universal Pepe Menéndez, el avilesino llamado el "rey" de las lanas de la Patagonia, y famoso también por haber levantado sobre el remate austral del continente americano aquella estatua en cuyo pedestal se lee: "A Magallanes, Pepe Menéndez". Y suena el apellido de Patiño, tan importante en la América del Sur como pueda serlo Morgan en la del Norte. Y José López Rodríguez, el popular "Pote", que con su librería y editorial "La Moderna Poesía", en La Habana", llegó a ser una verdadera potencia comercial. Solís y Entralgo, creadores de una moderna forma de comercio. Alvarez Rionda, que en un momento fué el "rey" del azúcar cubano. Y el asturiano Antero González, dueño de grandes fábricas de tabaco, propietario de la marca "Partagás". Y son los Noriega, los Díaz Rubín y los Manuel Suárez, en Méjico. Y otros muchos repartidos por todo el continente. Enormes fortunas amasadas con sudor y actividad, que suponen verdaderas provincias económicas y espirituales que sigue teniendo España en América, porque el emigrante español, por más océanos y más tierras que le separen de su Patria nativa, sigue estando él, y todo cuanto tiene, unido a su aldea por un invisible pero real y emotivo cordón umbilical. "Pepe Francisca", aquel "indiano" personaje del cuento "Boroña", de Clarín, además de un personaje es un símbolo de la emigración española de fin de siglo. Es el prototipo de ese emigrante aldeano, superenriquecido en América, que cuando el mundo le arranca todas las ilusiones sigue viviendo de su nostalgia y conserva una: la de morir en el regazo de la tierra nativa, con los ojos llenos del dulce paisaje de la infancia.

En estos últimos años, la guerra civil, que ha modificado tantas cosas en España, ha cambiado también el signo y hasta la psicología del emigrante español. Un extraordinario incremento de la industria y la minería ha absorbido gran parte de los brazos sobrantes que hace veinte o treinta años marchaban hacia América. La emigración continúa, pero ya no es en masa ni de jóvenes sin preparación. Quedan aún muchos españoles jóvenes con los ojos puestos en las amplias posibilidades que ofrecen los países americanos en pleno resurgimiento. Y la tradición del paso del Atlántico en busca de fortuna, que se inicia ciara con los primeros conquistadores, continúa. Pero los que hoy emigran ya no son, en su mayor parte, campesinos sin preparación, sino muchachos y hombres preparados intelectual y técnicamente, que tienen especial acogida en el ambiente progresivo de los medios americanos. Hoy es frecuente aún ver cómo jóvenes españoles toman el barco en La Coruña, o Vigo, o el avión en Barajas, para trasladarse a las Américas; pero llevan en la cartera un título conseguido en una Escuela especial española, que les permite ocupar puestos de responsabilidad técnica o directiva, tanto en la industria como en el comercio del Nuevo Mundo.—J. A. C.



De "LA COMIDA DE LAS FIERAS" A DOÑA INÉS ENJAULADA

POR AUGUSTO MARTINEZ OLMEDILLA

ALBOREABA el siglo que padecemos, cuando España entera se conmovió ante un acontecimiento de índole teatral. D. José Echegaray, autor insigne que venía sosteniendo la atención del público hacia la escena durante treinta años, obtuvo el Premio Nobel; esto sirvió de ocasión a un homenaje magnífico, al que se sumaron todos los españoles, empezando por D. Alfonso XIII, que impuso al dramaturgo las insignias del galardón obtenido, en sesión memorable celebrada en el Senado. Con este broche de oro se cerró la obra teatral de Echegaray, que no quiso exponerse a perder en nuevas actuaciones sus bien ganados laureles. Tras él se fueron los que seguían su «manera»: Eugenio Sellés, Leopoldo Cano, Valentín Gómez, y el mismo Joaquín Dicenta, que desde el éxito apoteósico de *Juan José* no hizo nada equiparable. Ya había desaparecido el plantel de intérpretes briosos, adecuados a aquel Teatro postromántico: Rafael y Ricardo Calvo, Antonio Vico... Quedaba en plena pujanza la gran María Guerrero, que acaparó, desde *Mariana*, la última etapa de Echegaray, ya en decadencia.

Empujaban al gran dramaturgo los «nuevos moldes», manejados por Jacinto Benavente y los hermanos Alvarez Quintero, que no iban contra él, sino contra su procedimiento, ya anticuado: en vez de truculencias, suavidad; diálogo fino y chispeante en sustitución de las situaciones violentas. Los Quintero se defendían a fuerza de ingenio, y ayudados por la música en sus primeros intentos; pero el público de alta comedia, mostrábase desconcertado ante las obras de Benavente: éxitos clamorosos en el estreno, y después, el teatro vacío. Tuvo entonces D. Jacinto una frase de las suyas: «Yo no hago comedias para el público; quiero hacer un público para mis comedias». Y en verdad que lo consiguió plenamente. Más que un prestigio español, es una gloria mundial; rebasó los ámbitos de la patria para incorporarse al grupo de los elegidos entre los mejores. Con sus ochenta y cuatro años cumplidos, sigue estrenando comedias que tienen frescor juvenil, sin que se advierta en él ni sombra de desmayo. Hubo un momento en que se quiso establecer pugilato entre él y los Quintero, por este afán tan español de crear banderías en todos los órdenes. Pronto se vió que el parangón no era posible. Benavente volaba mucho más alto que los famosos autores andaluces, cuya labor no queda empequeñecida por eso. *Los Galeotes*, *Las flores*, *El patio*, son obras meritísimas; pero no tienen la hondura de *La noche del sábado*, *Lo cursi*, *El hijo de Polichineta* y tantas más del copioso catálogo benaventino.

Manuel Linares Rivas alternó con ellos dignamente. Hubiera sido político, como su padre, D. Aureliano; una sordera pertinaz le alejó de aquel ambiente, empujándole al Teatro, donde obtuvo éxitos muy lisonjeros: *Cobardías*, *La mala ley*, *La fuerza del mal*, etc.

Benito Pérez Galdós, glorioso movelista, cuya ciclópea producción supera en cantidad y calidad a la de Balzac y Dickens, quiso probar fortuna en el teatro y logró triunfos considerables, aunque inferiores a los de su labor libresca: *La loca de la casa*, *La de San Quintín*, *Realidad*, *El abuelo*. Su mayor éxito, *Electra*, fué puramente circunstancial, y deleznable por la índole tendenciosa de la obra.

Gregorio Martínez Sierra destacó su personalidad con *Canción de cuna*, *Primavera en otoño*, *Amanecer*, *El reino de Dios*, etc. La delicadeza de su producción revelaba un temperamento de fina sensibilidad, casi femenina. Por fin se supo que detrás de él estaba su esposa, María Lejarraga, verdadera autora de las obras que firmaba el marido. Separados por razones que no son del caso, Martínez Sierra dejó de producir. Ahora se anuncia una comedia de María Lejarraga, que necesita acreditar su firma, al no poder utilizar la que antes usó, por muerte de Gregorio.

El Teatro poético adquiere bríos con Eduardo Marquina, Francisco Villaespesa y Fernández Ardavín, cuyos versos, en labios de María Guerrero, lograron grandes triunfos ante los públicos de América latina.

Pero Muñoz Seca, hombre de teatro prodigioso, que supo abordar todos los géneros, triunfó con preferencia en obras cómicas, como *La venganza de Don Mendo*, graciocísima parodia de los dramas románticos. Murió asesinado por los rojos en 1937.

Carlos Arniches, que empezó estrenando juguetes cómico-líricos sin pretensiones, supo remontarse por su habilidad teatral. Su obra se resiente de chabacana: *Es mi hombre*, *El santo de la Isidra*, etc. Colaboró mucho con el ingenioso Enrique García Alvarez, y también con Antonio Paso, que sigue produciendo con fortuna. Felipe Sassone, con *¡Calla, corazón!*, y Francisco Serrano Anguita, con *Manos de plata*, tienen su bien ganada ejecutoria.

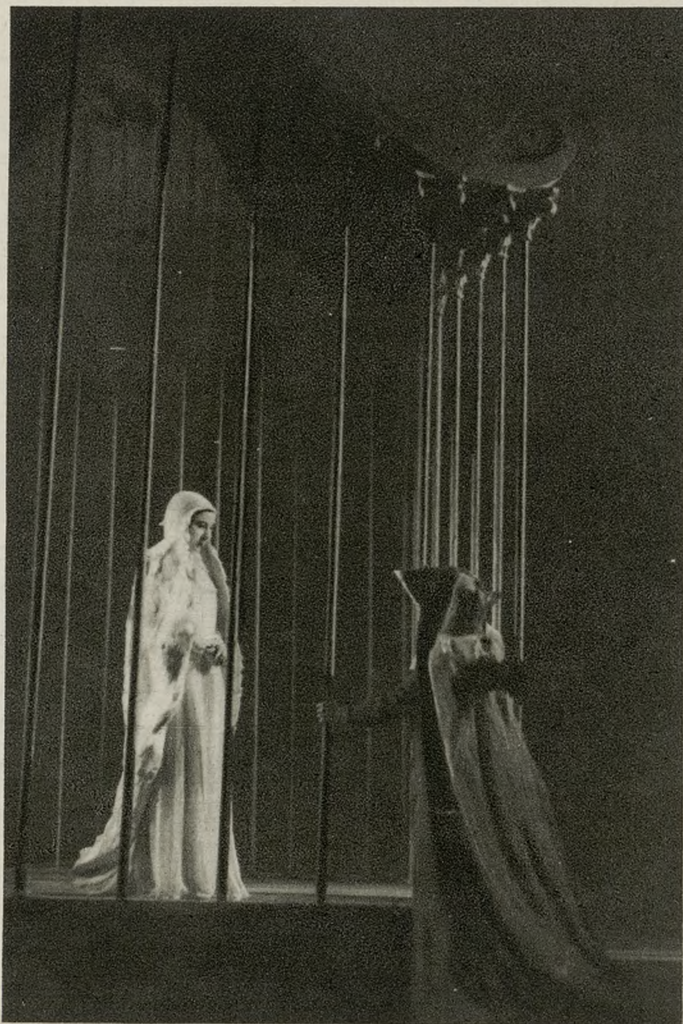
A la última hornada pertenece José María Pemán, que disfruta de brillantísima hoja de servicios en el mundo de Talía. Ya ventajosamente conocido como poeta lírico, cuentista y orador, al estrenar su primera obra escénica, *El divino impaciente*, asombró a todos por su rotundo conocimiento de los resortes teatrales. Después ha producido mucho, sin decaer, que ya es mérito, habida cuenta de las virtudes de aquella producción señera.

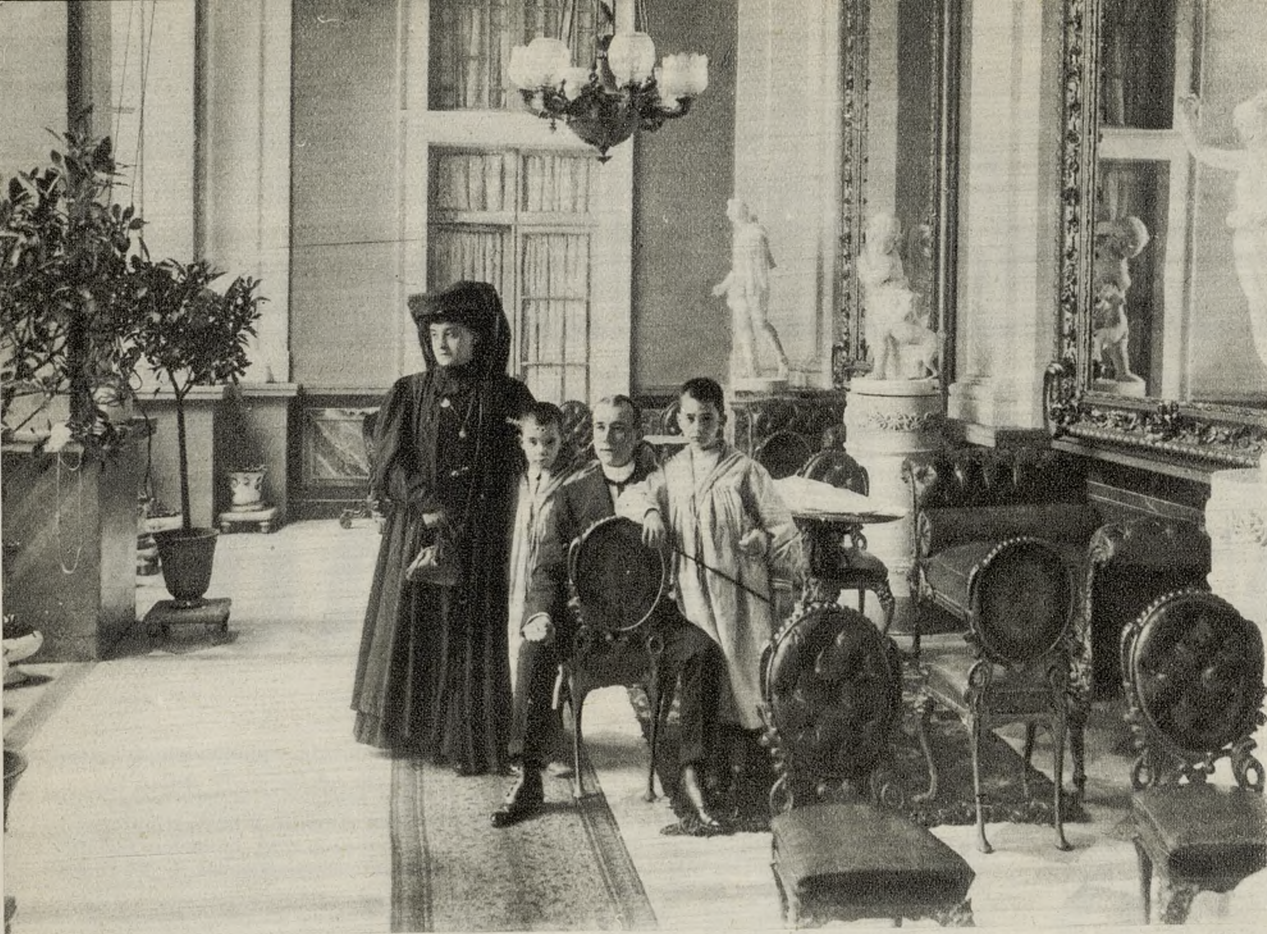
Juan Ignacio Luca de Tena, que alterna su producción teatral con actividades periodís-

«La comida de las fieras», era algo antes de 1900. Con el novel autor, revelado con «El nido ajeno», don Jacinto Benavente, dos actores eminentes: Carmen Cobeña y Emilio Thuiller. Benavente, autor de teatro, llegará a Premio Nobel. Antes, en 1905, ganará el Premio Nobel otro autor teatral español, don José de Echegaray, a quien Alfonso XIII le impondrá personalmente una condecoración, en solemne sesión celebrada en el Senado. Don José Echegaray era, además, político y eminente matemático.



«Doña Inés», blanca paloma, enjaulada por Salvador Dalí en 1950. La «foto» corresponde a la representación del drama de Zorrilla «Don Juan Tenorio», en el Teatro María Guerrero, de Madrid, en noviembre de este año, con decorados, vestuario y ambientación originales de Dalí.





Dos actores llenan parte de este medio siglo teatral: Doña María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza con sus hijos. La «foto», hecha en México en 1900. Aquellos días escribió Amado Nervo: «Incrustar con suave y serena mano de reina en nuestros cerebros la convicción de la vieja grandeza de España... magna tarea es, señora, y por ello merecéis mucho de los vuestros y de los extraños».



No debe decirse que fué la gran rival. Digase que Rosario Pino, magnífica de estilo, de belleza, de atuendo y de ambiente en esta fotografía, fué siempre, en efecto, una actriz española magnífica, excepcional.

ticas y diplomáticas, ha logrado colocarse en primera línea con una labor no muy numerosa, pero selecta, de la que forman parte *Las canas de Don Juan*, *La última escena*, *Dos mujeres a las 9*, etc. Joaquín Calvo Sotelo, con *Plaza de Oriente* y *La visita que no llamó al timbre*, consiguió merecidos plácemes de público y crítica. Víctor Ruiz Iriarte desconcierta al espectador con un teatro en el que suelen quedar desplazadas la acción y el interés. Ejemplo: *El landó de seis caballos*. Enrique Jardiel Poncela tiene personalidad como autor cómico; pero su labor peca de monótona. La comicidad de Adolfo Torrado es más espontánea, aunque menos personal.

El Ayuntamiento de Madrid ha reanudado el Premio Lope de Vega, al cual debe su renombre el novel Antonio Bueno Vallejo, autor de la *Historia de una escalera*, que se hizo centenaria en el Teatro Español; sin negarle sus méritos, es una obra negra, amarga, pesimista, que rezuma influencia rusa—Gorki, Dostoyewski—y deprime el ánimo del espectador. Afortunadamente, la vida no es así, y no hay por qué pintarla con tan negros colores.

De la pléyade de artistas intérpretes de tan vasta producción, mencionemos a los desaparecidos más ilustres dentro del siglo XX: la gran María Guerrero, que pisó las tablas hasta pocas horas antes de morir; Rosario Pino, fina actriz de comedia; Loreto Prado, cuyos grandes méritos se circunscriben a un género popularchero; Emilio Thuillier, gran actor y perfecto caballero; Fernando Díaz de Mendoza, excelente director de escena...

Entre los que existen, descuellan Mercedes Prendes, Elvira Noriega, Aurora Bautista; Enrique Borrás, cuya vejez gloriosa no le aparta de la escena; Guillermo Marín, continuador de la brillante escuela declamatoria de su suegro Ricardo Calvo.

Surgen en la primera mitad del siglo varios teatros: Fontalba, Infanta Isabel, Infanta Beatriz, Progreso, Gran Vía, Lope de Vega, Chueca, Pavón... y desaparecen otros, entre los que merece recordarse con preferencia Apolo. Era una bellísima sala de espectáculos que no debió sucumbir a impulsos de la piqueta demoledora, porque su historial glorioso merecía respeto perdurable. Fué llamado «Catedral del género chico», porque en su escena se estrenaron las obras cumbres de aquella modalidad tan interesante, tan española, en la que brillan músicos de la talla de Chapí, Caballero, Giménez, Nieto, Vives, José Serrano, Quinito Valverde, Guerrero, Pablo Luna y otros. (Paco Alonso y Federico Moreno Torroba casi no estrenaron en Apolo, pero su nombre no debe excluirse de este resumen cinematográfico.)

El Teatro Apolo estaba alejado del centro en la época de su inauguración, y tardó trece años en acreditarse, lográndolo gracias a Federico Chueca, que acababa de estrenar *La Gran Vía* con éxito de apoteosis en el Teatro Felipe, y pasó con todos los honores al desacreditado coliseo de la calle de Alcalá. El público lo llenó para oír la música garbosa de Chueca, que refrendó su triunfo con *Cádiz*, otro exitazo que llenó Apolo infinidad de noches. Chueca debió ser, por tanto, una institución en aquel teatro, que le debía la prosperidad. Años más tarde, entra un día Vicente Carrión, representante de la Empresa, al despacho del Director, anunciando la visita del músico madrileño, portador de nueva partitura. El empresario, Enrique Arregui, se lleva las manos a la cabeza:

—¡No quiero ver a ese hombre! ¡Está chocheando! ¡Traerá algún latazo! ¡Que se vaya!

Carrión suaviza en lo posible la repulsa; pero Chueca comprende, y con la consiguiente amargura lleva la obra al Teatro Lara, donde obtuvo éxito excelente, aunque menos eficaz que el que hubiera logrado en Apolo. Tratábase de *Las mocitas del barrio*, cuya lindísima partitura fué la última que estrenó el famoso compositor madrileño.

Apolo tuvo famoso saloncillo, al que concurrían los ingenios de la época: Ricardo de la Vega, López Silva, Arniches, Javier de Burgos, los Quintero, Sinesio Delgado, fundador de la Sociedad de Autores, con el maestro Chapí.

El género chico era una escuela de Teatro en todos sus aspectos, donde se cultivaba desde el juguete cómico al drama, pasando por el sainete y la comedia lírica. Por eso, en él se formaron, y de Apolo salieron varias magníficas actrices: las hermanas Irene y Leocadia Alba, formidables características; María Palou y Lola Membrives, que aún sostienen el pabellón de sus triunfos sobre la escena.

Las tiples de Apolo electrizaban al público, aunque hoy, al contemplar su efigie en las viejas revistas ilustradas nos parecen elefantíacas: Luisa Campos en *El monaguillo*; Joaquina Pino, hermosa creadora de *La Czarina*; Isabel Brú, insuperable *Revoltosa*; Rosario Soler, de lo más castizo que ha pisado las tablas; Rosario Leonís; Elena Salvador, bellísima mujer, que no resignándose con la vejez, vive sus últimos años encerrada y a oscuras, sin ver a nadie ni dejarse ver, como hizo la Condesa Castiglione, otra belleza célebre.

De intento queda como epílogo el Teatro Real, de cuya solemne inauguración se cumple el primer centenario el 19 de noviembre de este año 1950. El hermoso coliseo, uno de los más prestigiosos del mundo, sigue cerrado desde 1925, y, lo que es peor, desmantelado, sin esperanzas de próxima reanudación de unas obras largas, costosísimas, que habrían de prolongarse indefinidamente... En él actuaron los mejores artistas líricos, que tenían al público madrileño por su pericia, y estimaban su aplauso como el de máxima consagración: Tambeslick, gran entusiasta de España; Adelina Patti, madrileña por casualidad; Julián Gayarre, que no tuvo rival en el mundo, y murió de pena por haber rozado una nota. En lo que va de siglo, el Teatro Real se engalanó para oír a las españolas Matilde de Lerma, Paretto y Barrientos; Miguel Fleta, que obtuvo aquí sus mayores triunfos; Rosina Sotrchio, insuperable en *Manón* y *Buterfly*; María Kousnezoff, hermosa rusa que trajo a Madrid, como un trofeo, José Lassalle, cuando vino a dirigir *Passifal*; Titta Ruffo, que entusiasmaba en *Hamlet* y *Rigoletto*; Anselmi, tan enamorado de Madrid, que nos legó su corazón, cuidadosamente conservado en el Museo del Teatro.

Los bailes rusos dieron una brillante nota de color en la escena del regio coliseo, dirigidos por Sergio Diaghilew, y con artistas como la Lopukowa, la Tchernicheva, y el prodigioso Nijinski, con su famoso triple salto, que le permitía elevarse en el aire como si por dos veces cobrase impulso apoyándose en un punto ilusorio.

Las noches del Real en el famoso turno 2.º eran algo maravilloso que no será posible volver a admirar. El espectáculo, con ser interesante, quedaba anulado por el aspecto de la sala, donde congregábase la espuma de aquel Madrid majestuoso, tan señor, eclipsado y oscurecido por este de ahora.

En 1925 se dijo que el Teatro Real amenazaba ruina, tal vez sin motivo. Sobrevino el inevitable cerrojazo. Y Madrid, que siempre fué la población mejor abastecida de lirismo, se quedó sin ópera. Las pocas que oímos, esporádicamente y a precios elevadísimos, son como parodias deleznables, inferiores a las que cantaban en los Jardines del Buen Retiro por una módica peseta. ¡Tiempos aquéllos! Ya no volverán...



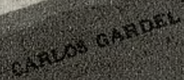
Don Eduardo Marquina, el gran autor dramático en verso —otro de los hombres que gozaron de más nombradía teatral en el medio siglo—, gustaba, como Benavente, de intervenir en sus obras en días señalados. Aquí aparece interpretando un papel de «El monje blanco», una de sus obras de mayor éxito.



Horas de saloncillos. Aquí, se ve el del Teatro Lara, de Madrid. Y en él, doña María Guerrero de tertulia con el principal de sus autores, don Jacinto Benavente.

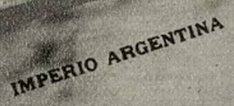


En la aludida representación del «Don Juan Tenorio» daliniano, el famoso pintor español no se limitó a enjaular a «Doña Inés». Su iconoclasta llega a situar la famosa escena del sofá en una góndola, con un ancho Guadalquivir de fondo.



CARLOS GARDEL





IMPERIO ARGENTINA



EL CINE fué siempre sonoro

POR M. SUAREZ-CASO

HABRÁ que hacerle caso a Flammarion y colocar a 1900 como año postrero del siglo XIX. Pero la redondez del mundo y ese 9 que brota y se estrena, límpido, fresco y seguido de ceros en vez del 8 canijo y gastado, nos obligan a colocarlo como apertura del XX, siquiera literariamente. Si el admirado Peter Blooking aseguraba que ciertos años del Renacimiento —correspondientes, creo, a la vida prodigiosa de Leone Battista Alberti: de 1428, en que llega a Florencia, a 1472 — pertenecían al siglo XIX, más fácilmente podrá uno escamotear al XIX ese 1900, aunque sólo sea por aliviarle en parte de la adición blookingniana. 1900 —y no 1901— es una fecha clave, de acabamiento y arranque, de R. I. P. y vuelta a empezar. Según las películas posteriores, el día inicial de este año, en la noche de Nochevieja, fué acogido con serpentinas y música, confetti y whisky, meridianos de San Francisco —con el rastro del oro—, Boston y su puritanismo, París a la luna colgada de la imberbe Torre Eiffel... En 1900 fallecieron Nietzsche y Leibl, Ruskin, Oscar Wilde y Eça de Queiroz... Pero en la otra página de esta contabilidad por partida doble, Puccini estrena su «Tosca»; Husserl da «Las investigaciones lógicas»; Harnatk, «Esencias de los pueblos»; aparece, al parecer, el «Estilo joven en la Arquitectura» — se montaba un siglo ; Rilke publica «Historias del buen Dios»; la anestesia es introducida por vez primera por la médula espinal; se inventa la «browning» —Al Capone espera en una esquina del siglo ; hace su primer viaje el «Zeppelin» —¿lo reprodujo también Méliès?—, y Planck descubre el primer átomo de energía... Dejamos para final de la retahila unos títulos de dos obras que aparecen también en 1900: «El siglo del niño», de Key, y «Cuando nosotros los muertos despertamos», de Ibsen.

La noche del 31 de diciembre al 1 de enero de 1900 fué una noche filoapocalíptica para las gentes. Se hablaba de San Malaquías y del fin del mundo, cuando ni siquiera era la noche final de un siglo. Las gentes —las pobres gentes felices— se emborracharon con vino o cerveza en Madrid y en Buenos Aires. En París y en Méjico. En los meridianos de San Francisco —un Clark Gable de smoking en cada garito—, Boston y Londres... Se bebió como en ninguna Nochevieja y la procesión andaba por dentro acoquinando a los mortales.

"¡PASEN, SEÑORES, PASEN!" O EL "CINE" EN LAS FERIAS

La sorpresa del medio siglo bullía entonces por las barracas de las ferias. Cuatro tableros por paredes y un techo de tela blanca... Entre la caseta del gigante y el enano, con las hermanas siamesas que no eran siamesas —ni gemelas, ni hermanas—, y la del toro que mató a Granero, que aún no sería Granero. Polvo y griterío. Y el «¡Pasen, señores, pasen!»... El domador aquél de los bigotes, que luego heredó Dalí, uniformado como un comandante del Zar, miraba con inquina al señor que vociferaba, desde la puerta del casetón frontero, anunciando el cinematógrafo.

Dentro estaba, sin duda, la sorpresa, la novedad... Un tren que se echaba sobre los espectadores —y los espectadores caían de espaldas, medrosos, en los bancos sin respaldo—, el rey que llegaba a Francia o el cuento de la Cenicienta en imágenes nerviosas y fugitivas... Uno de los inventores, Lumière, había dicho que, tan pronto como pasase la novedad, el cinematógrafo no serviría para nada. Pero en 1900 el cinematógrafo ya interesaba a la gente. En 1901, más; en 1905, más... En 1950 —porque el hombre aspira a evadirse, si no de su «yo», de sus circunstancias—, es el gran sanatorio de las multitudes: la cura por la evasión.

En esta mitad primera del siglo XX no hay otro artefacto que percuta más honda y extensamente sobre las multitudes que el cinematógrafo. Ni el automóvil, ni el avión, ni la medicina —de Bier, el de la anestesia citada, a Fleming, pasando por Cajal y Alexis Carrel—, ni la química... No decimos blasfemia alguna. Y no es sólo que el «cine» percuta sobre estas masas: las define, además. Por encima de la literatura, las artes o la política, establece entre las gentes una corriente universal. Familiariza a personas distantes y distintas al través de un método narrativo que a su vez se hace familiar e insustituíble. Define, contornea, unifica en un patrón quizá a veces estimable, a veces peligroso, o, si no peligroso, memo. La Quinta Avenida —¿para qué decir de dónde?— es ya familiar a todos los públicos del mundo. O el Sena y el París de Europa, tú, René Clair, poeta de la nostalgia. O la psicología y el campo mexicanos, buen indio Fernández. Y para decir que sí, la chica de Buenos Aires dice «uumm...» con la boca cerrada, porque lo vió en el «cine».

Estos cincuenta años no son el medio siglo de la aviación ni el medio siglo del automóvil ni el medio siglo de cualquier otro invento que no sea el «cine». Quizá por aquello de que la vida de los humanos, en sus circunstancias espirituales y hasta físicas, se transforma más por el hallazgo de una idea que por la invención de cien artefactos mecánicos. Y el «cine» percutió sobre el cerebro de los hombres, en unos casos, y sobre los corazones de las mecanógrafas...

LA EMOCION ENTRA POR LOS OJOS

Cuando el siglo arrancó, las sesiones del cinematógrafo se animaban con cintas generalmente de Lumière, Méliès, Gaumont y Pathé, un inventor y tres pioneros, imitándose unos a otros en la competencia. En un principio, las películas tenían un serio tono documental (obreros saliendo de sus fábricas, trenes llegando a las estaciones, etc.), pero pronto la fantasía fué descubriendo el recurso de los trucos al tiempo que la peripecia, esquemática, hilaba las imágenes. Eran cintas para nuestros ingenuos abuelos y nuestros padres, aun mozos. Mamá estrenaba el primer polisón y papá llevaba hongo y bastón. Las películas eran breves: de 20 metros cada una —hasta el «Viaje a la luna», de 300—, y los programas comprendían seis o siete películas por sesión.







MAX LINDER

C. CHAPLIN

«CHIQUILIN»

GRETA GARBO

Copiamos de la estupenda «Historia del cine», de Carlos Fernández Cuenca, uno de los breves argumentos: el de «El pescador en el torrente». Es así: *Un caballero pesca sentado en una roca. Un grupo de alegres bañistas le tira bruscamente al agua y le empuja hacia el torrente. Susto, desesperación, lucha viva y animada.* **A la ingenuidad de los hombres de entonces bastaba. Papá reía. Mamá reía y se sofocaba de risa. Pero, a poco de iniciarse el siglo, el «cine» va encontrando su sitio: las películas ganan en metraje, en argumento, en técnica... Los pioneros van descubriendo las posibilidades de la cámara tomavistas y de los trucos, aunque las películas sigan con su sencillez y su sana pedantería, su énfasis y su ingenuidad. El «cine» el «cine» comercial está en marcha. Lumière ha fracasado en sus predicciones. Después, fracasarán los vaticinios de serios caballeros trascendentales que creen que el cinematógrafo es sólo curiosidad pasajera o distracción boba. En la pantalla aparecen la primera «Juana de Arco», el primer «Hamlet» y hasta el primer «Fausto», tres cintas V. Fleming e Ingrid Berman, Lawrence Olivier, René Clair para el «cine» de cincuenta años después.**

NUEVO HUMOR, NUEVA LINEA, NUEVA EPOCA

He aquí a nuestros primeros héroes infantiles. He aquí al Conde Hugo. Y a Polo, Eddie Polo. Y a Perla Blanca, por cuya salvación, siempre «in extremis», trepidábamos las gentes menudas. Y a Maciste, el de la fuerza asombrosa... Pero Lucille era arriesgada e ingenua... Y «La moneda rota» era emocionantísima y nosotros éramos ya catecúmenos de un arte que para algunos sigue siendo linterna mágica. Papá y mamá, y sobre todo el abuelo, hablaban de que en el teatro podía uno reírse. Pero es que ellos no conocían a Charlot, ni a Max Linder, ni a Sandalio y Tomasín. Charlot era muy bueno pero muy bobo, muy parado, y casi nos hacía llorar de pena, sobre todo cuando le pasaban aquellas cosas con «Chiquilín». Todas las tartas caían sobre él, aunque a veces ¡tenía unas salidas!... Max Linder era también estupendo, y aun me acuerdo de la traviesa mona que tenía su novia... Un día leímos y lo comentamos los de la canalla que se había abierto las venas. Pero ya no éramos tan niños, porque debíamos de andar por el segundo de Bachillerato. Estábamos también solidarizados con la «pandilla», y el Chico de las Pecas era un héroe, desde luego.

. . . .

Para nosotros no había más que películas emocionantes con nuestros héroes: una vista (un fotograma) de Polo valía por tres distintas de Ricardito Talmadge, tan buen saltarín y películas cómicas. Pero las otras gentes ya tenían las películas de amor con beso, y el viejo verde, las alegres bañistas de Mack Sennett. Las fajadas señoras de entonces consideraban intolerable la flaccidez de las bañistas cinematográficas, pero los caballeros empezaron a darse cuenta de que la línea femenina tendría, a partir de entonces, una nueva estética. Creemos que aquí reside otra de las muestras de la influencia del «cine» en el medio siglo. La actual línea femenina —en todo el mundo— no fué dictada por el automóvil, por la aviación o por la electricidad. Mi lady y la mecanógrafa bonaerense aludida deben su actual euritmia al «cine». Max Sennett, en el fondo, sólo trataba de añadir una atracción picante y alegre al cinematógrafo: le ocurrió lo que a todos los inventores: llegó al éxito al través de la casualidad.

Contra las pantallas de Madrid, de Europa, de América, se proyectaban ya películas francesas —con la Sarah Bernhardt al frente—, italianas y norteamericanas... Hay énfasis teatral en la divina Sarah, folletín y melodrama en el cine italiano, peripecias disparatadas en un cine yanqui con exceso de velocidad... Hasta que nos llega a nosotros, los jóvenes, el «western»: las galopadas heroicas. La película de vaqueros, de caballistas, del Oeste. La épica americana en la conquista y colonización de su propio Occidente: praderas inmensas y fértiles y arenas desérticas. Manadas de terneros, caballos salvajes, el revólver, el «saloom», la diligencia, la chica, el hombre malo y el hombre bueno: Tom Mix y Hoot Gibson... El triunfo del bien. Una epopeya.

GABRIEL MIRÓ VERSUS PERLA BLANCA

Tenemos ya con nosotros a Mary Pickford, la «novia del mundo», de la que todos los muchachos sentimentales estábamos enamorados, y a Pola Negri y a Alicia Therry y a Gloria Swanson... Y las chicas, a Jhon Gilbert, Clive Brook y Rodolfo Valentino. Y ya dejamos de ir al «Salón Dorée», de nuestro pueblo, que puede estar a orillas del Cantábrico, para acudir al «Teatro Robledo», donde nos ponen cosas de Lon Chaney y donde una orquesta escueta, mientras «Cuasimodo» pasea su joroba por las torres de Notre Dame, toca a petición lo del negro que viene hacia Europa. El pianista ya sabe que al llegar al estribillo todos lo vamos a cantar a coro: *Porque era negro lo despreciaban...* **Y que vamos a dejar de cantar, a lo mejor, para armar un buen estrépito si el jorobado hace algo estupendo... Del «Salón Dorée» al «Robledo», ha triunfado el «cine» y ha cambiado el motor de la publicidad. Al pueblo pongamos que es Gijón llegará un día Gabriel Miró, invitado por el Ateneo local. Unos directivos irán a recibirle a la estación y la estación estará llena de gente. El tren frenará, resoplando. Miró se asomará a la ventanilla, sorprendido, ruborizado por los aplausos y el entusiasmo de la multitud. Cuando se acerquen los directivos, Miró les dirá desde la ventanilla:**

—Estoy confuso. No esperaba este recibimiento. Realmente, me parece excesivo.

Los directivos se mirarán unos a otros y de momento no dirán nada. No dirán, por ejemplo, que aquellos centenares de personas están allí porque en el tren véanla, asomada una ventanilla más allá, sonriendo y saludando a las gentes , porque en el tren viene una heroína grácil e intrépida de los nuevos sueños, de los sueños del siglo XX: Perla Blanca, Pearl White.

De Charlot a la divina Greta si divina fué Sarah , de Greta a Disney, de Disney a estos inconformes italianos de hoy, hay nombres suficientes para hablar tantos años como uno tiene de vida. Pero el triunfo del «cine», cuando algún señor pasado aún lo discute, ya lo vaticinó Bernard Shaw en 1915: «No me sorprenderá que el cinematógrafo y el gramófono (G. B. S. quizá intuyó aquí el «cine» sonoro) resulten los inventos más revolucionarios desde la aparición de la escritura y la imprenta».

Vean, señores, vean esta humanidad que desfila por las avenidas de todas las ciudades del mundo civilizado: el «cine» ha conformado sus gustos, su estilo de vida, su atuendo. El «cine» es su dintorno. Estas gentes expiran «cine». Es natural. Ya dijo para siempre aquel Leone Battista Alberti, de quien hablamos al principio con toda picardía para poder hablar al final , que «el que camina por praderas soleadas aparece verde en el rostro».

«LA VERBENA DE LA PALOMA», MUDA, Y OTRAS MÚSICAS

Entre la lucha competidora de europeos y norteamericanos asomaban modestamente las películas hispánicas. Al otro lado del Océano los pueblos se preocupaban de perfilar sus realidades formativas; al lado de acá, el maremagnum político, con escenificación callejera, asfixiaba casi todas las posibilidades del arte nuevo. Pero entre las primeras películas los documentales ingenuos y casi siempre iguales , ya aparecían los zaragozanos saliendo del templo del Pilar o, más tarde, entre las «Pasiones» llegadas con algún retraso o los folletines patéticos, Jacinto Benavente dirigía «Los intereses creados», con los mismos actores del estreno teatral. O surgía muda «La verbena de la Paloma», cuando las escenas que tenían que acaecer de noche iban viradas en verde o azul. De «Los intereses creados», de Benavente, al indio Fernández, los grandes éxitos populares del «cine» hispánico, casi siempre sobre motivos folklóricos o históricos, van a saltos grandes saltos de títulos y figuras no olvidados. Pueden ser «Morena Clara», «Allá en el rancho grande»; aquélla, mensajera de un tipismo andaluz; ésta, transmisora de la música mexicana. O el empeño zarzuelero de «Don Quintín el amargao» y «Los claveles». O Imperio Argentina en Madrid o en Joinville y Carlos Gardel, muerto por los aires como Will Rogers o Grace Moore. O Martínez Sierra con el equipo de escritores españoles que trabajó en las versiones en castellano que expandió Hollywood. O la inquietud surrealista de Buñuel que reaparece hoy, en México, sin ambiciones estéticas y Salvador Dalí...

Mas todo ello no fué suficiente. No bastaron los éxitos aislados aunque extensos de los cantos mexicanos, de Carlos Gardel o Imperio Argentina, porque la pandereta o la guitarra , si acaso, da sólo resultados económicos. A la música folklórica no puede pedírsele demasiado. El «cine» es algo más que tipismo pintoresco. El «cine», como todo lo serio de esta vida, no es sólo superficie y gracia regional. El «cine» forma y conforma. Ha de estar vivificado por un aliento poético, pero también impregnado de un sentimiento equis. (Este sentimiento no es igual en un creador chino que en un hispanoamericano.) Y ésta ha sido, hasta hace poco (*), la gran falla del «cine» hispanoamericano: haberse perdido en frivolidades dispares no hablamos ahora del folklore sin preocuparse de hallar su voz auténtica: su pensamiento, su sentimiento, su quid poético: sin ofrecer su alma y su teoría, su visión de lo humano, su visión del mundo, su «weltanschaunng». Y permítasenos que, sin emparejamiento posible a la hora de la difícil sencillez, de la hondura poética, de interpretar la clave humana de lo hispánico, salvemos el nombre de Emilio Fernández. Pongámosle arriba, en todo lo alto. Y en solitario. Y pidamos que pronto le acompañen otros.

(*) Hasta hace poco, porque del momento actual —de 1940 a 1950—, considerado como plataforma de arranque, puede esperarse la proyección feliz. A este momento corresponden «Raza», «El destino se disculpa», «Don Juan», «Mariona Rebull», «Locura de amor», «Los últimos de Filipinas», «La otra», «Donde mueren las palabras»... es decir, los éxitos que siguieron a las películas de Benito Perojo o Florián Rey, algunas de éstas de gran expansión popular. El indio Fernández merece párrafo aparte.

1903: el Atlético —o Athletic— de Bilbao es ya campeón de España. Siete bigotes y algunas gorras de «jockey» que acentuaban el aire deportivo: era la moda. Para vestirse así, entonces, era necesario poseer cierto espíritu intrépido. De izquierda a derecha, de pie: Goiri, Cockran, Auroleaga, Acha, Silva y Arana; sentados cómodamente en sillas: Sota, Montejo, Astorquia, Caxeaux y Evans.

DE LOS FUTBOLISTAS CON BIGOTE *a las* nuevas tácticas

POR JACINTO MIQUELARENA



Ricardo Zamora o el ídolo-símbolo de una larga época deportiva: el mejor portero del mundo siempre.

En los albores del siglo, se hacía un deporte de bigote. La vida entera era «de bigote». Y aun de barba. Tristán Bernard, por ejemplo, con su tremenda cabeza de Teseo, era aficionado al pugilismo y solía disparar también tiros de revólver en el velódromo del Parque de los Príncipes de París, con su chistera puesta, para empujar a la batalla a grupos de ciclistas. Envuelta en su desorden capilar, la vieja guardia bohemia resistía en las últimas trincheras de los cafetones, y juraba, aproximadamente, que la ducha reblandecía el soneto. Un ingenio de aquellos días, al que se forzó a una excursión por el campo cuando ya había cumplido los cincuenta años, regresó del viaje —un breve periplo dominical— con nuevos argumentos de indignación contra el aire libre, frutos de su experiencia. Y se murió repitiendo sus famosas palabras: —¡Qué asco! Es un sitio donde los pollos se pasean crudos.

La aparición de los primeros automóviles sirvió para que los más audaces —los «sportmen»— disfrutaran de una mayor cantidad de pelos todavía. Las barbas se les prolongaban en los abrigos de piel caprina. Nace en aquellos días, seguramente, el «está como una cabra», aunque algunos autores aseguren que la frase se refiere más bien, en términos comparativos, a las alegres e inexplicables acrobacias de este rumiante cuando desafía el abismo.

Es Inglaterra la nación que se adelanta en deportes, con su tradición de golf, de tenis, de hipismo, de boxeo —en principio con los puños desnudos— y de cricket. Y funda una nueva caballeresca: la del que sabe ganar sin arrogancias y perder con señorío. Todavía en Inglaterra se dice que un hombre, o una cosa, es o no «cricket», es decir, es o no noble y tiene una finura y una elegancia extremas o no las tiene. Muchos, en la vida, pueden ser «gen-



Para muestra de los «pioneros» que llevaban las porterías tenemos a este madridista: José Berraondo



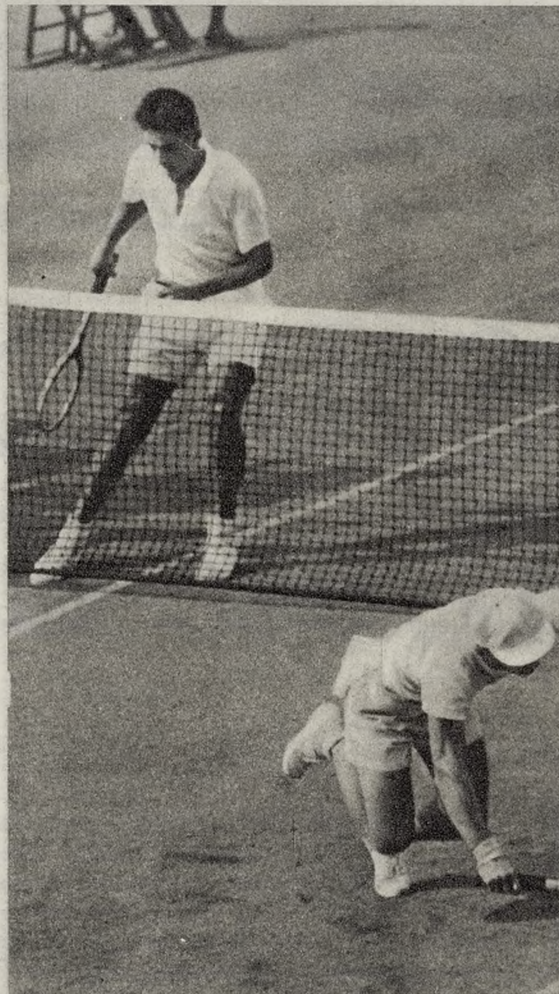
El equipo del Barcelona, C. de F., que en 1910 quedó campeón de España: El portero Solá; Paco Bru (con bigote, a la derecha del portero); Gamper (al lado de Paco Bru), fundador del histórico club; Quirante, Forns, Peris, Wallace, los hermanos Comamala...



El Racing de Irún (1914), que, al fusionarse con el Sporting de la misma localidad, dió nacimiento al famoso Real Unión. En primera fila, con el balón, Patricio Arabolaza, el del grito de Amberes: «¡A mí, que los arrollo!» En segunda fila, de paisano y con otro balón, Caruncho, hoy jefe superior de Policía de Bilbao.



Supervivientes de los tiempos heroicos del R. Madrid, en un encuentro jugado en 1924. De pie: Iruretagoyena, López Quesada, A. Bernabeu, Saura, Aparici, Castell, Espinosa y S. Bernabeu. Delante: Calzado, Alcaraz, Rocamora y de la Serna.



El deporte en los países hispanoamericanos ha dado figuras como Pancho González, una de las mejores raquetas del mundo, si no la mejor. Al fondo de la «foto».



tlemen»; pocos pueden ser «cricket». Inglaterra es también el primer país que regresa a Roma —que se afeita— de vuelta del Medioevo y, por por último, del Romanticismo.

No nos hemos resistido tanto los españoles como los franceses. Todavía en el primer cuarto de siglo, Jean Giraudoux tuvo que escribir sus máximas de sport, contra la estática burguesía francesa. He aquí uno de sus fustazos: «Hay gentes tan vanidosas que no harían el viaje de París a Versalles en un vagón de segunda clase y que se trasladan, sin embargo, en un cuerpo de tercera, desde la cuna hasta la tumba.»

En principio, es una cuestión de finura. «Los deportes —escribió Boigey— abren el espíritu a un nuevo reino de la sensibilidad.»

* * *

Nuestro futbol, como el de sus maestros, los británicos, empezó por ser una querella de forzudos. Se alineaban gigantes, con preferencia en la zaga. Lo corpulento y un buen bigote, de traza calabresa a ser posible, fundaban la técnica. Los partidos consistían en una serie de abordajes. El delantero centro —se descubrió entonces que el delantero centro es «el ariete» del ataque— debía penetrar en la formación enemiga adelantándose a sus coraceros e imitar la carga de Richthofen. Hasta los cojos del equipo seguían la galopada, como en Esparta según Valerio Máximo, «pues su propósito era pelear y no escaparse». Cuando la penetración por avalancha fracasaba, porque enfrente «sacudían a modo» como se decía entonces, el delantero centro, a la desesperada, clamaba por «el pase de la muerte», que terminaba con frecuencia en una caída de rana, en descalabraduras y esponjas. Creo que fué el irunés Patricio, de pies planos, de palmípedo, y sin embargo veloces, el último jugador español que cultivó, hasta bien entrado el siglo, esta arrogancia «in extremis». Era, más o menos, una forma de suicidio, por la gloria del pueblo.

El equipo Vizcaya, formado por jugadores vizcaínos... e ingleses seleccionados del Athletic y del Bilbao —ya entonces había seleccionadores, aunque lo frecuente era querer ser abanderado en las estudiantinas—, fué el primer campeón de España, como consecuencia de un torneo que se disputó en Madrid durante las fiestas de la coronación de Alfonso XIII. Los Acha, los Careaga, los Arana, los Evans, los Astorquia, los Silva... Muchos de ellos han traspasado el velo del misterio. A otros, todavía los encuentro de vez en cuando por el mundo. Y se ríen.

* * *

En la novela «Don Adolfo, el Libertino», que para mi suerte todavía anda por el mundo, tan fresca, se dice de aquellos días: «El futbol entraba por las campas de Bilbao y de Vigo y por los solares de Barcelona; por los puertos en los que desembarcaban de ordinario tripulaciones rubias. Pero todavía las crónicas de los partidos estaban recomendadas a los cronistas sociales, que publicaban una relación de las señoritas «que habían puesto una nota de distinción» en la refriega y otras «que sentimos no recordar».

* * *

Más tarde, el futbol fué haciéndose inteligente y se echó por los caminos de una adecuada preparación física y de un cultivo de la destreza. Para algunos, se hizo «científico», adorable memez muy reiterada durante largos años. No creo que haya ciencia alguna en el proceso de metodizar un esfuerzo y de distribuirlo entre once hombres, para que el equipo, como conjunto, llegue con «fuelle» al final de los noventa minutos de lucha y sea en todo momento eficaz; no hay otra cosa que sentido común. El hecho se produjo a través del profesionalismo, que empezó por donde empiezan siempre estas cosas en la mayoría de las disciplinas: por el «aficionadismo» hipócrita. Los jugadores quieren durar más, sin que este deseo, tan natural, nos auto-

El Atlético de Bilbao fué siempre escuela de internacionales. He aquí el cuadro campeón de España en 1933, con titulares y reservas. De pie: Birichinaga (masajista), Muguerza (*), Aguirrezabala II —o Chirri II (*)—, Uribe, Blasco (*), Gorostiza (*), Izpizua, Lafuente (*), Unamuno, Petreñas, Garizurieta (*), e Iraragorri (*); sentados: Careaga, Urquizu (*), Castellanos, Roberto (*), Sauto (*), Cilaurren (*) y Felipés. Total, once internacionales.

rice a llamarles «abstemios del ímpetu». Y los clubs, igualmente, aspiran a que «el material» les dure. Pero a los nostálgicos del «hacha de sílex» del futbol español, hay que decirles, de una vez, algo muy importante. La famosa «furia española», que nació en los Juegos Olímpicos de Amberes, en 1920, y murió en la misma ciudad belga a la temprana edad de quince días, más o menos, fué una invención de Manuel de Castro, que firmaba «Handicap» —había que firmar en inglés, en aquellos días— y quería ser más patriótico que la tía de Eça de Queiroz, a pesar del seudónimo. Una excelente persona y un buen amigo, por otra parte. Sólo un número muy limitado de equipos europeos concurrió a aquellos Juegos, y no estaban desde luego los mejores. Checoeslovaquia presentó el conjunto de mayores posibilidades, pero se retiró como protesta de una decisión arbitral. Venció Bélgica con un juego elemental, que ha conservado, tenazmente, hasta nuestros días. La mayoría de los jugadores españoles se dedicó a hacer vida de rondalla y alguna que otra barrabasada por las calles de Amberes, como era costumbre en las expediciones deportivas de entonces, y a sentirse estupefacta cuando alcanzó el segundo puesto, a pesar de su «pasado inmediato» y de los gritos de guerra y de la simulación de fiereza, que tanto les había divertido en sus batallas. Como «Handicap», buenos chicos, ellos también...

* * *

De la vida del futbol español, hoy, sé bastante menos. Cuando se discute de tácticas por álgebra, cuando los padres de familia con hijos, y hasta con nietos, se infectan de W y de M hasta dramatizarse el domingo —y el lunes—, y cuando toda la semana —hasta los jueves— es Corea para uno de estos «mordidos», yo me guardo del temporal.

Pero todavía puedo decir que no hay sistemas o tácticas para jugar al futbol; que no hay «escuelas superiores de guerra» para batir al enemigo en los Waterloo rectangulares; que no hay geometría de pizarra y tiza. No hay sino maneras de jugar, por disposición temperamental y preparación física. Hasta los escoceses —Ronda— y los ingleses —Triana— juegan ya casi lo mismo: sencillamente, como pueden. Más de lo que han discutido acerca de tácticas estos dos «países» del Reino Unido, sobre el ferroprusiato de los hechos diferenciales futbolísticos, no ha discutido nadie. Y ahí están, Escocia e Inglaterra, los más viejos «eternos rivales» en la historia del «redondo», con igual número de victorias y de derrotas, aproximadamente, después de setenta y ocho años de batallas. Y de charlatanismo.

* * *

Hay, sin embargo, una verdad. El futbol de hoy es cien veces mejor —aunque no sea tan divertido— que el de «la furia española». Más de cien hombres cubren con frecuencia el recorrido de la Marathon y ningún «soldado» cae muerto en la meta. Los trapecistas y barristas de principios de siglo —los Adonis «al barroco»—, mantenían una vaga sospecha de que sólo podrían pasar a la posteridad por medio de la fotografía, inflamándose los bíceps. Paddock —vencedor de los cien metros, en Amberes precisamente— es hoy la tortuga más veloz de aquellos días.

Este verano, una multitud de nadadores ha atravesado el Canal de la Mancha «en regata».

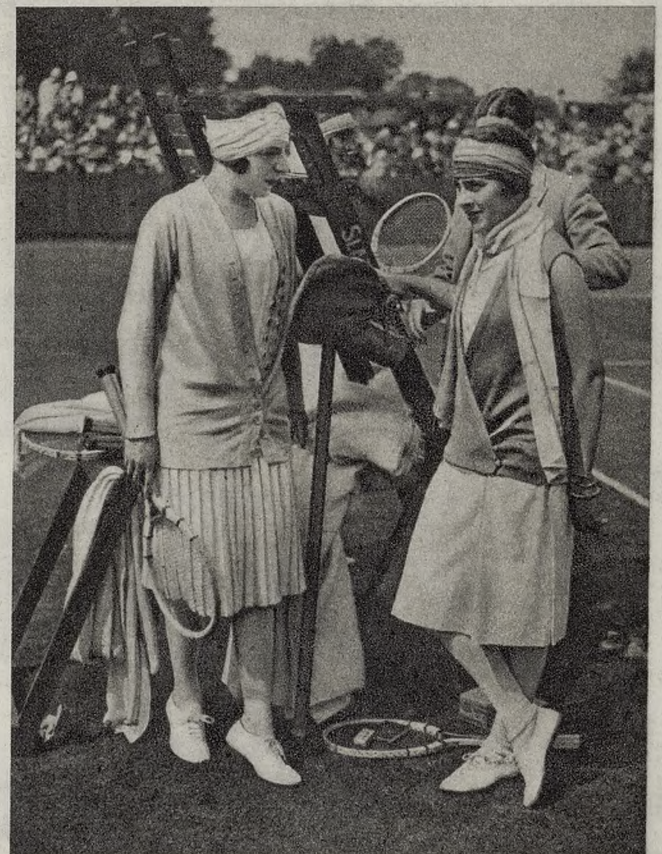
Y los cronistas deportivos, con frecuencia, saben escribir. Y en ocasiones, saben escribir bastante bien. Como Jean Giraudoux, mientras vivía; como Henri de Montherland —«Los once en la puerta dorada»— y como ese genial Bernard Darwin, redactor de golf del «Times», con el más fino idioma en la pluma, a quien el «Times» le encarga los editoriales exquisitos, para júbilo de sus lectores. Hace cincuenta años, en el tiempo de los pelotaris en camiseta a rayas horizontales, escribía Peña y Goñi; hoy, escribe Juan de Irigoyen. Ese salto se ha dado...



El equipo del Real Madrid que ganó en Mestalla, en 1936, el encuentro final del Campeonato de España, cuando Zamora remató su vida de portero. De pie, Emilín, Zamora, Ciriaco, Lecue, Paco Bru, Sañudo, L. Regueiro y Bonet; delante, Eugenio, Quincoces, Sauto y P. Regueiro.



Polisportivo —el ciclismo a motor—, Oscar Leblanc, gran campeón ciclista madrileño, más tarde campeón de carreras en moto.



La española Lilí Alvarez —tenista magistral en las canchas internacionales—, aparece en la «foto» con la campeona Susana Lenglen.



Hoy por hoy, algunos países hispanoamericanos se encuentran en la cima del futbol, sin rivales posibles. Uruguay ha sido varias veces campeón olímpico y campeón del mundo. Campeón del mundo es en la actualidad, como vencedor de la gran justa que tuvo por escenario los campos del Brasil, en este año. Este es el equipo uruguayo que alcanzó el título, después de vencer a sus oponentes, salvo a España, con la que empató a un tanto en Sao Paulo.



En el paseo madrileño de la Castellana, dos señoras y un enchisterado caballero, toman, con visible satisfacción, el delicioso sol invernal en el año en que comienza el siglo XX. Este paseo de la Castellana ha sufrido algunas transformaciones estéticas. Las señoras y el caballero, también.



También por el clásico paseo de la Fuente Castellana, cerca de la actual plaza de Colón, este bigotudo y condecorado señor conduce su armatoste automóvil.—Abajo, una diligencia de 1900 se prepara para arrancar de la popular y típica calle de Toledo.

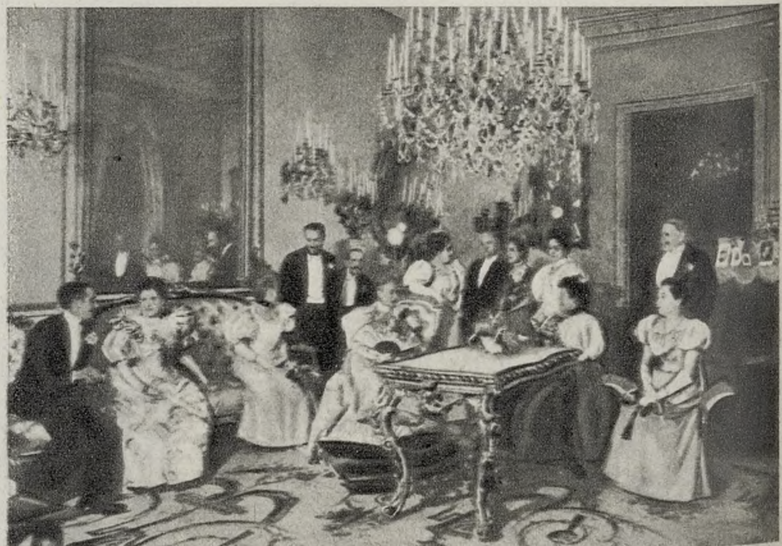




En 1900 los informadores de la Prensa madrileña –con hongos y bastones– cercan a un Ministro a la salida del Palacio de Oriente después de un Consejo, o quizá de una de aquellas «crisis» que se resolvían con el turno de D. Antonio y D. Práxedes M. Sagasta.



¡A los toros! ¡A los toros! En «ripers», coches de punto, coches particulares y tranvías de mulas, todo el Madrid de 1900 se traslada a la Plaza Vieja de la calle de Jorge Juan cuya bulliciosa explanada reproduce la foto en una tarde de corrida con cartel.



En los suntuosos salones de la Duquesa de Nájera, famosos en 1900, se reunían, políticos, escritores y poetas de la época. La fotografía reproduce una de aquelllas típicas veladas literarias que dieron fama a la casa de la ilustre y aristocrática dama madrileña.

600 meses de humor

Cuando la dirección de Mvndo Hispánico me encargó que hiciera una selección de la labor de los caricaturistas, en los cincuenta años que van de siglo, recibí ese encargo con alegría, porque ello representaba que ya, entre nosotros, se concede interés y categoría a esa rama, poco estimada hasta ahora, de las Bellas Artes. Yo siempre me he quejado de que en el extranjero, aun en las publicaciones más serias, lo mismo revistas que libros ilustrados, el caricaturista tenía una importancia que aquí no se le reconocía más que por el gran público. Y el trabajo del caricaturista puede caracterizar a una época mucho mejor, para la comprensión de generaciones sucesivas, que otras manifestaciones realizadas en el mismo tiempo por la pluma o por el pincel. Precisamente, por la exageración de trazos en modas, costumbres, ambientes, etc.

Pero a mi alegría sucedió la pesadumbre, cuando puse manos a la obra. Hacía falta mucho más espacio para que la selección pedida fuera todo lo extensa y óptima que yo deseaba. Algunos «chistes», que yo encontraba en mi búsqueda, confirmaban la necesidad de dedicar un tiempo no disponible por la eterna prisa, enemiga del hombre actual. Y, con el temor de omisiones involuntarias entre los caricaturistas de hoy y de ayer, quiero hacer constar siquiera los nombres de algunos como, entre los de ayer, Sileno, Fresno, Bagaría, Márquez, Manchón, Echea, López Rubio, Sama, Bellón, Demetrio, y, entre los de hoy, Orbegozo, Motos, Galindo, Nácher, Mingote, Tilu, Muro, Chumy, Picó, etc., etc.

Enrique Herreros



POR KARIKATO

—Mírale, mírale: trae la manita extendida como si pidiese algo.

—¡Qué precocidad! ¡Cómo se conoce que es hijo mío!



POR TITO

El sablista: —¡Sería el colmo que me diesen a mí un sablazo!



POR K. HITO

—Llegamos tarde, Pérez. Ya están en la octava.

—Hombre, ¡cuánto siento engañar a mi mujer! ¡Yo que le he dicho que venía a la novena!



POR SANCHA

ESCENAS MADRILEÑAS.—La soledad de dos en compañía...



POR GASCÓN

—Pero en España tenemos cinco ríos, y *ustés*, los franceses, *na* más que tres en *toa* la península.

—Francia no ser península, señor.

—¡Ah! ¿Conque ni siquiera es península? ¡Rediós, ha tenido usted que cantar la gallina!



POR TOVAR

EL CIEGO.—Quiero regalarte algo el día de tu santo.

LA CIEGA.—Pero algo que no tenga.

EL CIEGO.—Pues..., pues, te regalaré un espejo.



POR CILLA

—¡Ya me ha sentido, pero no se atreve a volver la cabeza porque la da el corazón que en cuanto me vea no va a tener más remedio que amarme!



POR ROBLEDANO

—¡Vea usted, es listísimo; todas estas cosas las saca de su cabeza!



—Y su marido, ¿de qué padece?

—De la gota.

—¡Bah! Cuando padezca del trago, como el mío, verá usted lo que es bueno.

DE "EL UNIVERSAL", DE MÉJICO.



POR MEDINA VERA

La conquista del tranvía.



POR XAVIER NOGUÉS (BABEL)

LOS SENTENCIOSOS.



—¿Le gusta a usted la *Cavallería rusticana*?

—Pa qué le voy a echar mentiras; me gusta más la caballería de mi tierra.

DE "EXCELSIOR", DE MÉJICO



POR XAUDARÓ

—Ten cuidado con el cliente de la derecha, que es una señora. No le vayas a preguntar si quiere el bigote a la borgoñona...



POR ROJAS

—Ese que se ha caído del caballo es el que me va a enseñar a montar.

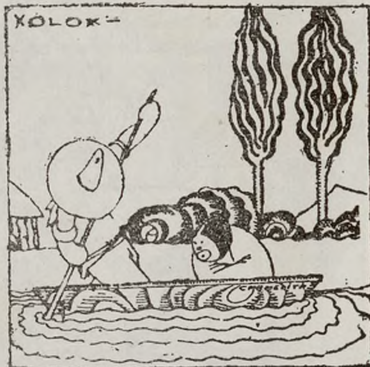
—¡Che! ¡Da gusto cuando se tiene un profesor bueno!



—¿Cómo serán los sombreros este año?

—De dos clases: unos, que no te gustarán, y otros, que no podré comprarte.

DE "VARIEDADES", DE LIMA.



POR XOLOK

—Aquí he recibido la impresión más fuerte de mi vida.

—¿Qué fué?

—Mi primer baño.



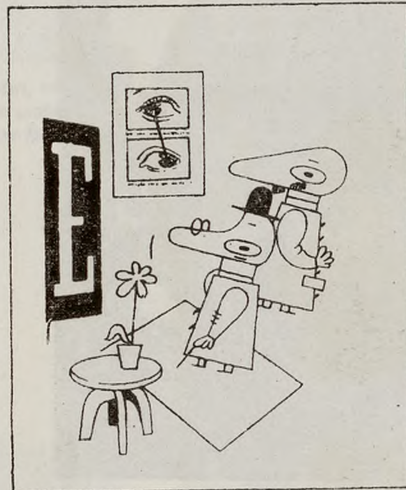
POR CASTANYS

ELLA.—Te advierto que la herencia que nos dejó papá se está agotando.

EL.—¿Y ahora pretendes que yo me ponga a trabajar?

ELLA.—¿Pues qué hacemos?

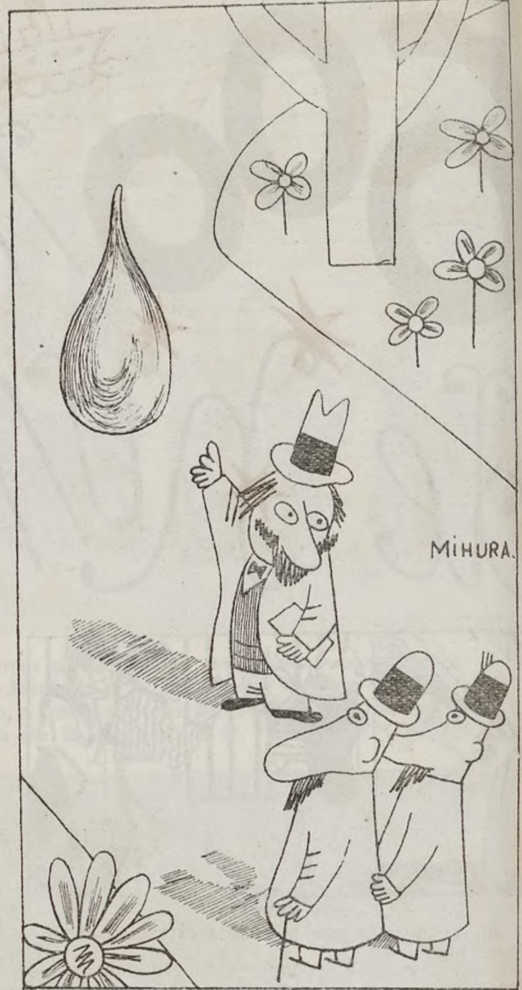
EL.—Esperar a que muera tu mamá.



POR TONO

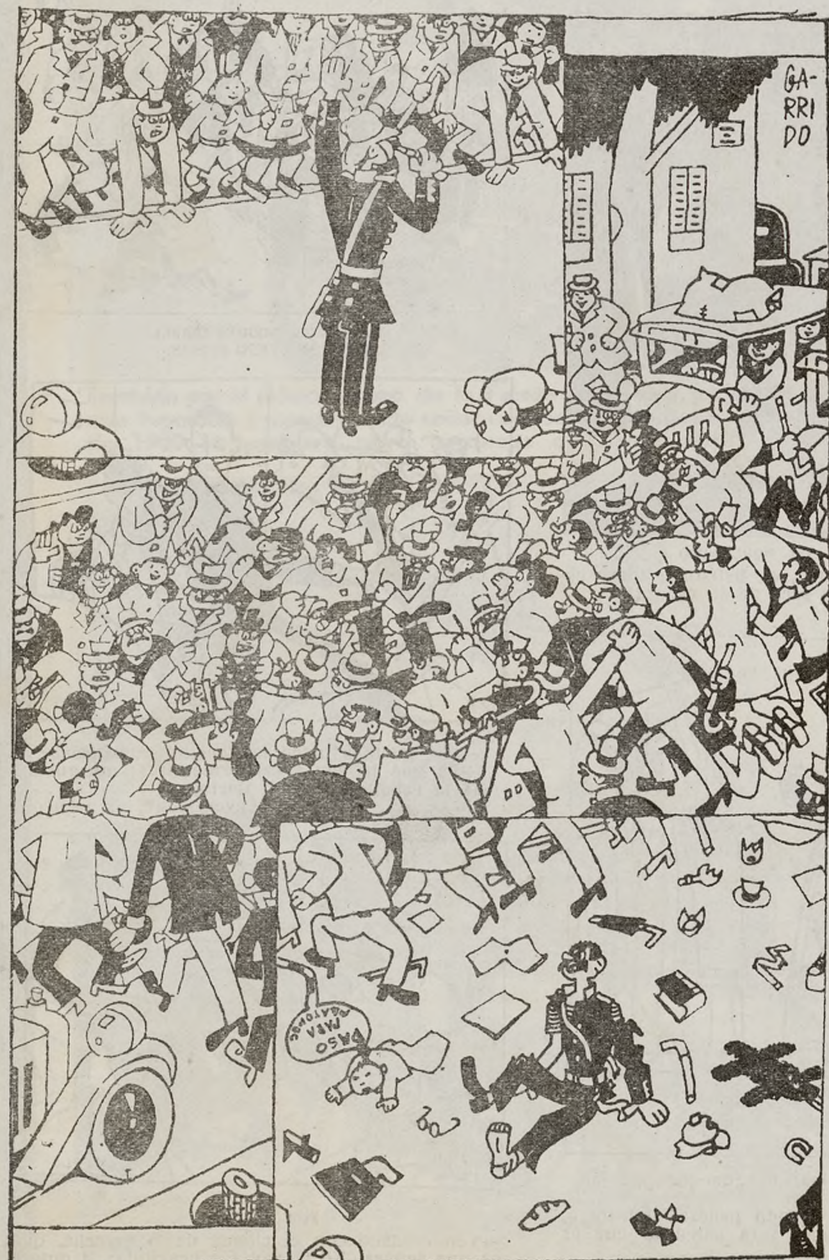
¿Ve usted esa letra?

—Sí, señora.



POR MIHURA

—He inventado esta manera de llover, que es mucho más práctica. Así, en vez de estar lloviendo toda la mañana, cae una sola gota, y ya está.



Paso para peatones.
POR GARRIDO



—¡Eh! ¡Oiga! ¡Que esto da calambres!...
POR HERREROS

Lo que se cantó en Medio Siglo

POR SANTIAGO MAGARIÑOS



TEATRILLOS Y TEATROS

1900.—Un Madrid de mujeres con falda pinturera y enagua almidonada, con mantón de ocho puntas, pegadito al talle. Organillos callejeros, que hacen rodar por los Madriles los sones de moda. Ventanas de barrios bajos, con tiestos de claveles dobles y macetas de albahaca, y una voz que canta este estribillo de una canción que llaman del *género ínfimo:*

Si yo fuera gato negro,
olé,
y por tu ventana entrara...

Los madrileños parecían gustar de esta moda que alegraba su ánimo, como si quisieran olvidar tristezas pasadas. Bailarinas y canzonetistas lucían sus gracias y su arte en un teatrito que Madrid acababa de dedicar al arte frívolo. Allí cantaba, cuplé va y cuplé viene, una artista alemana de nombre aragonés, Augusta Bergés o Cohen, cuyo descubrimiento del cuplé que se llamó *La Pulga* dió muchas picaduras en años sucesivos.

Un empresario francés, M. Banquarel, arrendó el teatro de *La Alhambra*, llamado después *Moderno;* realizó unas cuantas reformas, lo convirtió en *music-hall* y presentó una nutrida compañía de varietés, muy adecuada al género, en la que figuraban mademoiselle Kara, Charito Guerrero, la rival de Carolina Otero; las hermanas Campos y otras varias artistas «nacionales y extranjeras».

La Alhambra llenábase todas las noches hasta el techo, y a la vista de aquel espléndido negocio, un industrial llamado don Ramiro Cebrián, en un establecimiento que poseía en la calle de Alcalá, 4, improvisó una salita de espectáculos, con escenario minúsculo que, por arte de birlibirloque, se convirtió en el *Salón Actualidades*, donde se cultivaron las variedades con gran aceptación. Inmediatamente surgieron nuevos competidores y en los números 7 y 25 de la referida calle abriéronse dos locales más del género llamado alegre. El *Salón Rouge* y el *Salón Bleu*, a los que siguieron otros con diversos colores.

El 1 de octubre de 1901, efemérides única en la historia del género, se abre el *Salón Japonés*, en la calle de Alcalá. El local, según nos cuentan los cronistas, era lujoso, decorado por Xaudaró y otros pintores, y allí logró el género su mayor arraigo. Allí actuó Consuelo Bello, la *Fornarina;* bailó Pastora Imperio, y en el mismo tablado cantó sus cuplés la que luego sería la sin par *Chelito.*

Surgen más tarde nuevos locales dedicados al género ínfimo, como el *Petit-Palais* (hoy *Infanta Isabel*), el *Salón Madrid* (*Cine Panorama*) y el *Trianón Palace*, en el solar que hoy ocupa el *Alcázar*, en cuyo escenario se dió a conocer Aurora Jauffret, la *Goya*. El *Actualidades* seguía cada vez más concurrido, desfilando por allí Amalia Molina, Pilar Monterde, Antonia la *Criolla*, Adelita Lulú, la Bella Belén, Adela Cubas y otras «estrellas» más.

De los salones *Actualidades* y *Japonés* pasó el género al teatro *Novedades* y al *Frontón Central*. El centro de las varietés se estableció en el *Salón Romea*, de la calle de Carretas, que durante unos años compartió la hegemonía del género con el teatro *Maravillas*. Después vino la temporada del *Salón Regio*, donde se conoció a Raquel Meller y a Adela Vicente, *Margot*,

1917.—En las esquinas de los barrios populares se instala la murga dedicada a divulgar el género ínfimo de entonces: el cuplé con letra amorosa o el tanguillo gaditano a base de camelos. Las chicas y porteras de todas las barriadas populares asaetean los patios con el cuplé de moda: *Mira, niño, que la Virgen lo ve todo...* o *Agua que no has de beber, déjala correr...*

Infestóse Madrid, por esta época, de barracas y cines, donde trabajaban, alternando con el programa de las películas, dos o tres *números*. Más tarde, los teatros, por horas, del género chico, como atracción, incorporaron a sus carteles el atractivo de una gran «estrella». Independiente de estos coliseos, la *Comedia*, *Eslava*, *Apolo*, *Lara* y la *Zarzuela*, presentaron, como fin de fiesta, a la *Bilbainita*, Resurrección Quijano, la *Argentinita*, la *Goya*, Olimpia d'Avigny, Amalia Isaura, Raquel Meller, Pastora... El cuplé tiene ahora sus cuarteles permanentes en el *Trianón*, *Romea* y el *music-hall* del *Palace Hotel*, en cuyas sesiones *vermouth* se da cita la aristocracia española, los encopetados, diplomáticos y los orondos senadores y diputados.

Es la época de verdadero nacimiento de las *varietés selectas*, donde a los nombres más señeros de artistas españoles se unen los de grandes cantantes y canzonetistas hispanoamericanas que dejan su auténtico arte como un ejemplo, cual Esperanza Iris, Azucena Maizani y Celia Gámez, en su primera época, cantadora genial de tangos y melodías argentinas. Por el ámbito de España también se extienden los salones y los coliseos, Barcelona, entre otros mil, tiene el *Dorado* y la *Criolla;* Valencia su *Martí;* Zaragoza. *Parisiana;* Málaga su *Novedades;* el *Penacho*, Vigo; el *Pradera*, Valladolid; el *Salón Regio*, Granada, etc., etc.

1934.—Años republicanos, de huelgas e inquietudes. El cuplé sigue alcanzando una consideración más artística, y al beber en la tradición popular española, comienza a perfilarse esa serie de canciones que pueden considerarse como el anuncio de algunos poemitas que vendrán posteriormente. Es la época de *Rocío*, *María de la O*, *María Magdalena*, *María Salomé*, *Triana*, *Mi jaca*, que constituyen los éxitos de Conchita Piquer. Conchita Martínez, Encarnita Iglesias, Estrellita Castro, etc.

La guerra civil aporta un aspecto curioso al campo del cuplé: la intromisión del flamenco como cuplé y el predominio de este tipo de canción. Y surge el flamenco de guardarropía, con jipíos y gorgoritos de divo de zarzuela, a lo *Angelillo*. En este período se canta por Miguel de Molina esa joyita de *Ojos verdes*, que después constituirá el éxito de consagración de Conchita Piquer. Las antiguas canciones amorosas y sentimentales a lo Raquel se volcaron ahora en el nuevo molde de la *zambra*, y en algunas melodías de ritmo americano. La *Zarzuela* es el teatro consagrado a este género, que crece y se perfecciona en los primeros años que siguen a la guerra de liberación.

1941.—¡Qué cambiados los tiempos! Difíciles y trabajosos, movidos y acuciantes. El gusto se ha hecho más exquisito o más chabacano. El cuplé y las variantes se disfrazan con el nombre de *folk-lore*, y el variado espectáculo de canciones y bailes, y recitadores maquietistas, se trueca en el aburrido cuadrito escénico o estampa folklórica que quiere quintaesenciar la gracia o el dramatismo de una situación determinada, a base de gitanos más o menos auténticos y bailes que semejan gimnasia flamenca. Junto al castizo *pasodoble* y la quejumbrosa *zambra*, aparecerá el *bolero* sentimental y cadencioso o la tropical *samba*, el *corrido* mejicano, las *congas* y las melodías negras y americanas. Años venturosos para el género, con *La Parrala*, *Judas*, *A la lima y al limón*, *Ojos verdes*. *Almudena*, *La Lirio*, *Lola Clavijo*, de *Francisco Alegre*, de *La Zarzamora* y *Pepa Banderas*. Algunos teatros se especializan en este género y aplanan al público con sus estampas de título de cartel chillón y brillante: *Solera de España*, *En el corazón, banderas; Cabalgata*, *Pandereta...*

La música hispanoamericana alcanza, en estos años, un esplendor único, debido a la belleza de sus melodías, que culmina con las intervenciones de Irma Vila, Negrete, Ana María González y Elvira Ríos.

El *Calderón*, *Fontalba*, el *Reina Victoria*, *Fuencarral*, el *Cómico*, *Madrid* y el *Lope de Vega*, acogen en su escenario a la Piquer, a *Gracia de Triana*, a Estrellita Castro, a Lola Flores y Manolo *Caracol*, a Juanita Reina, etc. Y como si este final del género quisiera unirse con su sencillo principio, existen saloncillos de *género folk-lórico*, cual los ya desaparecidos *Chispero*, *Diana*, el café de Atocha y el de San Millán, escenarios de Tomás de Antequera y Miguel de los Reyes y demás astros menores. El público aun sigue en ese

camino, y como muestrario abigarrado de esta afición y espectáculo, se presenta hoy en las llamadas *Fiestas en el Aire*, desde la cual, la radio transporta a todos los rincones de España las actuaciones disparatadas o acertadas de cientos de aficionados y futuras *estrellas*.

INTERPRETES Y CUPLES

Si en la historia de la pintura española se dan tres nombres que son sus hitos: Greco, Velázquez y Goya, en la del cuplé pueden establecerse los de la *Fornarina*, la pareja Pastora Imperio-Raquel Meller y Conchita Piquer, a cuyo rededor se mueve toda una serie de imitadoras de menor importancia.

El atractivo del *Japonés* fué Consuelo la *Fornarina* que, entre aplausos atronadores, aparecía y se paseaba por el escenario, semiarrodillada sobre el pedestal de plata de la bandeja que sostenían las cuatro cariátides embetunadas. Su gracia era picaresca, con el traje corto, de lentejuelas y volantes de tul, como una campanilla caída, con el que cantaba aquel cuplé que deleitó a nuestros padres y abuelos:

Arza catapún, catapún, catapera,
arza p'arriba, polichinela...

Pasan los años y el cuplé y las intérpretes se renuevan. Un día, una artista de gran talento, de extraordinario temperamento artístico y suma elegancia, Aurora Jauffret, la *Goya*, desterró de su *toilette* la falda concupiscente y amanerada, a la altura de la rodilla, como una gran borla de tules, y se presentó al público en el preciosismo aristocrático de una *toilette* sencilla y elegante, y con un traje para cada cuplé, en consonancia con su letra. A partir de aquel día, el cuplé remontó el prestigio de los grandes escenarios. Finura de *Mi Holanda*, majeza de *La chulona*, alegría de *Día de sol* y ternura de *La vida es así*; pero nada comparable en ella a la amante insinuación de su clásico *Ven y ven*:

Acabo de acariciarte,
no pierdo las esperanzas,
con el tiempo y un ganchillo, mi vida,
hasta las verdes se alcanzan.
Ven y ven y ven...
. . . .

Y vamos entrando en la edad de oro del cuplé...

¡Pastora Imperio! Qué lejos hoy de cuando, a los doce años, debutó en el *Japonés*. Debió nacer marcándose unas bulerías..., que su madre, la *bailaora* Mejorana, le acompañaría con palmas, pitos y oles. Después fué consolidando su fama de intérprete de la danza española, que culminó con *El amor brujo*, de Falla, y el público enloquecía de entusiasmo cuando, acompañada por la guitarra de Víctor Rojas, bailaba el *vito*, las *alegrías* o el *garrotín*. Benavente ha escrito de ella este exacto retrato: «Es la escultura de una hoguera».

¿Quién no la oyó

mis ojos son verdes,
de un claro color;
mis ojos son verdes
porque quiso Dios...

mientras su brazo dibujaba el garabato de una ondulación?

Raquel Meller, la antigua modistilla de la calle Tapinería, en Barcelona, llegó a ser la artista española más universalmente conocida, más admirada y popular de todos los tiempos. Raquel se hizo dueña de ese tributo con sólo cuatro canciones: *El gitanillo*, *La violetera*, *El relicario* y *Valencia*.

Ella fué la que hizo que todos los españoles cantaran, junto a las cuatro canciones indicadas, aquella *Mala entraña* que tanto impresionó a modistillas y domésticas:

Cuando triste quedo a solas en mi alcoba
le pregunto a la estampita de la Virgen
qué he hecho yo pa que tú así tan mal te portes,
que lo que haces tú conmigo es casi un crimen.
Mira, niño, que la Virgen lo ve todo...

La *Argentinita*, Encarna López, como ella misma escribió:

desde la más tierna infancia
se aficionó por la danza...

Debutó a los ocho años, para ser después la modernizadora de la escuela tradicional, dando aires y matices nuevos a la rudeza clásica del arte gitano y al cuplé recitado. Formó luego una especie de *ballet* típicamente español y cultivaba la modalidad más enjundiosa del *folk-lore* artístico andaluz, recogido para ella por García Lorca, en unión de aquellas venerables reliquias de la *Macarrona*, la *Malena* y Rafael Ortega. He aquí una muestra de sus canciones en *Ahí va la taqui...*

Aquí está la taquillera
más castiza de «Madrí»,
la más barbi y postinera
que ha nacido en Chamberí.
. . . .

Carmen Flores, que también pertenece a este olimpo, debutó en el *Romea*, de Madrid, donde popularizó *La chulapona*, *Chulapa soy* y *La castañera*, que se impusieron en toda España. Pasó luego al *Trianón* y al *Doré*, de Barcelona, y en todas partes dejó su casticismo madrileño y la belleza de sus ojos y línea; y cantaba:

¡Chulapona, chulapona,
eso dicen
cuando pasa mi persona!

Olimpia d'Avigny fué la intérprete admirable de nuestros deseos, de nuestra blanda indolencia, de nuestras ternuras y descontentos. En 1907 vino a España y con ella, la canción frívola y melódica. Olimpia introdujo la costumbre de anunciar las canciones, hasta entonces avisadas con cartelitos. Muy suya era aquella *Filosofía:*

Un joven me juraba el otro día,
ardiente de pasión, amor eterno;
—Si te olvido, mi vida—me decía—,
que vea mi alma arder en el infierno.
. . . .

En el firmamento del arte cupleteril brillaban un sinfín de estrellas que sólo como recuerdo y curiosidad enumeraremos, aun cuando entre ellas había artistas tan geniales como Amalia Isaura, con su *Tobillera* o *Las noches de Rosales*. Las más conocidas eran las siguientes:

Luis Esteso y la *Cibeles*, Amalia Molina, Emilia Benito, Resurrección Quijano, Paquita Escribano, Adelita Lulú, Conchita Ledesma, Ursula López, Candelaria Medina, Lola Montes, la *Preciosilla*, Salud Ruiz, Antonia la *Cachavera*, Dora la *Cordobesita*, Merceditas Serós, Maruja Lopetegui, Consuelo Hidalgo, etc., etc.

La última época del cuplé y la más discutida, la representa Conchita Piquer, única en este género, ya no ínfimo, sino artístico. Después de la guerra, los éxitos atronadores de sus cuplés la consagraron como la representación fiel de la canción española.

Junto a ella lucen su arte, en competencia desigual, Juanita Reina, Lola Flores, Carmen Morell, Luisita Esteso, Gloria Romero, *Gracia de Triana*, Conchita Martínez, Carmela Montes, Antoñita Moreno; y entre los hombres, Manolo *Caracol*, Pepe Blanco, Valderrama, el *Príncipe Gitano* y la compañía infantil de *Chavalillos de España*. La mejicana Irma Vila, con su *mariache*, ha logrado tal popularidad con sus canciones que ha conseguido que todo español cantara su *Malagueña*, y no menor ha sido el éxito del *Trío Calavera*, con su *Virgen Guadalupana*, o el de Ana María González, con el schotis *Madrid*, de Lara.

LOS CUPLES

Nada mejor para conocer lo que eran éstos que reproducir lo que para la *Argentinita* escribió Susillo, con el título de *El arte del cuplé:*

«La primera serie de este arte consta de tres clases de canciones: la sentimental, la trágica o a dicción y la flamenca. El asunto del cuplé sentimental es el de un amor que, en la mayoría de los casos, suele desvanecerse como el humo.

«Cuplé trágico. Para su debida interpretación hay que tener el alma de jalea, guayaba o carne de membrillo, al objeto de dulcificar la frase y convertirse en un mar de lágrimas cuando sea necesario.

«El cuplé *flamenco* permite a la artista estar en escena como en su propia casa, sonriéndose de la familia, si se encuentra entre bastidores, o con el público en general, si es que se lo consiente».

Añádanse a esta clasificación los *ególatras*, los más frecuentes, donde se hace la propaganda de la canzonetista:

Yo soy la reina de Andalucía,
donde yo piso nace una flor...;

los *catastróficos*, con puñaladas y tiros, y, al final, la ejecución del reo, como *El ahorcado*, de Raquel Meller, o aquel famosísimo de *El relicario*, con su torero y cornada. Los *humorísticos*, en los que todo se supedita a un chiste, que era de doble sentido en los primeros tiempos y luego bonachón cuando el género dejó de ser para «hombres solos». Los *amorosos*, por lo finos que eran los más estimados, como éste:

¿No te acuerdas de los celos
que decías que te daban
mis ojos, cuando a los tuyos
ardientes no les miraban?
¿No me pintabas la vida
toda llena de placeres?
Pues ahora que soy tuya,
¿por qué no me quieres?

La literatura en el cuplé ha llegado a la escena con Conchita Piquer y algunas de sus seguidoras. ¿Qué diferencia no existe entre todos esos cuplés y este bellísimo ejemplo?:

Tengo un castillo de arena
hecho con mi pensamiento;
las torres son de suspiros
y de celos los cimientos.
Hay castillos del querer
que «toito» el mundo levanta
para dejarlos caer.
. . . .

AUTORES

Lo que se llamó género ínfimo fué purificándose y perfeccionándose, gracias al arte de sus autores. Linares Rivas, los Quintero y Martínez Sierra le consagraron su atención. Los profesionales del género fueron Eduardo Montesinos, que batió el *record* de la producción. Raffles, Sánchez Carrera, Ernesto Tecglen, Gil Asensio, Mariño, Alvaro Retana y, sobre todo, Martínez Abades, en su calidad de compositor y libretista. Entre los músicos, Larruga, Martínez Abades, Modesto Romero, Yust, Manolo Font y Antonio Rincón.

Hoy, el cuplé está en las manos inteligentemente poéticas de Rafael de León, Ochaita, Valerio, Quintero, etc., etc., y de músicos como el popularísimo Manolo Quiroga, Solano, Perelló, Monreal y tantos que no le dejarán morir. El cuplé no puede desaparecer, porque cantar es el secreto de la vida, y ya se ha dicho que pueblo que canta es pueblo que vive. Y estas cancioncillas que desprenden tristezas son, como hemos visto, una exacta fotografía del pueblo y momento en que volaron al aire por boca de sus cancioneras...

ELLAS CANTARON EN EL MEDIO SIGLO



«La Chelito».



Amalia Molina.



Consuelo Hidalgo.

Raquel Meller, la figura cumbre de la canción española, cuyo arte y gracia sin procacidad se hicieron universales.



Perlita Greco.



Azucena Maizani.



Celia Gámez.

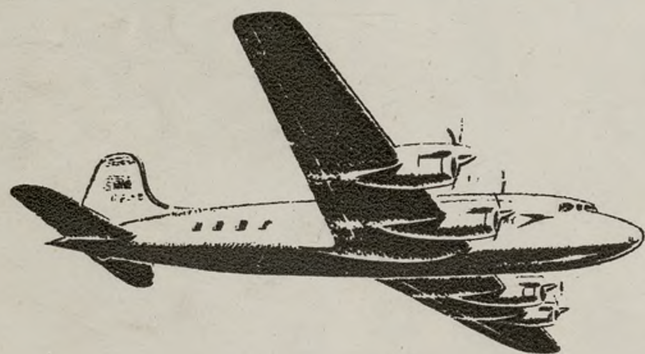
Ante su propia obra: ¡Qué alegría!

Adquiera pronto una máquina de coser y bordar,

ALFA

ALFA

EIBAR (ESPAÑA)



Por Líneas Aéreas Británicas a

America del Sur

desde el 3 de Noviembre de 1950

Volar es ahorrar tiempo. Pero, también la seguridad y el «confort» son necesarios. He aquí un avión, distinto de todos, creado especialmente para la mayor comodidad del pasajero. Sus cuatro motores MERLIN —el motor que sobrepasó todas las pruebas de la Guerra— le garantizan la seguridad de su viaje. Después, unos butacones reclinables, las amplias ventanillas de gran visibilidad, la cabina silenciosa y el acondicionamiento de aire, a temperatura y presión normales durante todo el trayecto, le dan a usted un bienestar inigualable. Si quiere conversar, jugar una partida con sus compañeros de viaje o gustar de una bebida, el saloncito-bar, atendido por dos camareros además de la azafata, le proporcionará un rincón agradable a popa de la aeronave. Los servicios de restaurant, en caliente o frío, le serán presentados exquisitamente, libres siempre de pluses y propinas. Todas las exigencias previsibles le serán satisfechas.

B. O. A. C. ASEGURA SU BIENESTAR

CON LOS NUEVOS "ARGONAUTAS" SPEEDBIRD
MENOS TIEMPO PARA SU VIAJE
MAS TIEMPO PARA SU ESTANCIA

Desde Madrid, a	Tiempo de vuelo	Servicios por semana	Precio ida Ptas.	Precio ida Libras
Río de Janeiro.......	23 h.	[illegible]	8.385	186.7.0
Montevideo	1 d. y 3 1/2 h.	2	9.860	219.5.0
Buenos Aires	1 d. y 4 1/2 h.	2	10.005	222.9.0
Santiago de Chile...	1 d. y 8 h.	1	11.955	240.0.0

También servicios regulares a La Habana, Miami, Lima e Islas del Caribe.

Reserve su Billete en las principales Agencias de Viajes (sin recargo) o en las oficinas de las Líneas Aéreas Británicas Avenida de José Antonio, 68 - Madrid - Teléfono 21 10 60

Hotel Ritz, Teléfono 21 47 01. BARCELONA.

VUELE POR B·O·A·C



LÍNEAS AÉREAS BRITÁNICAS